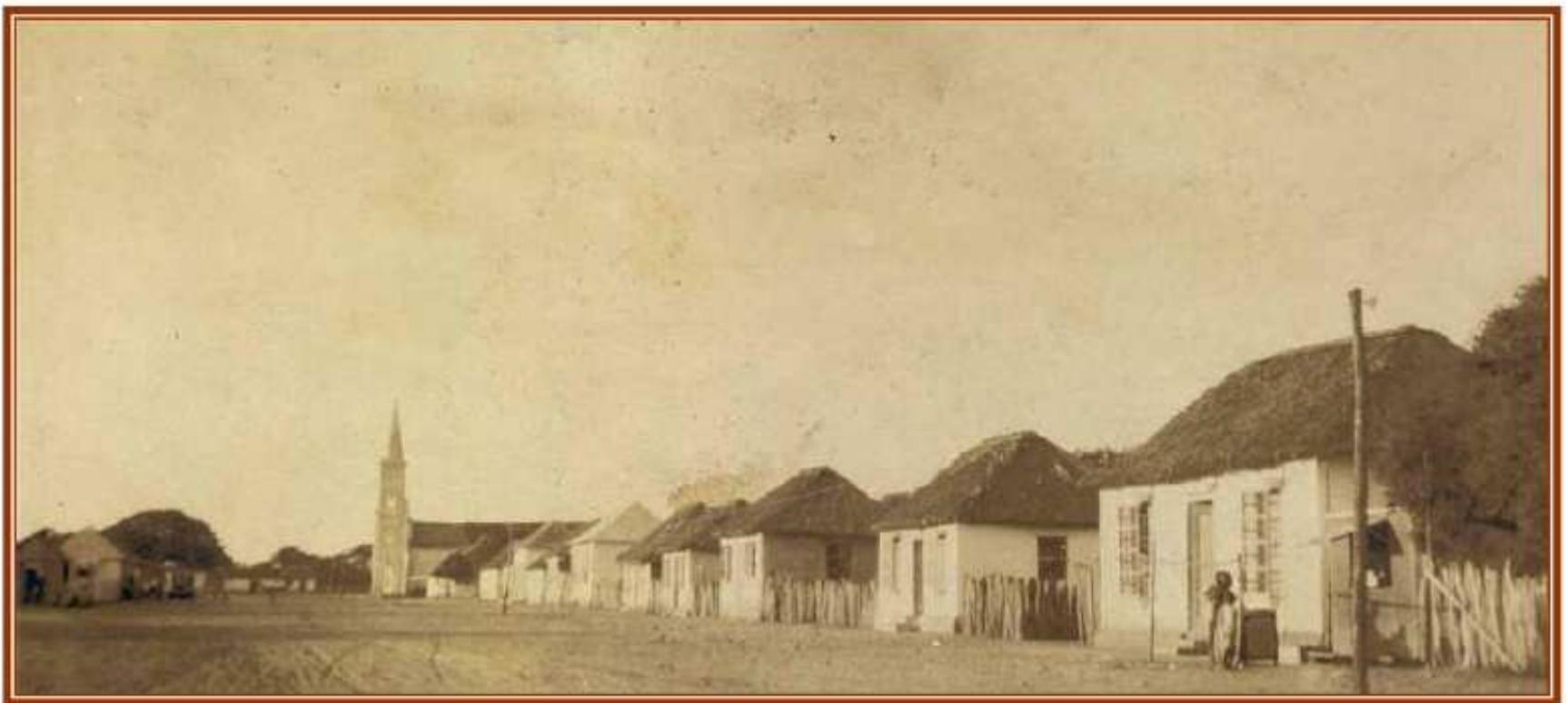


RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

M E N D E



PRIMERA PARTE

BLANCO

I



DORNARON La Plaza para la fiesta. Palmas verdes de cocotero imprimieron una alegre estilización selvática a la avenida y trajeron su frufú de seda hasta la puerta misma de la capilla.

En La Playa, desde le víspera, estaba la comisión de los notables estirando la mano cordial a los recién llegados. Sobre la onda rizada balanceábase la *Linda*, y desde su paneta azul se tendía una escala de risas hasta la orilla de barro oleaginoso. Contraste agudo de casacas negras y fajas amarillas entre el verde impaciente de la decoración.

Bajó primero el cura, gordo, zambo, risueño, y las cañas del cimbrado malecón gimieron bajo sus botines. Detrás, el maestro de canto y los músicos de la orquesta. Por último, los capitalinos locuaces, una concurrencia gárrula y acicalada con ínfulas conquistadoras.

—Venga, padre, por aquí. ¿Ya como que olvidó el camino? ¡Qué cabimero este!

La socarrona familiaridad ponía chiquiticos los ojos de las pueblerinos al abrazar a la gente ciudadana. Se les salía el alarde vanidoso de ofrecerles su hospitalidad.

—Hombre, Rudecindo: ¡qué gordo estáis, criatura! Ya se ve que las cosas andan buenas por la capital.

—¡Epa, compadre Ángel! ¿Como que no conocéis? Por allá te espera la comadre.

—A ver: contáme, ¿cómo está ese Maracaibo? Y las muchachas ¿como que no vienen a la fiesta?

—Decime: ¿Cirita y que se casó?

—¿Qué hubo de la casa? ¿La vendieron por fin?

—¿Trajeron gallos, ah? Por aquí hay una cuerquita, y de Lagunillas y La Rita vienen los galleros. Habrá unas cuantas peleas buenas.

—¿Cómo está el ahijado, compadre?

Rompió a tocar la orquesta a la llegada de un señor caballero en un pollino. El cura fue a su encuentro. Se abrazaron.

—¿Cómo está ese jefe civil? —tronó el levita—. Creí que te habías muerto sin la absolución. Y tu gente, ¿qué tal? ¿Mucha animación para la fiesta?

Hombre flaco, con cara de profeta endomingado, el Jefe Civil posó en el polvo sus botines engrasados y sacóse el ancho fieltro.

—Ya lo veis, padre: como siempre. Este pueblo *no quiere nada* con su Virgen. La que he tenido un poco quebrantada es a Zulema, pero ya está otra vez parapetada. Si queréis cogemos para allá enseguida, a menos que no vais primero a la iglesia.

—Sí, pasemos por la iglesia: quiero ver como está la sacristía. ¿Hiciste componer el techo?

—¿Cómo no! Ya no se llueve. Pero aquí, cada día me convenzo más de que hace falta un cura. La gente pobre se muere sin confesión. Ya sabéis lo que nos cuesta a nosotros mismos un viaje a Maracaibo o a La Rita; lo estamos pensando un año. ¿Qué dice el obispo?

Echaron a andar por la calle polvorienta, orillada de frondas. Abrían la marcha el jefe, cuyo burro traía del diestro un asistente de peinilla terciada, y el cura. Detrás de ellos la

PRIMERA PARTE

BLANCO

I



DORNARON La Plaza para la fiesta. Palmas verdes de cocotero imprimieron una alegre estilización selvática a la avenida y trajeron su frufú de seda hasta la puerta misma de la capilla.

En La Playa, desde le víspera, estaba la comisión de los notables estirando la mano cordial a los recién llegados. Sobre la onda rizada balanceábase la *Linda*, y desde su paneta azul se tendía una escala de risas hasta la orilla de barro oleaginoso. Contraste agudo de casacas negras y fajas amarillas entre el verde impaciente de la decoración.

Bajó primero el cura, gordo, zambo, risueño, y las cañas del cimbrado malecón gimieron bajo sus botines. Detrás, el maestro de canto y los músicos de la orquesta. Por último, los capitalinos locuaces, una concurrencia gárrula y acicalada con ínfulas conquistadoras.

—Venga, padre, por aquí. ¿Ya como que olvidó el camino? ¡Qué cabimero este!

La socarrona familiaridad ponía chiquiticos los ojos de las pueblerinos al abrazar a la gente ciudadana. Se les salía el alarde vanidoso de ofrecerles su hospitalidad.

—Hombre, Rudecindo: ¡qué gordo estáis, criatura! Ya se ve que las cosas andan buenas por la capital.

—¡Epa, compadre Ángel! ¿Como que no conocéis? Por allá te espera la comadre.

—A ver: contáme, ¿cómo está ese Maracaibo? Y las muchachas ¿como que no vienen a la fiesta?

—Decime: ¿Cirita y que se casó?

—¿Qué hubo de la casa? ¿La vendieron por fin?

—¿Trajeron gallos, ah? Por aquí hay una cuerquita, y de Lagunillas y La Rita vienen los galleros. Habrá unas cuantas peleas buenas.

—¿Cómo está el ahijado, compadre?

Rompió a tocar la orquesta a la llegada de un señor caballero en un pollino. El cura fue a su encuentro. Se abrazaron.

—¿Cómo está ese jefe civil? —tronó el levita—. Creí que te habías muerto sin la absolución. Y tu gente, ¿qué tal? ¿Mucha animación para la fiesta?

Hombre flaco, con cara de profeta endomingado, el Jefe Civil posó en el polvo sus botines engrasados y sacóse el ancho fieltro.

—Ya lo veis, padre: como siempre. Este pueblo *no quiere nada* con su Virgen. La que he tenido un poco quebrantada es a Zulema, pero ya está otra vez parapetada. Si queréis cogemos para allá enseguida, a menos que no vais primero a la iglesia.

—Sí, pasemos por la iglesia: quiero ver como está la sacristía. ¿Hiciste componer el techo?

—¿Cómo no! Ya no se llueve. Pero aquí, cada día me convenzo más de que hace falta un cura. La gente pobre se muere sin confesión. Ya sabéis lo que nos cuesta a nosotros mismos un viaje a Maracaibo o a La Rita; lo estamos pensando un año. ¿Qué dice el obispo?

Echaron a andar por la calle polvorienta, orillada de frondas. Abrían la marcha el jefe, cuyo burro traía del diestro un asistente de peinilla terciada, y el cura. Detrás de ellos la

orquesta reestrenaba un vals regional seguida por la prolongada fila de casacas negras y fajas amarillas. Las arrugas del baúl cabrilleaban bajo el sol enternecido del atardecer. Cohetes tímidos estallaban sobre las cabezas destocadas y desde las puertecitas de las casuchas dispersas, semiescondidas entre cujíes y matapalos, pañuelos vehementes saludaban. La morena mano del levita dibujaba bendiciones.

—Todo se andará —ofrecía—. Pero hay que tener paciencia. Después de todo no te podéis quejar, no te podéis quejar: el año pasado penaban todavía por un boticario; pues bien, ya el bachiller Nava les ha puesto una botica... No te impacientéis. Te he dicho cómo es Monseñor: sus resoluciones son repentinas. Cuando menos lo piense, coge y me dice: «Andá, Nectario, vete para Cabimas».

—Ojalá, porque ya este pueblo tiene cierta importancia. Vos sabéis que con nosotros podéis contar. De eso hemos hablado muchas veces en casa del compadre Trinidad; y ¿sabéis lo que me ha dicho? Pues, oí: «Esas tres vacas de vientre que tengo apartadas en La Punta están destinadas exclusivamente para el padre que nos manden, que no debe tardar mucho». Y si es la comadre Celesta, tiene no sé cuánto para la casa cural. De mí no se diga: lo poco que poseo es de la iglesia.

Gravemente aprobaba el sacerdote. Y repetía:

—Paciencia, paciencia. Ahora cuando regrese volveré a entrarle a Monseñor, pero sería bueno que ustedes le mandaran cualquier fineza: ya sabéis cómo le gusta el pan cabimero.

Jóvenes y viejos salían a recibir las bendiciones. La excelente pupila del levita iba identificando rostros:

—¿Qué tal, Chinca? ¿Cómo estáis de males?

—Hombre, Primitivo: no te ponéis viejo, cristiano.

En el amplio trapecio de la plaza cercana a la iglesia, una pandilla de muchachos zagueros se adelantó al cortejo y se puso a remolinear por delante de los magnates:

—¡Viva el padre Nectario!

—¡Viva! —coreaba el grupo.

—¡Viva el jefe Casiano!

—¡Vivaaa!

—¡Viva la virgen del Rosario!

—¡Vivaaaaa!

En la puerta misma de la capilla les cortó el paso un hombrachón de cara dura y aspecto bochornoso:

—¿Qué hay, padre? ¿Cómo le va? —saludó con bronca voz.

—Bien —fue esquiva la respuesta—. Y vos ¿quién sois?

El hombre le miró con insolencia:

—Usted no me conoce, porque nunca había venido a la fiesta. ¿Para qué? Punta Gorda está muy lejos y yo soy hombre de trabajo. Pero ayer el señor jefe civil mandó a arrear a uno obligado para venir a saludarlo a usted; y aquí me tiene. Ya está complacido el jefe.

La aludida autoridad cambiaba de colores. Le miró el cura estupefacto, pero, recobrado el aplomo, se puso a reír.

—No digáis... ¿Qué te parece, Casiano?

El jefe miraba con odio al hombre. Hizo señas al asistente que le cuidaba el asno y le habló en voz baja. El cómitre empuñó su peinilla y abordó al intruso:

—Quedáis arrestado. Seguí...

La comitiva miraba en suspenso. El cura entró en la iglesia vivamente y Casiano en pos suyo.

—¿Quién es ese tipo, Casiano?
Estaba lívido.

—Un tal Kuayro, Carolino Kuayro. Tiene unos terrenos. Imagínate: desde Punta Gorda hasta casi Las Morochas. No es del pueblo y apenas se le ve la cara por aquí. Hasta dicen que no es cristiano y que sabe daños y vagabunderías. Lo cierto es que todos los años pide un nuevo pedazo de tierra y el Concejo, a pesar de mis informes, se lo da. No te imagináis como está eso en La Rita desde que quitaron al compadre Anselmo...

—Y ¿de dónde es ese hombre?

—Qué sé yo; extranjero por el apellido.

Mientras el cura inspeccionaba el templo, la *Linda* arrojó sobre la playa toda su carga humana. Bajaron unos saltimbanquis cargados de cajones y tres jugadores trashumantes con la ruleta y la mesa redonda para el monte y dado. Toda aquella gente dispersóse por el pueblo fiestero, triscando por entre los enanos matorrales en demanda de algún techo hospitalario para pernoctar. Lo que no era difícil, porque para las fiestas muchas barracas se volvían hospederías.

Los saltimbanquis se adueñaron de una vez del centro de la plaza, amplio terraplén recién barrido, y con gran actividad plantaron vigas para los trapecios y las argollas maromeras. En tanto, en la esquina más céntrica, comenzaron a rodar los dados.

Caía la noche y se apresuraba el pulso festival del pueblo. Caballeros en sus asnos, desfilaban los notables por las vereditas. Pronto el prieto fondo de la noche fue perforado por la danzarina luz de las farolas suspendidas en pértigas bizarras, a las puertas de las casas. Y el pueblo tomó un aspecto de feria clásica bajo la farolería con danzas de sombras chinescas ante los mostradores de los ventorrillos. Cohetes furtivos hicieron parpadear las estrellas a lo largo de la noche y mantuvieron el fervor de la expectativa candorosa.

Joseíto Ubert, ladino mozo, era el director de aquella empresa de maromas y de ruletas. En plan aventurero había recorrido medio mundo. Ahora disfrutaba la exclusiva explotación de aquellas diversiones.

—A mí tienen ustedes que quererme —discurría con voz tonante detrás de su tapete—, tienen que quererme y ayudarme porque soy socio de la virgen. Cabimera fue mi abuela, sí señores, cabimerita de Ambrosio. Y yo heredé su devoción. Todo el mundo sabe que lo que gano aquí lo comparto con el cura. Si ustedes me ven todos los años en estas cosas, no se imaginen que lo hago por especular, no señor: lo hago para contribuir al esplendor de nuestras fiestas patronales.

Lo repetía a cada paso, con estudiada regularidad, y la plaza se llenaba de *montunos* convencidos. Divertía la basta gracia de los saltimbanquis que pasaban por debajo de una silla con un vaso lleno de agua en la frente; los saltos mortales en un trozo de coleta y el pecho de paloma en las argollas. Igual les ocurría con la cantarina letanía de Joseíto:

—¡Vamos, vamos!... apuntar a la jirafa, caballeros, apuntar que la suerte es de quien la busca. Se acaba esto, caballeros, aprovechen. ¡Vuelta! ¡Nadie más!... Ha llegado la jirafa y ha ganado Joseíto porque no han querido hacerle caso.

Tenía resuello para buzo y elocuencia de encantador de serpientes.

El jubiloso despertar del campanario puso en fuga a los murciélagos y atrajo a la feligresía. Apresuradamente iban llegando gentes soñolientas con el primer bocado en la boca. Toda la noche fue de música y cohetes y el templo estuvo abierto para la exposición. A su vera, como rezan los catastros, «vía pública intermedia», estaba la jefatura y en la única ventana de ésta se aglomeraban los reclusos para ver la fiesta.

A la hora de misa no cabía la gente en la capilla. Las campanas encendían la emoción aldeana y la beatitud contemplaba con orgullo sus esfuerzos, sus labores de todo el año para mayor gloria de la patrona.

—Mirá, aquel pañito que veis en el altar lo mandé yo.

—Y yo hice aquellas flores de papel.

—Esos candelabros me costaron cinco pesos. Me los trajo el compadre Armindo de Maracaibo.

Penduleaban las cabezas aprobadoras y se bañaban en agua de latines, mirando de reojo hacia el balcón del coro, intrigados por la vocezota del cantor. Fue una misa larga, solemne. El sermón duró dos horas y el padre Nectario, siempre bonachón, no cesaba de aconsejar los cuidados del culto. No porque la iglesia permaneciese cerrada todo el año, decía, habían de abandonarse las obligaciones espirituales. Era necesario organizar turnos para el aseo del templo y el exterminio de murciélagos y otras sabandijas. Que las Hermanas de la Adoración Perpetua persistiesen en su misión edificante. Y las Hijas de María. Y los Hermanos del Santísimo.

—«A fin de que la próxima festividad resulte, si cabe, más esplendorosa, debe formarse una sociedad mixta, de todos los fieles, que se dé a la tarea de levantar fondos, ¡fondos! Los fondos son indispensables. A este efecto pueden celebrarse rifas de animales, sanes y bazares. Cada quien está en la obligación de dedicar a la Virgen alguna cosa de valor: una vaca, por ejemplo, o un marrano; parte de la cosecha de maíz, o un amasijo del famoso pan cabimero, tan apreciado en la capital».

Cuando sonó la campanilla un gran suspiro se elevó hacia la techumbre cañiza de las naves. La orquesta atacó un pasodoble en el atrio y se formó un cortejo presidido por el jefe civil y el cura. Al compás de la música, esta comitiva recorrió la Calle Principal, un camino ancho bordeado de matorrales y de unas cuantas casitas de bahareque y palmas, llegó hasta La Vereda y cruzó hacia el Naciente. Entre cepas espinosas, sobresaltados con frecuencia por el disparo de las lagartijas y de una que otra culebrita verde, detuviéronse, y un hombre cuadrado y gigantesco, de riguroso traje negro, se subió a una tribuna improvisada con un rollo de papeles en la mano.

Era un discurso. Con voz tropezonera y pastosa leyó cuartilla tras cuartilla mientras oleadas espesas de sudor bajaban de su frente y se sumían en la hondonada de su cuello duro. Hablaba de la nueva calle que iba a abrirse allí: desmesurado paso de progreso de la catolicísima población. Esta nueva arteria urbana llevaría el nombre de la patrona venerada, Calle del Rosario, y habría de ser la consagrada mano de Nectario la que daría el primer corte en la maleza.

Mientras las palabras del orador caían como pedruscos, el sol asaba lentamente a los auditores. Grandes pañuelos pintorescos restañaban el sudor copioso en tanto que las bocas redondeaban elocuentísimos bostezos y los pies palpitaban de dolor entre los borceguíes de cuero de marrano.

En efecto, cuando el hombrachón hubo puesto a su discurso la misericordia de un rotundo «he dicho», el padre Nectario empuñó un machete, afilado especialmente para la ceremonia, y tiró algunos machetazos contra los tramados ramajes circundantes. Luego, por turno, cada uno fue haciendo lo mismo, mientras la orquesta destrozaba un pasodoble.

Fue un día glorioso para el pueblo. Un día inolvidable.

Declinaba el sol cuando remató la romería en la casa de Casiano que era la única de tejas:

—¡Viva el jefe Casiano! —aulló la multitud.

—¡Viva!

Un policía con alpargatas nuevas repartía ron de La Ceiba.

—¡Viva el padre Nectario!

—¡Vivaaa!

—¡Viva la Virgen del Rosario!

—¡Vivaaaaa!

Y ya achispados, entre las dulces brumas del crepúsculo, se fueron retirando. Algunos llevaban los botines colgando de las orejitas.

II



A perspectiva de las fiestas patronales abría a la piedad y a la especulación aldeana un horizonte de ocho días. Durante este lapso el cura se hospedaba en la casa de la primera autoridad civil, los músicos en la del presidente de la Junta Comunal y los saltimbanquis y los ruleteros en la de Ño Casildo Pérez.

Durante aquellos ocho días comían los cómicos a la mesa de Casildo. Marta, la hija mayor, preparaba el yantar y cobraba a dos reales por persona.

Todos los años Joseíto Ubert empalmaba un viejo galanteo con Marta. Mientras comía las sencillas viandas de la tierra, ensayaba en la esquina de la mesa combinaciones con los dados, hablando sin cesar. Refería complicadas historias de sus viajes, historias que todos celebraban y nadie, excepto Marta, creía. Era la suya una imaginación de novelista malograda por el escepticismo. Sus lecturas de prensa le proporcionaron una sabiduría cómoda y aturdidora.

Muy de mañana, el lunes, se bañó en el lago. El fresco temprano púsole optimista y hambriento. Bajo las palmeras en bullicio alegre, se sentó a desayunar, con los dados en la mano. Y Marta vino a ponerse a su lado. Hablaron. Habló él, en verdad, porque la muchacha, fascinada, sólo repetía como un eco:

—Déjese de eso... déjese de eso.

Y su risa barbotaba, ahogándose en el hueco de su seno.

—No sea malo, déjese de eso...

Proponía José:

—Puedes decirle al viejo que vas para la iglesia... cogemos el caminito de atrás y no nos dilatamos nada.

Toda la risa de su vida se le iba a Marta en pos de estas palabras, mientras Ubert, taimado, fingía darle una lección de dados:

—No seas tonta; ¿quién lo va a saber?

Uno de los pequeños cubos de hueso dio tres brincos y cayó debajo de la mesa. Ubert agachóse para recogerlo:

—Mira, Marta: una sena... Hasta sin querer me salen redonditas.

Al tomarlo del suelo, las puntas de sus dedos quedaron manchadas de algo negro y grasiento. Lo limpió con su pañuelo.

—¡Uf! Esto huele a gas.

—¿De modo que por el caminito de aquí atrás? —acuciaba Marta con una postrera vibración de risa.

—Sí... pero de veras ¿no es gas esto?

—No, qué gas va a ser. Eso es mene: hay mucho por aquí.

—Pero huele a gas.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno ¿y dónde me va a esperar?

Miraba Joseíto la manchita grasienta en las puntas de sus dedos e insistía:

—De bola, esto es gas... Dime, chica, ¿ustedes no han probado a pegarle un fósforo a este mene?

Pero ella se enfadó:

—¡Claro, hombre! Con eso se prende la candela. ¡Tanta lidia con esa porquería!

En la casa de Casiano toda la familia cumplimentaba al cura. Su sagrada corpulencia llenaba una mecedora, monopolizando la atención de todos. Excluyendo a Indio, un viejo perdiguero, contó Joseíto ocho personas. No se le escapó el huraño gesto que produjo su presencia, pero no se desanimó por ello:

—Se saluda respetuosamente a la honorable concurrencia —exclamó desde la puerta—. Celebro encontrar juntos a tan ilustres personajes.

Encapotado el ceño, Casiano hizo un ademán. Pero el cura sonreía.

—Mi intención —apresuróse Ubert—, mi intención no es otra que presentarle al Padre mis respetos. Alguien pudiera preguntar qué necesidad tienen de mi saludo tan notables personas, y esto es verdad: ¿qué puede significar Joseíto Ubert, por simpático muchacho que sea, para la flor y nata de Cabimas? Pero, señores, Joseíto Ubert no se ha educado en balde. La moral y la buena educación nos dicen que lo cortés no quita lo valiente. Joseíto Ubert no olvida, no podrá olvidar jamás, cuánto le debe a este virtuoso sacerdote... No puede olvidar, en fin, cuánto agradece a este honrado y laborioso pueblo que fue la cuna de su abuela, Úrsula Castro, que en el cielo esté.

—¡Úrsula Castro! —dijo el coro admirativo.

—Úrsula Castro —ratificó con parsimonia Joseíto.

—¿La famosa Úrsula Castro? ¿La que regaló el terreno para la capilla?

—La misma, sí señor.

—¿La que donó un pedazo de tierra para bebedero público, nada menos que en una esquina de la plaza?

—Nada menos.

Se miraban todos con asombro, mientras Ubert se pavoneaba, dueño ya de la general admiración, para asumir después un aire de humilde dignidad.

—Pero —reparó Casiano— Úrsula Castro dejó más de diez mil pesos; era dueña de medio pueblo. Tenía casas en La Rita, piraguas que viajaban para Maracaibo y para La Costa... ganado y gallinas... ¿Qué se hizo ese dinero?

—Eso mismo me pregunto yo —lamentó Ubert con los ojos arrasados—: ¿qué se hizo ese dinero?

Y luego, lleno de resignación:

—Cosas de la vida. Mala suerte que les cae a las personas.

—Pero... Úrsula Castro... ¿cuánto tiempo hace que murió?

La pregunta hizo temblar al mozo. El cura había tomado la palabra. Quería detalles más precisos:

—Y vos, ¿de quién sois hijo?

—¿Yo...?

—Sí, vos. ¿De cuál de los Castros?

Fue un momento de angustia para Joseíto. Pero Casiano, sabiondo, vino a

tranquilizarlo:

—Debe ser de Manuelito, ¿verdad? El que se fue de aquí hace años... Porque tengo entendido que las hembras están todas solteras.

—Eso es, eso es: de Manuelito... Soy hijo natural de Manuelito.

Se animaba la conversación. La clásica cominería del abolengo entusiasmaba a todos. Miraban al intruso con admiración, como un personaje caído de la luna.

—Tome asiento, joven: quédese para el almuerzo.

—Pobre mozo —lamentaba Zulema con lágrimas en los ojos—; nieto de Úrsula Castro y obligado a ganarse la vida con tanta exposición.

—La mala suerte —lamentaba él—. Ustedes saben que mi familia se fue de aquí y dejó botado lo que le quedaba. Mi papá me hablaba siempre de sus tierras: «Todo eso, desde Punta Icotea hasta El Mene, me decía, es de nosotros...»

—¡Hasta El Mene! ¿Estáis seguro?

—Hasta El Mene, sí señor. Pero ¿qué vale eso para mí? ¿Qué haría yo con esas tierras? No soy agricultor ni conozco la cría de animales. Además, los papeles se quemaron en un incendio: papá no los cuidaba, El era así... ¡Ah! Si los tuviera en mi poder... Si los tuviera en mi poder, entonces sí les demostraría cuánta es la admiración, cuánto el cariño, cuánta la gratitud que me inspira esta noble tierra.

Los ojos se nublaron. Varios pañuelos salieron de los bolsillos. Joseíto prosiguió:

—...Los regalaría a la Iglesia, a nuestra excelsa Patrona, la milagrosa Virgen del Rosario...

No pudo más. Estaba conmovido.

—Eso lo arreglaríamos fácilmente —zanjó el joven Juvencio, comandante de la policía—. Con unos cuantos testigos honorables...

—Exacto —corroboró Yayito, juez municipal—: un justificativo que el juez civil convertirá en título supletorio...

Joseíto permaneció en la casa de Casiano casi todo el día. Pasó después por la jefatura y recorrió el poblado en compañía de los magnates. Su popularidad crecía como la espuma. Al verle pasar, con su flexible echado sobre la sien derecha y el cigarrillo cabalgando en la oreja, los aldeanos cuchicheaban golpeándose con el codo. Cuando aquella tarde volvió a la casa de Casildo, Marta lo recibió en el portillo:

—¿Como que piensa poner un ható?

—¿Por qué?

—Vea ese gallinero que la han traído, y esa cabra. ¿Son para llevárselas?

El sonrió enigmático:

—No, mi amor: son para ustedes. Es un regalito que les hago.

Bajo la púrpura vaporizada del crepúsculo salieron de paseo. Entraron, cogidos de la mano, en el cocal de Punta Icotea y sobre la arenilla limpia recostáronse frente al lago abierto que irisaba la discreta brisa del nordeste. José miraba con delectación la costa serpentina, abundante en repliegues y ensenadas, festonada de cocoteros hasta el límite visual de Punta Camacho, más allá de Santa Rita, y teñida a trechos por una cinta negra que marcaba los niveles del agua.

—¿Ves, Marta, todo eso? —susurró profético—. ¿Ves esta tranquilidad, este silencio? Bueno, todo esto va a cambiar.

Ella se puso soñadora y apoyó su cabeza en el hombro del mancebo. Murmuró:

—Ya puede decirse que ha cambiado... Ahora lo noto distinto, distinto...

III

PARECE mentira —opinaban los aldeanos recoletos—, parece mentira que estos seres sean hijos del mismo vientre.

Eran, sin embargo, hermanos. Llevaban el mismo nombre autóctono, Reinoso, pero cuán distintos usos hacían de él. Josué cenceño, cuadrado como ficha de dominó, enérgico, metódico, hogareño. Narciso alto, flexible, baladrón. Mientras que el primero se casaba como Dios manda y fomentaba una familia con el mismo esmero que había puesto antes en la fundación de su vaquera, el otro vivía como un beduino.

Nunca se sabía dónde hallar a Narciso. De pueblo en pueblo, de ventorro en ventorro, iba sembrando coplas realengas a la luz de los candiles. Trovador de juglarías pueblanas, nada sabía de letras. Tampoco sabía Josué de ellas, pero se hacía perdonar su analfabetismo con sus piadosas obras, con sus donativos a la Iglesia, con su acendrado catolicismo.

Sin embargo, no podía tacharse a Narciso de impío. Su presencia no faltaba en el pueblo para las fiestas de la Virgen. Sino que, pasadas éstas desaparecía sin dejar otra huella que alguna canta nueva. Y cuando se le preguntaba dónde había pasado el año, sonreía enigmático:

—Por ahí: conociendo el mundo.

—Pero, hombre de Dios —reprochábanle algunos viejos amigos de su casa—, ¿cuándo vais a sentar cabeza?

Y él reía socarrón:

—¡Qué saben ustedes lo que es vivir! ¿Se imaginan que la vida es esto: destripar terrones y criar chivos? Narciso Reinoso tiene la cabeza para pensar.

Y para demostrárselo les prendía en el ojal del alma el clavel de una copla.

Cierta vez, por insinuación del hermano Josué, le detuvo Casiano y le obligó a trabajar en un tren de pesquería. Humildemente empuñó la red y, desnudo hasta el cinto, entró en las aguas del lago para recoger la cosecha de bocachicas. Algún rival de contrapunteos se le acercó entonces, dispuesto a disfrutar el placer de su caída:

*Al estado que ha llegado
Narciso, de pescador,
siendo el mejor cantador
de Cabimas, afamado.*

Mas su réplica fue rápida como saeta:

*Vale más ser pescador
de aquí, del puerto Las Yayas,
que andar por esas quincallas
de borracho y jugador.*

Su salida ponía de manifiesto la innata truhanería aldeana, la hipócrita humildad que va al deseo por caminos torcidos. Y se expresaba en verso, además, para ganarse la admiración ajena. Así, cuando una mujer le preguntara cierta vez, sencillamente:

—Narciso, déme razón de mi hijo Trinidad.

Informó, rimando:

*...Ayer con casualidad,
lo vi labrando un horcón.*

Narciso, déme razón: ¿Qué ha visto usted por El Mene?

*...Las ruedas que van y vienen
tiradas por un garzón.*

El garzón es un instrumento de arar que recuerda a la zancuda de este nombre. No tira de las ruedas, va sobre ellas, pero Narciso no podía privarse de replicar en verso al interlocutor sencillo que lo hablaba sin saberlo.

Cuando murió su padre, apareció en el pueblo repentinamente. Venía de lejos, pero no se sabía de dónde. Rojo de polvo caminero, tostado por los soles de las jornadas vencidas, estuvo en el velatorio. En voz baja los aldeanos hablaban de él y le miraban con asombro, con superstición. Admiraban su fama y querían oír sus trovas. Les conmovía su misterio. ¿Cuál era su existencia? ¿De qué vivía? ¿Cuántas leguas devoraron aquellos pies delgados en sus alpargatas negras? ¿Quién lavaba su dril y su pañuelo rojo?

—Narciso —se atrevió a pedir alguno—, échale un versito a aquella negra linda.

—Cuando vuelva.

—Cuando volváis ya estará vieja, Narciso.

No pudieron sacarle de su mutismo. Pasó las horas de la noche al pie del catre donde su padre, rígido, estiraba sus huesos. No lloró como los otros, pero su mirada permaneció clavada sobre el afilado rostro. Asistió al entierro. Amorosamente se inclinó sobre la huesa y arrancó de la urna uno de esos rosetones metálicos que llaman *recuerdos*. Y volvió con el cortejo a la casa de Josué donde las mujeres se arrojaron en sus brazos:

—¡Ay, Narciso, se fue el viejo, Narciso.

Y él se dejó abrazar como un poste.

—Bueno, Narciso —se le acercó el hermano—: el viejo ha muerto. Nos queda la vieja y tenemos que cuidar de ella. Ya veis la carga que yo llevo; tenéis que ayudarme. Quiero que te quedéis.

—Sí, tío —gimotearon las muchachas—: quédate.

Entonces se engalló:

*Yo los acompañaré
hasta que se seque el pozo,
porque Narciso Reinoso
no vino a morir de sed.*

Era época de angustias por la sequía. Algunas casas poseían aljibes donde recogían las aguas de la lluvia. Presa en los hoscos impases, el agua languidece de tristeza. La mayoría tiene apenas pozos o *casimbas*, pequeñas cisternas que no resisten la inclemencia del verano. Las frecuentes tolvánicas vierten en ellas la amarilla tierra de los caminos y las hojas muertas. Las mujeres, samaritanas infatigables, deben apartar las natas verdes para arrojar sus cántaros al fondo.

Y era esta perspectiva de sed lo que no podía sufrir Narciso, el trashumante. Todo lo

arrostró, sin duda, en sus misteriosos periplos por las ardientes veredas de La Costa: el hambre, el agujón del zancudo, la fatiga de las agobiadoras jornadas a pie, todo, menos la sed. No era un holgazán. Supo, en muchas ocasiones, arrimar el hombro. Ni amaba, como su hermano, la riqueza. Quizá la despreciara soñador de Dios sabe cuál mundo mejor. Lo único que le acicateaba era el regusto de beber un cántaro de agua fresca siempre que se lo pidiera el cuerpo...

*...Yo los acompañaré
hasta que se seque el pozo...*

Su desprecio del dinero traducíase, como casi todas sus emociones, a contrapelo, en la forma soslayada y de retorcida ironía que caracteriza a los pueblos esquivos.

Cierta vez un ricacho propuso a Josué que le vendiera un lote de *canalete*, madera apreciadísima de la región, y el mayor de los Reinosos, con desprendimiento inusitado, se la regaló. Al saber la insólita ocurrencia, Narciso improvisaba:

*El ser pobre es lo más malo
que Dios en el mundo hizo:
si hubiera sido Narciso
no le regalan el palo.*

Vino ahora para la festividad. De todas las tabernas le llamaban:

—Bay, Narciso Reinoso: vení a pegártelo.

Sugeríanle:

—Vos debéis tener por ahí quien te lave y te planche. Andáis como una palomita.

No lo discutía. Prefería dejarles que conjeturasen a su gusto, halagado tal vez por la aureola de leyenda que le rodeaba. Cantaba. Su repertorio era inagotable. La patrona habíale merecido coplas fieles, chorro simple y rústico como los manantiales que soñaba:

*Santa Virgen del Rosario,
Patrona del cabimero:
aquí vengo a tu santuario
para adorarte el primero.*

*Virgencita milagrosa
que viste a tu hijo en la cruz,
yo soy una mariposa
que viene a arder en tu luz.*

*Consuela nuestros pesares
y danos agua y salud,
Reina de nuestros altares
que viste a tu hijo en la cruz.*

Para el domingo de la *Octava* el entusiasmo fue quimérico. Tornó la *Linda* y los capitalinos diéronse a recorrer las veredas del pueblo a caza de emociones inéditas. Al concluir la misa, el cura reunió a los notables y conferenció con ellos. Ya para despedirse «hasta el

próximo año» les intimaba una vez más el celoso cumplimiento de sus deberes religiosos. El jefe Casiano le habló, benévolo, de Narciso Reinoso.

—Vos que querías conocer al hermano de Josué: por allí anda.

—¿El poeta?

Quiso que lo trajeran y le pidió que recitara.

—Muy bonitos tus versos —celebraba—, muy bonitos.

—¡Caray! —murmuró alguno, emocionado—. ¡Dígame si este hombre hubiera tenido escuela...!

—Bueno —quiso el padre—, decíme, ahora, Narciso: ¿dónde pasáis tu vida? ¿Por qué no te asentáis aquí con tu familia? Debes comprender que ya no eres un muchacho. Tu hermano, que es tan bueno, te puede dar trabajo...

Pero Narciso rió, gozoso. Con estupefacción general disparó su réplica:

*El que por inclinación
nació para no comer,
ése es el que puede ser
de Josué Reinoso peón.*

Se indignó el hermano y el poeta tuvo que salir a escape. Pero, antes de perderse nuevamente, lanzó su último dardo. Aludía a una cena que la noche precedente ofreciera Josué como despedida de la fiesta de la Virgen:

*Ese maldito paujil
que nos comimos anoche,
me ha puesto en más fiesta el foche
que un 19 de abril.*

Y se perdió de vista camino de Las Misiones, camino de Santa Rita, camino del azul ensueño de Ciruma.

IV

NUEVE lunas después, Marta se desdoblaba en un moreno gordezuelo y chillón. Ño Casildo acogió al nieto con su bondad ingenua. Redobló sus afanes para que no le faltara su ración de leche.

Repuesta de su parto, cayó Marta en una irreprimible melancolía.

—Me ha engañado, papá, me ha engañado. Me juró que volvería... Hace un año, para la fiesta de la Virgen...

Escupía Casildo un salivazo negro y después de acomodarse en el carrillo la mascada de ambirado, replicaba:

—Bueno, pues, ¿qué se hace?

Con su niño en brazos se iba ella por los caminos de la tarde. Sorteaba los senderos, esquivando la mirada ajena, y se escondía entre la cerrada trama de los cocoteros, en Punta Icotea. Sentada en la arenilla, contemplaba el lago mientras el chiquillo le chupaba el seno. El lago gris, quieto, con vetas cárdenas crepusculares, se aletargaba ante ella.

—Allá en El Mene —Murmuraba Marta.

Y no lograba explicarse cual maldito sortilegio produjera en el espíritu de Joseíto aquel horrible lugar de la costa. El Mene... Este nombre, este pedazo de tierra negra donde los piragüeros llegaban a carenar sus barcos...

—Allá, en El Mene...

Ni una carta. Perdido como una estrella fugaz.

Su padre, al fin, se había irritado.

—¿Qué queréis que haga? Si supiera dónde está ya habría ido a buscártelo para quitarme esa lavativa tuya.

¿Volvería? Pese a su tristeza, el corazón complaciente le daba que volvería.

—Ah, buena pendeja que sois vos —reprochábala la hermana, hecha toda una mujer de la noche a la mañana—. Olvidálo. No sé cómo se puede llorar así por un zángano que no busca a una.

María espigaba en un súbito estallido. La lujuria sombría de la aldea comenzaba a husmear la estela de su paso. Se sentía mujer y se exhibía con un moroso afán de hacer sufrir al hombre la codicia de su carne apretada y trigueña.

—¿Vos qué sabéis de eso? —protestaba Marta.

—y María, desdeñosa:

—Decís vos...

Tornó la fiesta aún, pero José no apareció. Desde el solar de su casa, subida en una horqueta de matapalo, dominaba Marta el panorama de la playa. Allí estaba la *Linda* balanceando su silueta de gaviota. Pero de él, ni rastro.

—Aquí, sobre la arena... —sollozaba Marta día tras día, hundiendo sus dedos en el suelo de La Punta—. Aquí... Aquí...

Una tarde llegó Casildo consternado.

—¿Sabéis lo que me ha dicho Casiano? Me ha puesto como el suelo... Que yo sé dónde anda el vagabundo de Joseíto y que vos y yo somos unos alcahuetas.

Ella le miraba anhelante.

—Alcahuetas, ¿de qué?

—No sé. Le oí mentar algo de unas escrituras. Parece que ha engañado a las autoridades.

—No puede ser. Ya voy a hablar con Casiano.

—¿Vos? ¿Y qué vas vos a decirle?

—Voy a decirle que Joseíto no es un ladrón. Que Úrsula Castro era su abuela.

Casildo insinuó, dubitativo:

—¿Estáis segura de eso?

—¡Él me lo dijo...! ¡Él me lo dijo!

Fue a la Jefatura. Casiano se torcía los pelos del bigote, cejijunto.

—¿Qué queréis?

—Quiero —dijo decidida—, quiero saber qué es lo que hay aquí con Joseíto.

—Y vos ¿qué tenéis que ver con eso?

—¡Mucho! Él es el padre de mi hijo. Usted lo sabe...

El jefe levantóse con violencia:

—Yo no sé nada. El tal Joseíto es un tramposo de primera.

Había otras dos personas en la sala y Casiano se volvió hacia ellas:

—Mire que se necesita valor para engañar a las autoridades y al cura. Porque eso es un robo, mi amigo, un verdadero robo... ¡Usar el nombre de la Virgen!

Los otros aprobaron y él se dirigió de nuevo a Marta:

—Si sabéis dónde anda, decíle que no se me ponga cerca porque lo friego. Y vos debías estar escondida, en vez de andar exhibiéndote como si hubieras hecho una gran hazaña.

Marta se acobardó y se fue. Había oído historias de Casiano. Hijo del pueblo, logró, por misteriosos manejos y protecciones, trepar a su jefatura. No se sabía que fuese amigo de las altas dignidades del Estado, ni siquiera de las del Distrito. Iba poco a Santa Rita y casi nunca a Maracaibo. Se decía que era hombre de «paradas oscuras».

Inopinadamente cacareó la aldea como un gallinero. Corrían los aldeanos a la playa y se agrupaban a la orilla del lago:

—¡Un vapor de guerra! ¡Véanle los cañones!

Cuadrado y negro, el buque habíase estacionado a un tiro de onda y teñía el cielo con su humo. Lanzó un silbido penetrante que estremeció la tierra.

—¡Va a disparar!

—¡Dios nos asista! ¡Virgen del Rosario!

Pero como no disparaba, la gente se agrupó de nuevo. Una lancha de motor, blanca y rauda, vino hacia el malecón. Saltaron unos hombres rubios, gigantescos, con sombreros de corcho; otro, moreno y pequeño, con blusa de kaky, y Joseíto Ubert.

El de la blusa se acercó, autoritario, al abismado grupo:

—¿Dónde está el jefe civil?

—Véalo: allá viene.

Venía Casiano, en efecto, acompañado de sus hijos. Los nativos contemplaban con asombro a los gigantes. Y, recobrada la confianza, se acercaban y reían.

—¿El jefe civil? —preguntó a Casiano el de la blusa. Y le entregó un oficio.

Pálido y ceñudo miraba Casiano a Joseíto. Vestía éste un traje gris y sonreía con desenfado. No saludaba a nadie. La aldea toda aglomerábase a su rededor y los curiosos se arrojaban la pelotita de sus comentarios. El jefe civil había abierto el sobre y leía en silencio el oficio. Después dijo:

—Estoy a la orden.

—¿Qué es lo que se va a medir aquí —interrogó a Joseíto el de la blusa. Y Joseíto, agachando la cabeza:

—Lo que se va a medir es lo mío. Desde Punta Icotea hasta El Mene.

Casiano le volvió la espalda bruscamente y marcharon todos hacia el pueblo. Por fuerza sería aquel un inesperado día de fiesta. No tardarían en llegar los pescadores de Las Yayas, los carboneros de Las Rosas, los madereros de Ambrosio y Las Misiones. Los hombres rubios miraban con sobresalto a todos lados. Hablaban sin cesar su lengua ruda, en tanto recogían terrones que examinaban con minuciosidad antes de volverlos a tirar.

Había en las pupilas del nativo una luz insólita, de encanto y de temor, en presencia de los extranjeros. Nunca se oyó antes en el rincón esquivo de la aldea ruido semejante al de sus anchas pisadas. La buena gente no sospechó jamás que se pudiera pisar la tierra de ese modo.

Marta salió a verlo a la puerta de su casa. Estaba transfigurada, con su niño en brazos:

—¿No y que no volvía? ¿No y que no volvía?

Gritaba su reto a todo el mundo, esponjada, apretando al niño contra su corazón.

—¿No y que no volvía? ¿Ah?

—¡Cállate! —le gritó su padre—, cállate, que nos van a poner la vista.

—¿Qué me importa? Que nos la pongan. Ahí lo tenéis. ¿No y que no volvía?

Había vuelto. Allí estaba Joseíto Ubert, acicalado como un figurín, entre los *musiúes*

desmesurados. Allí estaba sonriente, con un aplomo asombroso. Mucho había de poder cuando a nada se atrevían los que le amenazaban.

El pueblo entero fue a verles internarse en los coteles de Punta Icotea. Formando convoy, iban allí Casiano y sus dos hijos, los extranjeros y Joseíto, el de la blusa y un escuadrón de hombres cargados con aparatos rarísimos traídos del vapor.

Todo el día estuvieron por allí y en la tarde, cuando regresaron, estaban negros de grasa y de barro.

La casa de Casildo viose visitada por gentes curiosas de todos los rincones, gentes que esperaban hallar allí la clave del suceso. Las mujeres venían a agasajar a Marta que ahora sonreía ingenuamente. Anhelaban saber algo concreto. Don Rufo Samán, con fama de rico y avaro, opinaba que eran alemanes que venían a comprar conchas de coco para hacer *sardinas en lata*.

—Cuando estuve en Maracaibo —evocaba—, me comí una lata de sardinas y tuve que purgarme con Pagliano. Las eché enteritas y el doctor Lima me dijo entonces que eran de cartón. ¡Qué alemanes tan inteligentes! Sabe Dios qué irán a hacer con esos cocos, porque, para mí, que es eso lo que buscan... Y ahora, como están en guerra...

Pero Ño Casildo estaba en Babia. A todo sonreía, diciendo que sí con la cabeza. En efecto, sólo Joseíto pudiera dar detalles con aquel encanto peculiar que tenía para decir las cosas.

Y de pronto, en la anochecida, volvió a vibrar la sirena. El vapor se alejó dejando sobre el lago una imponente estela blanca, y en el cielo pesados grumos de hollín. Fue un duro golpe para la novelería aldeana. Casi nadie les había visto reembarcar. Sólo quedaba en el pueblo el de la blusa.

En la Jefatura brillaba una lámpara.

Con aquel aullido de sirena se apagó el sol de la alegría en el corazón de Marta. Fue la suya una reacción fugaz, una delirante llamarada que el nordeste crepuscular apagaba. Cuando le dijeron: «Ya se fue el vapor» se disparó como un resorte:

—Y él... ¿también se fue?

—También.

Y no había siquiera pasado por delante de su puerta. No había tenido la curiosidad de conocer el desenlace de aquella tardecita loca y perfumada, apurada como un trago de alcohol bajo los cocos.

Hasta aquella mañana, antes de saber que un buque había tocado en la playa, tenía Marta la recóndita y firme convicción de que Joseíto volvería. Y no se había engañado. Pero ahora su corazón se hundía en el humo espeso del buque que partía. Y todo en él era sombra, pretérito, vacío.

Se encerró. No podía llorar... Apretaba a su hijo contra aquellos senos encubridores de sus antiguas risas, y murmuraba:

—El Mene... ¡El maldito Mene!

Desprendida por el ribazo de su dolor, habituándose ya a su sabor amargo, iba abriendo el compás a sus evocaciones. Diferenciándolas hasta en sus matices, contando sus pulsaciones.

—Todo esto cambiará. Él me lo decía: todo esto cambiará.

El júbilo de los aldeanos era ahora distinto al de sus hábitos. No había música como en las fiestas patronales. La Iglesia permanecía cerrada y la aguja de su campanario abría una brecha negra en el aplomado cielo. En la Jefatura se veía brillar la luz rojiza sobre las siluetas graves de Casiano y el hombre de la blusa. Pero el pueblo se agitaba. Los que acompañaron a

la comitiva, cargando sus extraños aparatos, reunían un mitin en la plaza y mostraban a todos unos discos de oro, pesados y relucientes:

—¡Oh! —saboreaban con las pupilas encendidas—. Son nuevecitas.

—¡Oh! Y ese pájaro que tienen, ¿qué será?

—Un zamuro...

—Parece una lechuza...

Pero, ni zamuro ni lechuza. Era un águila.

SEGUNDA PARTE

ROJO



NEGROAS proas rasgan la feliz virginidad.

La linfa gris se escinde, himen roto de América en su latitud himenal.

Hace cuatrocientos años dolió por vez primera este desgarramiento. Sin embargo, era más lento, más parsimonioso entonces. Ni esta impetuosidad de tajo que acuchilla ni este elipseo voltijear que cava, ahonda y remueve las entrañas líquidas sobresaltando el cieno y levantando la protesta de las espumas. Entonces, ni este humo negro, maculador de cielos, ni este grito bronco que llena de estupefacción el alma amodorrada del paisaje. Aquellas proas antiguas avanzaban la sonrisa de sus mascarones con gesto de dominio y de enamoramiento. Aquellas popas levantaban sus castillos, altos como para que la voz latina llegara, lírica, al oído de la sirena indiana.

El lago es ancho y llano como una pampa, pero sufre inesperados ímpetus, coléricos encrespamientos que repercuten desde Gibraltar hasta la Goajira. Entonces hay en él un desdoblamiento serpentino, de boa que se distiende y silba. El español, poseído de la emoción del hallazgo y del ansia pulsar de la búsqueda, refrendó la tradición poética del gandul alile que peinaba las ondas con el peine de su piragua. El espíritu de Ojeda resbaló por sus riberas con sabiduría de Tenorio y le halló esbelteces y sonoridades de guitarra. Era el siglo de Mañara. Pero vino Alfinger, alma bárbara, puño bárbaro, y tiñó de púrpura las raíces de los cocoteros.

Todo cambió desde entonces en esta ruta terrífica y aterrorizada, por donde ahora avanzan proas de hierro presurosas. La tradición de aquellos mascarones de las carabelas, con sus sonrisas sembradoras, está siendo cortada por este filo negro. Las sirenas van ahora más altas que la cubierta, son negras y delgadas, vulgares. Silban estremeciendo la sensitiva piel del aire. Los patos, en vuelo pánico, abandonan su alfombra de enneas que hoy solo trasudan negror.

La costa se puebla de pies desnudos y de ojos atónitos. El silencio monta guardia al cortejo empenachado de humo. Hay una trágica grandeza en este movimiento. Todo el lago, en cuanto domina la mirada, es como un palmar de palmas negras. Son los penachos de los *monitores*. La gran guitarra alza un alarido.

En el puente del primer navío va un indio doctoral y complaciente que instruye al nuevo conquistador en el misterio de la virginidad lacustre:

—Aquello es Cabimas, punto central de referencia en la geografía de la región. Todo aquello negro que hace guiños sobre el lago, al pie de los cicales, es petróleo. Ya lo conocíamos de antaño, pero no con este nombre. Lo llamábamos mene. Los indios y los

españoles venían a embrear sus navío y los últimos le llamaban *pisafalto* y *pix-montana*.

Cabimas, tierra caldeada bajo la constante inminencia de sus tolveneras, que el indígena llama chubascos. Acunada en el nidal de sus montes chatos y amarillentos, su nombre le viene del árbol de la *cabima* (copaiba) que el indio usaba y que el español industrializó después.

Más allá, hacia el norte, está Ambrosio, clásico solar de aldeas. Recuerda al alemán Alfinger, que le dio su nombre. Y Las Misiones, memorable altura donde los indios ictiófagos llegaron a probar carne de frailes. Hacia el sur, Las Rosas. Por encima del encaje inmóvil de la maleza se desperezan las serpientes grises del humo de las carboneras. Pero hay que ir sorteando lagunetas y trochas escondidas para arribar a los hornos y las talas.

Las hogueras señalan el hilo de la costa, donde vegetan estos pueblitos tomados de mañosa esquivéz. Están en el hombro de la guitarra, lejos del tórax de las armonías, petrificados en la morosa contemplación de su propia vida, hipnotizados por sus fogatas.

Sólo una vez descansa sobre blanco la mirada del aventurero: es frente a Santa Rita, el pueblo cándido que ha despreciado la seducción geográfica de Puerto Escondido y muestra la torrecilla aguda de su iglesia con una audacia en la que hay también la discreción de un dedo blanco sobre el moreno labio del horizonte. Esta torrecilla dice al viajero: «Ven, pero no me despiertes».

Es —explica el cicerone— La Rita, Capital del Distrito Bolívar.

Viene luego una *suite* de picicatos y suspiros de oboe. Costa, costa, costa... Las proas de hierro siguen desgarrando el tul lacustre. Siempre una visión de costa ante los ojos acerados que comienzan a titilar. Por el poniente, en una difumación de lejanías, se columbra la ceja azul de Perijá. Por el Este, algunos claros dejan ver Ciruma, como una nube. Y sol, un sol estricto, vertical, que saca humo a las cubiertas de los monitores.

Se desprende de las crestas cenicientas un relente bochornoso que sofoca el canto de los pájaros y el chirrido de los grillos. De trecho en trecho, solitario y lloroso, un árbol de cabima, o, rompiendo la atonía cromal, el estallido de un *flor-amarilla*, vivo como una llama.

Desde el plato del lago, Lagunillas se ve avanzar sobre las aguas, huyendo de la tierra enemiga. Enemigas debieron ser las tribus de esta zona y las de aquellas que hemos dejado atrás. El contraste evidente de su manera de vivir invita a meditar sobre sus emociones vitales. La gente de Santa Rita y Cabimas debió vivir bajo un constante susto, un terror del lago que no conocieron los lagunilleros. Esta aldehuela acuática, suspendida sobre sus delgadas patas de *mapora* (*lignum-ferri*), recuerda un colegio de anofeles posados sobre la piel del agua en inminente ímpetu de vuelo.

La morenez de la piel y el brillo de los ojos, velados por el largo sigilo de las pestañas, colocan al lagunillero más cerca del indio viejo de alma triste, casi desaparecido ya de la orilla oriental del lago. Se piensa en los idilios trenzados entre el romántico clavijero de las maporas. Desde la flor del agua aplomada debió subir el amoroso miasma que puso su acento en el corazón del pueblo. Pueblos como éste, rancherías más bien, impregnados del olor del pescado fresco, inspiraron el poético contraste: Venezuela. Aquí nació este nombre.

—Eran muchos —rememora el doctorcito indígena con suficiencia histórica— pero apenas queda este: Lagunillas. Todos los otros han desaparecido. Los agentes de los Welsares, y especialmente Ambrosio Alfinger, hicieron gran devastación entre los indios.

Por encima de la cubierta, un geólogo que destroza el castellano, hace resbalar el foco de sus gemelos:

—¡Oh! ¡Oh! Todo esto ser petróleo; todo esto. Basta viendo este montecito. Es el petróleo que no dejándolo crecer. ¡Oh! Mucho puede la naturaleza produciendo estos

arbolitos. Miles de años debió haber una selva gigantesca que se hundió y está ahora convertida en petróleo. Mucho petróleo para nuestras máquinas.

Cesan de voltijear las hélices y los buques negros vomitan sobre la tierra febril su cargamento de hombres y de hierros. Hombres rubios, duros, ágiles. Maquinarias fornidas, saturadas, diríase, de un espíritu de odio contra todo lo verde.

Pronto comenzaron aquellas ruedas dentadas y aquellas cuchillas relucientes una tarea feroz. El monte fue cayendo como la barba bajo el filo de la navaja. El indígena miraba absorto la avalancha. Hallaba en ello algo mágico que su simplismo no acertaba a explicarse. Él mismo no tardó en sumarse, en cuerpo y alma, al diapason elemental, y en sentirse nuevo, descubierto en partes propias que hasta entonces ignorara. Descubrió que sus manos eran aptas para poner en marcha los devastadores artilugios. Pero aun así, cada mañana le traía una nueva maravilla. Los tractores, las aplanadoras, las hoces no sólo servían para arrasar el monte: también para nivelar la tierra y hacerla llana y firme.

Detrás de los derribadores vinieron los edificadores. Siempre más adelante, hacia los cuatro vientos. Donde hubo charcas y monte surgían casas robustas, amplias calzadas, torres agudas, tanques ventrudos. Las cuadrillas engrosaban sin cesar, organizándose bajo una disciplina férrea como las máquinas. Ya no eran sólo rubios e indios sobre la tierra mordida. Cada mañana arribaban nuevos buques repletos de hombres extraños, de lenguas extrañas, de colores extraños. Babel hizo carne su mito sobre este trozo de tierra calenturienta. Todos traían la misma fiebre, las mismas ansias.

Pueblos oscuros —Cabimas, Lagunillas, Mene—, se incorporaban al frenesí del mundo. Las veredas convertíanse en calles, los cujisales en viviendas: unas viviendas presurosas, hechas con los cajones de las máquinas y tapadas con planchas de zinc. La demencia de un ensueño extravasado de las fronteras oníricas.

—Todo va a cambiar —le había dicho Joseíto a Marta. Y estas palabras proféticas se habían prendido en su cerebro. Todo estaba cambiando, en efecto, vertiginosamente.

Un día se presentó en su propia casa un grupo de hombres. Llamaron a Casildo y pusieron ante sus ojos maravillados un montoncito de monedas de oro. Tras de ellos llegaron unas máquinas atronadoras, unos camiones, una cuadrilla de peones. Y subió una llamarada.

Al despejarse los horizontes de la tupida barrera tropical quedaban a la vista las vastas extensiones. Pero a poco fue surgiendo en éstas una vegetación fantástica: torres de madera y de hierro en filas simétricas. Llegaba un grupo de peones, los hombres se agitaban y aparecía la cabria. Enseguida se coronaba ésta con una palma de óleo negro desflecada por el viento.

También Casiano y sus hijos se vieron relegados. Eran como otros tantos matojos, arrancados de cuajo y aventados. Su casa permaneció cerrada, igual que la capilla cuyo campanario albergó todos los murciélagos del pueblo.

Represados en las pequeñas islas verdes que aún quedaban, apretando su terror como un aprisco, los nativos miraban hacia la aguja de la torrecilla. Quizá esperaban verla caer y surgir en su lugar una cabria negra.

A las orillas de los caminos nacían unos hongos de madera basta y de láminas de zinc, donde se guarecían los advenedizos. Casetines inverosímiles que se llamaron *gatos*: casas muebles. A los taladros les nacieron ojos para hacerlos más fantásticos. Ojos verdes y encarnados que perforaban la negrura del cielo nocturno. En sectores aislados del pueblo, y más allá de lo que fue poblado, la luz eléctrica fabricó extraños limbos lagunares.

Por aquellos días llegó al lugar un desconocido pidiendo informes de Ño Casildo

Pérez. Traía una carta para su hija Marta, muy recomendada.

—Viene —dijo— de Inglaterra, y la manda don Joseíto Ubert.

El jefe civil tomó gran interés en el asunto.

—Don Joseíto es aquel chiquito, trigüeño que vino a medir las tierras de La Punta. Un millón flojo les sacó.

Pero nadie supo dar informes del paradero de Casildo.

II

JUNTO a la verja de hierro expandido, una multitud de hombres bulliciosos se dora bajo el sol. Al otro lado de la verja, en un ancho rectángulo recién apisonado, otra multitud se agita bajo la mirada metálica y azul. Rápidamente va surgiendo de sus manos la ingente estructura de un edificio de concreto y hierro. Resuena el martilleo con ritmo asordador. Un hombre dice:

—Hoy van a reportar; tengo la seguridad.

Pregunta otro:

—¿No sabes para dónde?

—Para una enrielladura larga que va hasta Lagunillas.

Tienen que alzar la voz al máximo porque el estruendo congestiona el ámbito. Al cercano martillar se asocian mil ruidos diversos, escalonados, que el eco arrastra a través de las perspectivas acústicas.

—Van a poner un tren hasta Lagunillas —repite un tercer hombre.

Y otro que informa:

—Pagan hasta veinte bolívares por día. Y los sobretiempos.

Luego un mocetón de aire levantino, displicente:

—Lo que soy yo no me reporto si no me dan algo muy bueno. Dentro de poco van a abrirse los trabajos en el lago y es mucha la cabria que hay que levantar.

—¿Y eso qué? —duda un escéptico.

Y el levantino:

—Casi nada; ¿te parece malo el trabajo por contrata?

—¿Por contrata?

—¡Claro! Si no lo sabes no discutas. El contrato sí que produce plata. Te consigues una cuadrilla buena y la ajustas por un precio: cinco mil, diez mil, hasta veinte mil bolívares.

—¡Veinte mil bolívares!

—Según y como lo que haya que hacer. Lo demás lo pone uno: cabeza y riñones para el trabajo.

—¿Y eso cómo se consigue?

—¿Cómo se consigue? Con malicia y corazón. Estos reportes de aquí son buenos para los corianos.

—¿Qué hay con los corianos? —reclama una voz cortante.

Es la de un hombrecito oscuro que brilla como una botella.

—¡Mucha vista, pues!

El levantino lo mira con desdén.

—Ahora —prosigue— las nuevas compañías van a trabajar en el puro lago. Y no quieren más que orientales. Ahí sí somos jefes, cuñao.

Llega entonces a la verja un sujeto con gafas, en mangas de camisa. Trae en la mano un legajo y hace señas para reclamar silencio.

—Necesitamos doscientos hombres bien dispuestos para abrir caminos. Los trabajos comienzan mañana. Los que quieran trabajar pueden ir diciendo sus nombres. Uno por uno y con orden.

Un clamor corea sus palabras y mil manos se agitan en el aire.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

—Con calma, ¡caray! —grita, brutal, el de las gafas.

—Yo, Ruperto Vargas.

Repite, escribiendo en su legajo:

—Ruperto Vargas. ¿Quién más?

—Máximo Prieto.

—Máximo Prieto. El otro.

—Jacobó Urrutia.

—Jacobó Urrutia. Palante.

—Teófilo Aldana...

—¿Teófilo Aldana? ¿Hasta cuándo voy a decirle que no me moleste? Usted no puede reportarse aquí porque está en la lista negra. ¿No lo sabe? No me friegue más.

Es un negro fornido el tal Aldana. De esclerótica rojiza y ceño duro. Mira al de las gafas con fijeza, y se va abriendo paso hacia la verja.

—Ya sé que me habéis dicho eso muchas veces. Pero no me convenceréis hasta que yo no sepa por qué estoy en la lista negra.

—Pregúnteselo a mister Rule, que fue quien dio la orden.

—Que se lo pregunte su madre.

—La dé, por si acaso.

—O la suya, si no le ha gustado.

—¿Por qué me dice eso? ¿Qué culpa tengo yo?

El de las gafas lo mira, pálido.

Algunos aspirantes reconviene a Teófilo. El listero no tiene la culpa, ciertamente. Recibe órdenes y las cumple. Pero Teófilo es un hombre testarudo:

—Toítos son iguales: los jefes porque son jefes y estos zarandajos de aquí porque son unos sinvergüenzas adulantes. No hay peor cuña que la del mismo palo.

Se calma un tanto y prosigue la anotación.

—¿Y no sabéis por qué te puso en la lista negra mister Rule?

Lo sabe y se envanece de ello:

—Le metí dos palos a un caporal margariteño. Me vino con groserías y lo envainé. Y si se me espeluzca lo puyo, eso es así. Porque no a todos los hombres se les puede sobajar.

Teófilo permanece un rato ramoneando entre los distintos grupos y se aleja luego. La lista negra, comentan los demás, es un reciente invento de las compañías petroleras. Algo terrible.

—Al que lo pongan en ella que se vaya, si no quiere morir de hambre.

Sin embargo, algunos pensaban de otro modo:

—Terrible, sí, pero necesaria. Este Teófilo, por ejemplo, es de los que merecen que los pongan ahí. ¡Un perreroso!

Ya tenía su martirologio. En aras de la Lista Negra se sacrificaron hasta vidas. Poco antes se envenenara un hombre porque en ninguna empresa le daban trabajo. Un pobre diablo cargado de hijos.

Casi toda la mañana prolongóse la inscripción.

—Bueno —gritó el listero al terminar—: mañana bien temprano a coger su ficha cada uno.

En efecto, al día siguiente muy de mañana, los enganchados están formando filas frente a la misma verja. Vienen unos capataces repartiendo fichas de bronce numeradas y a poco arriba una escuadra de camiones cargados de herramientas.

—¡Arriba! ¡Arriba, pues!

Los camiones se llenan de rumores. Unos hombres se acurrucan sobre las herramientas, otros quedan de pies y todos charlan con alegría.

—Desde La Rosa, vamos a empezar desde La Rosa. En Tamare tenemos que encontramos con los que vienen de Lagunillas.

—Hay para tres meses.

—Lo menos.

—Para esto sí son tigres los corianos, para el monte. No hay quien les ponga el pie adelante.

—Para el agua los margariteños.

Alguien deposita la ponzoña de una interrogación:

—Y esos negros *maifrenes*, ¿para qué diablos los traerán?

—No los traen. Es que vienen. Sirven para todo.

—Sí, pero todo lo echan a perder. Y aguantan hasta porquería.

Por la ancha calzada recién construida, avanzan los camiones hacia el sur. En La Salina brigadas enteras construyen nuevos edificios. Sujetos acuciosos dragonean de informados:

—Ahí trabajará la Gulf... Allá la Lago. Ambas van a perforar dentro del agua. Aquí montarán sus oficinas; allá talleres.

Otros, ingenuos, se muestran admirados de tanta maravilla:

—¡Cará! Parece mentira. Hace dos meses para ir a La Rosa había que embarcarse en un cayuco: todo esto era pura agua y monte tupido.

Respírase vitalidad. El ambiente parece concentrarse al ímpetu de una voluntad avasalladora. La fuerza, el poder incontrastable de esta voluntad se palpa en cada uno de los nuevos detalles que modifican el paisaje. En el hierro y la piedra, en el humo que navega fingiendo buques fantasmas en el aire; en el olor, el color y el ruido. No es necesario que una voz imperiosa acicatee a los hombres. La necesidad de actuar y apresurarse proviene de todo en derredor. Detenerse aquí es morir. Los camiones tienen que avanzar haciendo zig-zagues para sortear las embestidas de otros camiones. Pesados tractores, *caterpillars* altas como castillos rodantes, muerden la tierra con sus bandas dentadas, orugas diabólicas que no respetan obstáculos. Los choferes de los camiones hacen rugir sus cornetas, esclavos de una embriaguez de ruido, coreando el aullido de los monitores en el lago, el gruñido de los motores, el redoblar de los martillos de aire comprimido.

—Esto es lo que llaman La Salina.

—Sí, al otro lado está El Cardonal. Todavía quedan cardones.

Cuando pasan por La Montañita saludan a las mujeres que salen a verlos. Son hembras oscuras, de largas trenzas brillantes. Sucias y melancólicas. Junto a ellas discurren chiquillos de cataduras diversas que se identifican en el color de la piel y en la tristeza de los ojos. Desnuditos, con grandes panzas relucientes, algunos se quedan inmóviles con las piernas cimbradas hacia atrás, como bejucos. Mordisquean trozos de arepa sucia y se hurgan las narices con los dedos. Los más pequeños berrean colgados a las faldas maternas.

Desde los camiones, los hombres les dicen adiós y les dan instrucciones con voces cadenciosas:

—Me lleváis el chao allá, ¿oís Petra?

Y ellas contestan:

—Güeno...

—Compráme un cobre de tabaco en rollo, Julia.

—Güeno...

—¡Recogé el muchacho, cristiana, que le come la arepa el perro!

—Güeno...

—No te olvidéis de mi guarapo de panela.

—Güeno..

Más adelante, por La Rosa, se asoman otras, de tipo distinto. Rollizas, atezadas, duras. Ríen con todo el organismo y charlan como cotorras, entre un chaparrón de ademanes exuberantes.

—¡Por la Virgen del Valle! ¡Qué gentá! Si son corianos... ¿Para dónde llevarán esa corianá?

Los corianos desde sus camiones las miran serios, búdicos.

—¡Pobrecitos, Virgencita! Si parecen presos.

Más allá todavía, nuevas actividades. Casas de madera resplandecientes, sobre pilastras, con techumbres aisladoras. Jardinillos recién plantados, con acusado aire de forasterismo. Todo un pueblo nuevo y exclusivista, aislado del mundo circundante por una extensa verja de hierro donde enreda su perdida esperanza una trepadora trasplantada. Allí predomina el blanco, un blanco neto, agresivo como el de los modernos hospitales y salones de barbería. Sugiere el confort de aquellos *chalets* cierta idea de cartujismo, con todo lo necesario para no carecer de nada. Sin superfluidades.

—Ahí van a vivir los jefes extranjeros. Eso da gusto, cámara.

Lo más hermoso es el piso. Una grava limpia y nivelada dibuja avenidas simétricas, irreprochables. Cuadros de césped, peñaditos como cabelleras, circundan estas avenidas y van a morir al pie de las escalinatas.

Cerca de aquel lugar comienza la faena. Los camiones detiéndose y los hombres bajan con sus herramientas. Poco después álzase un rumor intenso y penetrante. Gime el monte bajo el filo de los machetes y las hachas, y las hojas caen en una lluvia rumorosa. Las cuadrillas en formación perfecta, casi militar, avanzan a pie firme en la carga formidable. No se oye una voz. Sólo el resoplido del aliento en el esfuerzo tenaz. Bajo el sol agudo brillan las medias lunas de los aceros y la transpiración que bruñe los torsos. Huele a savia nueva.

Rostros mudos, labios contraídos, ojos endurecidos. Pero ni una palabra. Sólo el pujido unánime, rítmico, en el esfuerzo del tórax que se dilata en el ir y venir del brazo: ¡Juhhh! ¡Juhhh! ¡Juhhh!

Y el brazo prolongado en la hoja reluciente.

De vez en cuando un hombre se inclina sobre el cuello de la cantimplora y bebe con avidez a largos tragos ruidosos. Luego se pasa el dorso de la mano sobre los labios y resuella con placer. Saltan de entre los matorrales descuajarados los conejos, erectas como lanzas las orejas, y las bandadas de tórtolas tienden su vuelo súbito y rastrero entre el pávido maraqueo de sus alas. Algún obrero se agacha vivamente para rascar sus desnudos pies, donde alguna hormiga roja ha clavado su aguijón. Y de repente un sofocado grito:

—¡Me picó esa diabla! ¡Madre santa!

El nudo de los dedos se destrenza del pomo del machete y ambas manos oprimen el

calcañar.

—¿Qué fue?

Está el hombre densamente pálido. El terror navega en sus pupilas.

—Una *guayacán*. Por ahí se fue la condenada.

Se alza entonces un grito cuya urgencia dilata la melancolía de la voz:

—¡Jeey! ¡Aquí hay un picado de culebraaaaaa!

Y el efecto es instantáneo. Queda el trabajo suspendido y el miedo se trasmite en el rayo de la mirada.

—¡Un tabaco, ligero! ¡Prendan un tabaco!

Traen el tabaco encendido como un tizón. Uno de tantos, el más hábil, aplica sin vacilar la brasa al pie dañado. Cruje la carne asada y se extiende su peculiar olor. Pero ya el paciente se desmaya en gemidos. La pierna se va hinchando, hinchando como un juguete neumático; ennegreciéndose como si la asaran. Islas lívidas y rojizas taracean la piel.

Aquel tórax, robusto como una fragua, que poco antes trepidara en el esfuerzo placentero de la tala, insuflando todo su vigor para verterlo en el ímpetu del machete, se contrae ahora palpitante, anegado en un sudor viscoso. Aquellas pupilas certeras, disimuladas por el burladero del párpado que tasa la excesiva luz vital, van obscureciéndose, naufragando en la marejada turbia de la muerte.

—¿Qué pasando aquí? —estalla la voz metálica del jefe— ¿Por qué suspendiendo el trabajo?

Los hombres se han puesto en fila, agachadas las cabezas.

—Un picado de culebra, mister.

El caporal, un venezolano, se lo explica en inglés. Pero el jefe monta en cólera:

—*Oh! Go to Hell!*

—Que traigan un camión y se lo lleven. ¡Vamos! ¡Vamos al trabajo!

Los peones se vuelven mohínos. Cunde el chischás de nuevo y la fronda calenturienta sigue cayendo bajo la avalancha.

—No hay camiones aquí: todos se fueron.

—Que se lo lleven de cualquier modo.

Dos de ellos fabrican una camilla con ramas, y se llevan al agonizante.

El sol araña la piel. En hilos corriosos el sudor llueve por ella. La tierra forma costras en las piernas y los brazos. A intervalos un machete se desvía para alcanzar la banda elástica de algún ciempiés de monte, negro y grande como una sierpe, o algún alacrán de peludas pinzas, cuya cola se alza retadora.

E inopinadamente comienza a llover. Unas gotas gordas se aplastan en el suelo y en las espaldas desnudas, con chasquidos netos, levantando humo. Pronto se pone el suelo jabonoso y los pies, después de resbalar, húndense en el fango. Más luego, tan inesperadamente como comenzara, la lluvia cesa. Y el sol sale de nuevo.

Van apareciendo las mujeres con sus bojititos grasientos y sus potes de latón. Llegan caladitas por la lluvia, silenciosas como sombras, y se quedan quietas.

—Ya va a ser la hora: están llegando las parientas.

En el alerta de un silbato se anuncia la hora del descanso. Ahora, un breve almuerzo para recomenzar.

—Cará, no se ve una florecita por todo esto.



TEOFILO Aldana se puso a marchar a la deriva y arribó a una pulpería.

Había otros dos hombres, sucios los trajes de labor y el pote de latón colgando del garfio del dedo. Bebían. Él saludó:

—¿Cómo están los amigos?

—Sin novedad —le respondieron.

De un clavo clavado en un horcón, colgaba un guitarrico.

—¿Cuánto vale el cuatro? —preguntó examinándolo.

—Cinco pesos —respondió el pulpero.

Teófilo se echó a reír:

—¡Cónfiro! ¿Es de oro?

El pulpero, un andino cuarentón, le miraba de reojo.

—Pues, déjelo: ahí no estorba.

Los otros pagaron y se fueron. Aldana había arrugado el ceño, pero después volvió a reír.

—Ah, paisa; no se caliente.

Con desenfado había descolgado el instrumento y lo registraba con las puntas de los dedos.

—Es bueno el carranclón, pero por cinco pesos le hago yo todos los cuatros que me pida. A estos *gochos* no se les agua el ojo para pedir.

Prosiguió carretera adelante, y aun hablaba:

—...éstos son los que se aprovechan del desbarajuste. Ponen sus tarantines y blanquean adentro. No se comen un cuartillo mal comido.

Iba bebiendo sol. El sombrero de fieltro negro sobre las cejas.

—Si yo tuviera medio me pegaba un ron. Tengo ganas de pegármelo.

Girando alrededor de esta idea lo conmovió el contacto acústico de un bocinazo. Saltó hacia un lado y un automóvil pasó como un huracán. El sombrero voló de su cabeza y se puso a rodar por la calzada, persiguiendo al automóvil.

—¡Maldita sea tu...! ¡Pedazo de ajo!

Y al sombrero que corría:

—Bueno, pues: no te paréis.

Luego, ya con el sombrero en la mano:

—¡Puñeteros! Caray, no me voy de aquí sin darme el gustazo...

Venían en grupos los obreros, conversando. Iban otros a tomar sus turnos. El trabajo no cesaba. A lo largo del día y de la noche se tendía su ritmo sin soluciones de continuidad.

Aldana llegó a la altura de una verja de alambre muy alta, donde dos hombres y cuatro muchachos miraban atentamente e iba a proseguir cuando aquello llamó su atención:

—¿Qué mirarán esos zoquetes?

Era un lugar barrido, reluciente casi... Había arbolillos recién plantados, postes con focos eléctricos y banderolas triangulares.

Se aproximó. Al otro lado de la verja, dos mujeres y dos hombres rubios jugaban al *tennis*. Iba y venía la pelotita blanca disparada por las ágiles raquetas. Se engarzaba en la red divisoria del *court* y volvía a volar como una palabra alegre cien veces repetida. Los jugadores, finchados de blanco, saltaban con gracia gozosa.

Teófilo miró también. Hermosos aquellos cuatro diablos rubios, de ojos de acero y cabellos de oro. Duros, como tallados en roca de río. Bíceps templados en los hombros y ancas y pantorrillas jocundas en las mujeres. Enrojecían los ojos de Aldana y perseguían como dos

tábanos aquellas grupas y aquellas piernas, regalo novedoso y excitante como un trago de ron. Con los sentidos tensos, dispuestos a saltar, Teófilo reflexionaba:

—¡Ah diablo! ¡Ah diablo! Y que se me atravesara una de estas catiras en un camino solo.

Ya lo imaginaba. Lo vivía. Era el camino solitario, abrupto como los de su tierra calcinada. En el horizonte, el cinturón dorado, alucinante, de las tolvaneras heridas por las lanzas del sol; el médano rojizo, fantasma de ciudad futura, con edificios ilusorios, cúbicos, y matas verdes en las azoteas; el berrido de un chivo que se alza sobre los cuartos traseros para morder la penca tierna de un cardón; él, Teófilo Aldana, negro jugoso, que va transpirando ron, y ella que desemboca con su paso elástico. Solas sus dos almas en el paisaje. En el ambiente un ritmo erótico, un canto de chicharras, un polvillo tornasolado de cantáridas...

...Vestida de blanco, como ahora, la mujer desemboca ante él. Con las piernas desnudas y al aire la melena gótica. En la diestra mano la raqueta de tenis y en la siniestra un cigarrillo perfumado. Solas sus dos almas en el paisaje...

...La suya se detiene en el centro del camino. La de ella más allá. Sus pupilas de piedra de sortija lo miran anhelantes. Y él ríe, ríe porque sabe que ella quiere aunque finge lo contrario.

—Hipócrita, ahora veréis...

Avanza sonriendo. ¡Cómo lucirán sus ojos y sus dientes! Ella retrocede. Es largo el arco de sus piernas nervudas, rosadas como fruta pintona, con pelusilla rubia. Retrocede, retrocede y de pronto cae. Salta él...

...¿Han hablado? Quizá. No oye sus voces. No las entiende. Es inútil hablar. Pero ella se resiste, forcejea, le pega, y él entonces siente que es necesario alzar el puño:

—Si no te estáis quieta...

Así hay que tratar a las mujeres. A todas, pero sobre todas a estas catiras hipócritas que «hacen como» que desprecian al hombre cuando en realidad lo están deseando. ¿Qué saben ellas lo que es un hombre de veras? No lo sabrán mientras no se acuesten con uno como él, Teófilo Aldana, hecho de fuego solar. ¿Son acaso hombres, verdaderos hombres, esos catires impávidos que manejan a la mujer como a una máquina? ¿Es posible, por ejemplo, bañarse junto con una mujer semidesnuda sin comérsela?

Sigue el film mental. Se ha rasgado entre sus dedos férreos la dura tela blanca. ¡Raaaz! La fruta, palpitante, está en sus manos.

—¡Oooh! ¿Como que vais a romper la cerca?

Lo despertó la voz de uno de los muchachos. Reían los otros. Pero Teófilo se indignaba con facilidad. Los miró de un modo que los chicos callaron.

—¿De qué se ríen?

Callaron con miedo.

En aquel instante se elevó la pelota y atravesó la alta verja en un vuelo raudo de lucero. Vino a caer en la calzada y corrió a esconderse en el nido de una verdolaga. Los muchachos se precipitaron a cogerla, pero Teófilo estaba más próximo que ellos y la sacó del hueco.

—Démela a mí —decía un muchacho.

—No, mayor, a mí —gritaba el otro.

La tenía entre sus dedos negros, nudosos como raíces, y la apretaba. La esferita se contraía sin reventar.

—Démela, mayor.

—A mí a mí.

No sonreía. Los miraba disputarse con rencor.

—¿Por qué? ¿Por qué se la voy a dar a ustedes?

Dijo uno:

—Es que pagan un real, mayor, al que la tire pa dentro.

—¿Así es la cosa?

Con un real se tomaría dos rones. Miró hacia el *court* y vio que uno de los jugadores, pegado a la verja, le observaba. Uno de los hombres rubios...

Seguía inmóvil con la pelota en la mano, y los muchachos frente a él, expectantes... «Dos tragos de ron»... Pero el catire hizo con la raqueta un brusco movimiento de impaciencia y le gritó con aspereza:

Come on! Come on! Déme la bola.

Y se le ensangrentaron de nuevo las pupilas. «*Come on! Come on!*» Siempre el mismo tono imperativo para mandar las cosas o para pedidas. ¿A son de qué? ¿No comprendían que Teófilo Aldana era otra clase de hombre, a quien no se podía mandar así?

—¡No sea pendejo!

Miró al *musiú* con mirada de reto, arqueó el tórax con el brazo tenso como el de un flechero, y la pelota blanca voló en una amplia curva hacia los matorrales distantes, más allá de las nuevas edificaciones. Hacia las turbias aguas del lago.

Luego le volvió a mirar con sus ojos ardientes. Le vio fruncir el ceño y esperó que saldría... «Si sale lo fuño»... Pero no salió. Y Teófilo Aldana se alejó, carretera adelante, seguido de la mirada admirativa de los muchachos.

Ahora se modificaba su ensueño...

...La mujer rubia no venía sola por el camino del médano. La acompañaba aquel catire, y él, Teófilo Aldana, llevaba como siempre su puñal debajo de la blusa. Como un escapulario. El asunto se resolvía después sobre la sangre del hombre, antes de que la arena sedienta se la hubiese bebido toda.

Sus pensamientos derivaron después por otros cauces. Miraba lo que ante sí tenía: fábricas en iniciación, taladros de hierro negro, una fila de casitas agobiadas y una salineta. Más allá cejas de monte, más taladros y un cielo salpicado de vino. La carretera culebreaba como una rúbrica fantástica... No había hecho nada allí Teófilo Aldana. Su trabajo fue de escasa duración, porque una semana después de su llegada, aquel margariteño le había hecho arrepentirse de ser correcto. «¡Teófilo Aldana no se ajea!»... Y le puso una camisa de palos con su vera.

Lo incluyeron entonces en la lista negra. «Estaba bien. Pasando un puente dijo una loca»... La lista negra no se come a nadie. Ya se lo hubiese comido a él. Sus paisanos tenían siempre a mano un pedazo de arepa y un pedazo de chivo. Los sábados le brindaban ron hasta que lo hacían cantar y caer rendido en cualquier parte. ¿Para qué más? Tampoco le asustaba la cárcel: ya la conocía. Sus paisanos necesitaban un paladín, y allí él.

—¿Qué hubo con los corianos? ¡Mucha vista, pues!

Teófilo Aldana no tenía qué perder. Está bien que los que tienen mujer e hijos se sometan a ciertas humillaciones de quienes les pagan, pero ¿él? ¿Qué va! En cuanto sintiera comezón en los pies se echaría el bojotito a la espalda, engarzado en la punta de su vera, Y ¡a viajar! Familiares le eran todos los caminos, todas las picas que van hacia su tierra. Y en su tierra sí que hay donde caminar y donde esconderse. Para sus plantas infatigables eran parques los médanos. Su alma se nutría en el catecismo del desdén a las distancias: «Ahí mismito»... «Aquisita».

Y ¿por qué estaba todavía en esta tierra de la lista negra? Él sólo lo sabía, él solo. Ni borracho lo confiara a nadie. Hay cosas que sólo una sonrisa puede expresar.

Días atrás estuvo a punto de cortar el nudo. Aun llevó su mano al pecho, debajo del lienzo de la blusa. Pero reflexionó. Sabía reflexionar a veces. ¿No reflexiona el tigre cuando, paso a paso, va siguiendo al viajero por detrás de las cortinas del bosque? Ello fue un domingo por la tarde. Estaba Teófilo frente a un botiquín de La Vereda, donde tragaban whisky unos *musiúes*. De repente se armó un combate a puñetazos. Los catires se golpeaban como bestias, caían, pujaban y volvían a levantarse sin atender a los requerimientos del botiquinero ni a la intervención de policías y *guachimanes*. Él, Teófilo Aldana, recostado a un poste, miraba con indolencia. Pero comenzó a correr la sangre, bajaba por las caras congestionadas y caía sobre las camisas abiertas. Y una voz urgente, un espuelazo en las entrañas, lo enderezó...

—¡Sangre! ¡Sangre! Donde hay hombres debe correr la sangre. Así lo sentía él, todo un varón. Sin embargo, había reflexionado. ¿No reflexiona el tigre?

Medio sol amarillo se enfriaba lentamente en el horizonte cuando cruzó la pasarela de tablones hacia El Cardonal. Pronto sería de noche y las parientas encenderían sus lamparitas de kerosene o sus bujías de esperma. Los ranchos quedarían más aislados, más hoscos, más esquivos bajo las sombras. Irían los paisanos y las paisanas hacia los chinchorros de moriche a limar un poco las aristas del ancestro bajo la mansedumbre del progreso forzoso.

En tanto él, Teófilo Aldana, seguiría solitario, derecho como una vera y alerta como el tigre. Como el tigre pintado, pequeño y reflexivo de sus montañas.

IV

UANDO López llegó aquel día a la puerta de la jefatura, casi tropezó con Ño Casildo que salía. Los dos habían envejecido. El rostro agudo de Casiano estaba partido por una arruga vertical que se prolongaba en el dibujo desmayado de la nariz para bifurcarse, bajo ésta, en las llorosas guías de los bigotes. La gran cabeza de Casildo se cubría de una lana cenicienta que daba más melancolía a sus pupilas. Era una sucia cabeza de cordero.

—¡Señor Casiano!

—¿Qué hay, Casildo?

—Lo estaba esperando.

—¿A mí? —extrañó Casiano.

—El Secretario me ha dicho una porción de cosas y después me salió con que hablara con usted.

—¿Conmigo?

—Con el jefe... y como el jefe es usted.

Sonrió Casiano, melancólico:

—¿Dónde has estado metido, Casildo, que no sabes que ya no soy jefe civil?

—¿De verdad? Vaya, pues... y ¿desde cuándo, señor Casiano? ¡Qué de cosas! Y yo metido en ese monte sin enterarme de nada...

—Esto ha cambiado mucho. Casildo.

—Sí, señor: mucho. No se conoce. Esta no es Cabimas, la Cabimas de nosotros.

—Ni su sombra, ni su sombra. Mira todas esas cosas nuevas. Fíjate en esas calles, en esas torres; acércate a ese muelle. ¿Quiénes son esas gentes que parecen que se han vuelto locas?

—¡Virgen del Rosario! ¿Y la iglesia? ¿No la abren?

—Hace dos años no le vemos la cara a un cura. Puedes darte cuenta por el estado de la

torre. Con tantas cosas nuevas, la pobre iglesia parece que ha envejecido de pronto.

—Como nosotros...

—Como nosotros.

—Casildo vertió todo su desaliento en un suspiro.

—Y yo que contaba con usted. Ahora sí que no hay remedio.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? ¿Qué te dijeron ahí?

—Pues, imagínese: usted recuerda como salí de mi hatillo aquí en el pueblo ¿no? Bien es verdad que me dieron quinientos pesos por el rancho, pero ¿de qué me sirvieron? Uno tras de otro se me fueron, porque desde entonces nos cayó la pava. Primero fue Marta, que se enfermó del hígado; después el muchachito...

Casiano frunció el ceño con rencor.

—¿Cuál muchachito? ¿El hijo de aquel vagabundo?

—El de Joseíto, sí señor.

Había cambiado su fisonomía. Estaba ahora dura y fría como un cuchillo.

—Joseíto, sí, el culpable de todo esto. ¡Un bandido!

Casildo había humillado la cabeza.

—No digo que no —convino—. Pero ¿qué culpa tenemos nosotros? La misma Marta, ¡pobrecita! No ha hecho más que sufrir. Ese hombre me la embrujó. Y si es el chiquito... Tan buena mi muchacha, señor Casiano, ¡tan buena! Pero ¡qué mabita tan grande! Desde que salí de mi casa he andado como el judío errante, de un lado para otro. De donde quiera tengo que salir. Me metí primero por allá, por Pueblo Aparte, y enseguida me dijeron: «Desocupe que van a perforar aquí». Después cogí para El Menito, y apenas había empezado a quemar unos tablones, otra vuelta lo mismo: «Desocupe». Ahora, hace tres meses, me metí por ese monte adentro y ya me vuelven con la misma.

Seguía duro Casiano.

—Sin embargo, algo te dan por eso.

—Sí, me dan, me dan unos cobres, pero, ¿qué hago con ellos? Si parece que son riales de difunto, que se vuelven sal y agua. Ya no puedo más. Si fuera solo ¡qué carrizo! Pero con esa muchacha y ese niño enfermo...

—Y vos ¿no tenías otra hija?

—¿María? Ah, ¿pero usted no sabe, pues?

Nada sabía Casiano. Ño Casildo hizo una mueca amarga.

—María se me fue con un *musiú*. Van para dos años que no la veo. Me dicen que tiene un hijo y anda echando lujo.

Guardaron silencio, cada uno de ellos arrullado por su propia amargura, por sus propios recuerdos. En Casiano el rencor se volvía miradas oblicuas. El nombre de Joseíto Ubert le hería como una cuchillada. Y esta cuchillada venía a dársela precisamente Casildo, a quien miraba como un cómplice del ladrón.

Envolvíanlos el tráfago de la intensa vida minera. Automóviles atronadores que tejían la ancha calle asfaltada, bordeada por casitas de tablas y zinc; flamantes comercios de *canastillas* y botiquines en su mayoría. Al cencerro de las bocinas mezclábanse las notas sincopadas de la música en discos, broncos mugidos de vapores que cruzaban el lago, pegados a la costa como sombras chinescas; gritos humanos en idiomas heterogéneos. Y el incesante pregón de los choferes: «¡Voy La Rosa!» «¡Voy Ambrosio!» «¡Lagunillas voooy!»

Frente a ellos, la Plaza, la aldeana plaza de otros días convertida ahora en parque urbano, con aceras de cemento y focos eléctricos y estatua de mármol. Más allá una calle nueva donde antes fuera bebedero de bestias. Y al final, el muelle.

Acababa de arribar un vaporcito de Maracaibo y los viajeros apelotonábanse en el malecón. Mujerzuelas ojerosas salían a orear sus cuerpos abotargados por las noches de orgía. Pasaron dos hombres indignados.

—Cómo le parece —decía uno de ellos—. ¡Cobrar un fuerte por un caldo mantecoso! ¡No friegue!

—Y a mí —protestaba el otro—, a mí acaban de sacarme tres bolívares por traerme la maleta. ¡Es el colmo!

—¿De modo —reanudó Casiano— que te llamaron para eso?... Pues bien, yo también estoy citado. Y no sé para qué.

Ño Casildo captó al fin la rencorosa acidez de Casiano y se alejó de él sin despedirse. No por enemistad sino por timidez. Desató su burro de un cercano poste y se lo llevó del diestro.

Casiano penetró en la Jefatura. Una docena de personas, hombres y mujeres, ocupaban los asientos. Entre ellos, algunos extranjeros blancos. Todos los hombres estaban en mangas de camisa. Saludó descubriéndose:

—Buenos días.

Como nadie contestara a su saludo, se aproximó al secretario que tecleaba con torpeza en una máquina de escribir.

—Soy Casiano López. Estoy citado por el jefe.

—Pues espérelo —respondió con brusquedad el funcionario.

Y Casiano quedó de pies porque no había más sillas.

Aquello también había cambiado. Radicalmente. La techumbre de eneas desapareciera sustituida por un tejado flamante. Las paredes estaban recién pintadas de azul. Los pupitres eran nuevos. Había máquina para escribir y prensa para copiar las cartas. El ambiente, el olor, todo era distinto. Nada recordaba su época. La disciplina también. Y la actitud del secretario y los uniformes de los agentes.

Uno de éstos se acercó al secretario para decirle que un arrestado pedía ser puesto en libertad mediante el pago de una multa.

—Que pague cien bolívares.

El agente salió para volver a poco.

—Dice que no tiene más que sesenta.

—Dígale que paga cien o se madura ahí.

Poco después entró el jefe civil. Ya no era el mismo que reemplazó a Casiano, pero la blusa era una reproducción exacta de la de aquél. Éste, además, portaba un foete forrado en piel-de-rusia.

Entró sin mirar a nadie, muy engolfado en una charla con otro sujeto que le seguía. Y Casiano sufrió un tembloroso presentimiento, pues en aquel individuo había reconocido a Carolino Kuayro.

El funcionario tomó asiento en su silla giratoria. Echó el *panamá* sobre su nuca y puso el foete en el pupitre.

—Siéntese, don Carolino —invitó cordial—. Y como observase que todas las sillas estaban ocupadas, alzó un grito:

—¡Oficial de guardia! ¡Tráigale una silla a don Carolino!

Entonces advirtió a Casiano de pie junto a una ventana.

—Ajá —hizo—. Ya está usted aquí. Bueno, déjeme salir de estos señores (indicó a los extranjeros). ¿Qué les pasa a los *míster*? Vamos a ver.

El secretario dio la novedad. A los *míster* les pasaba lo siguiente: dos de ellos

manejaban sus respectivos automóviles, uno hacia La Rosa y el otro en sentido inverso. De pronto coincidieron en una estrecha curva de la carretera y ¡paf!: chocaron.

—No hubo desgracias personales que lamentar —dijo el informante.

—Y ¿dónde fue eso?

—En la carretera general; en aquel pasito peligroso donde usted mandó poner aquel letrero que dice: «Cuidado con las curvas».

—Ajá —repitió el jefe en un tono que quería decir: «ya se me ponía»—. Pues eso no vale la pena. A la gente de trabajo no se la molesta por tonterías. Que se compongan los corotos y se acabó. Y al otro míster ¿qué lo trae aquí?

—Este señor —siguió informando el secretario—, este señor ha venido porque Valentín, el amo del «Quiosquito» se queja de que anoche le rompió una vidriera.

—Y ¿dónde está Valentín?

—¡Presente! —dijo Valentín cuadrándose.

—¿Cómo fue la cosa? —pidió el jefe—. Andá, contáme para ver.

Muy agitado. Valentín contó que el míster, un poco excedido en su entusiasmo, habíase entretenido en dar de puñetazos a la vidriera de su botiquín, y como él le cobrara el precio de dicho mueble, el míster le había puesto limpiamente el dedo pulgar debajo de la nariz y los otros cuatro sobre el cráneo, apretando luego.

—¿Es verdad eso, míster?

Visiblemente embarazado, el extranjero eludió:

—Yo no recordar nada, coronel.

El jefe meditó un momento. Luego, persuasivo:

—Mirá, Valentín: vos sois de por aquí. Hay que tener cabeza para ciertas cosas. La mejor clientela de tu botiquín son los míster. ¿Por qué no dejáis eso? Andá, véte, andá. Vos sabéis que en una sola noche les sacáis para comprar veinte vidrieras.

—Pero es que esa me cuesta quinientos bolívares, coronel —protestó Valentín—. Usted comprenderá... Yo tengo mis testigos.

El jefe le miró ceñudo, y se soliviantó:

—Bueno, ¿queréis formarla entonces? ¿No te digo que lo dejéis así? Váyase, míster: ya su asunto está arreglado. Puede irse.

Los extranjeros y Valentín salieron.

—Y ¿estos otros, qué desean?

Tomó de nuevo la palabra el secretario.

—Estos tienen un lío por una sortija que se le perdió a la señora.

—Ajá. Que vuelvan a la tarde para ver cómo es la cosa. Ahora estoy muy ocupado. Acérquese, don Carolino. Y usted, don Casiano. Vamos a ver: don Carolino dice... ¿Cómo es que dice usted, don Carolino? Eche el cuento otra vez, para que oiga don Casiano.

Kuayro aproximó su silla. Llevaba botas vaqueras, sombrero de ampleita y traje de dril rayado, lleno de mugre.

—Mi cuestión con el señor —dijo, aludiendo a Casiano— es la siguiente: acabo de comprar una tierrita detrás del cementerio, aquí en Corito, y según me han informado, allí hay un *gato* viejo que es del señor. Por lo tanto, quiero que lo saque de ahí. Eso es todo. Miró el jefe a Casiano.

—¿Qué dice de eso el compañero?

Antes de responder, Casiano preguntó a su vez:

—¿Para eso me llamó?

—Para eso.

—Bueno, le diré: ese «gato» no es un «gato», sino una casa muy completa, con sus cimientos y todo. Por otra parte, eso no es mío...

Kuayro se violentaba con facilidad.

—Es suyo, no andemos con entaparados porque yo sé que es suyo.

Mas el jefe, persuasivo, no quería violencias...

—Tenga calma, don Carolo, tenga calma. A usted pueden haberle engañado. Díganos, don Casiano, si lo sabe: ¿de quién es la casa entonces?

Antes de responder, Casiano reflexionó un instante.

Dijo al cabo:

—La casa es de la Iglesia. Era mía, pero yo se la regalé a la Iglesia.

Eran dos carbunclos los ojos de Carolino.

—De la Iglesia... ¡No trabaje! Ya se me ponía que iba a salir con eso. Es la alcahuetería de toda esta gente: la Iglesia.

—Mire —reclamó Casiano, pálido—, mire que me está ofendiendo.

Pero Kuayro se rió con sarcasmo:

—¿Y qué?

—Que eso no se lo soporto.

—¿No me lo soporta? ¿Usted cree que todavía estamos en el tiempo en que metía a la gente en un calabozo porque no venía a besarle la mano al cura? ¡Qué va! Eso ya pasó.

—Bueno —terció con entereza el jefe—. Vamos a terminar esto. ¿Quiere decir que no es suya la casa, don Casiano?

—No señor, no es mía.

—Ajá. Pues entonces, don Carolino, usted tendrá que arreglárselas de otro modo, porque lo que soy yo no mando a tumbar esa casa.

Carolino protestaba furioso:

—Pero, mi terreno...

—Yo no sé de eso, ya le digo. Vaya donde el juez a ver cómo le arregla su asunto. No quiero cuestiones con la Iglesia.

Hubo un silencio embarazoso. Casiano preguntó:

—Entonces ¿me puedo ir?

—Cómo no...

Carolino salió tras él. Sus espuelas resonaban en el piso a compás de su ruda pisada de zambo. Poco después el jefe civil comentaba sonriendo:

—¡Ah, don Carolino! Le vendió a la Compañía toda esa tierra y todavía no está conforme. No lo ahorcan por dos millones y ya lo ve, para arriba y para abajo en ese macho viejo. A un hombre con plata puede perdonársele cualquier cosa, menos que no tenga una buena bestia de silla.

Y el secretario, aprobador:

—Eso es nada: si viera los tabacos que fuma. Dan grima.

En tanto, Kuayro miraba alejarse a Casiano con odio. Impulsivo y fornido, a duras penas controlaba el ímpetu de seguir tras él y abofetearlo. El recuerdo de la humillación que un día le infligiese, hervía en su hiel y le subía a las pupilas en puntos de sangre.

Pero en aquel instante acertó a pasar un aguador pregonando su mercancía:

—¡Agua dulce! ¡Agua dulce! A real la lata.

Y hacia él dirigió su atención.

—Mirá, ¿dónde compráis esa agua?

—En la planta de La Rosa. ¿Por qué?

—Porque yo tengo agua muy buena y te la doy barata. ¿A cómo te ponen la lata a vos?
—A medio.
—Bueno: yo te puedo vender agua de aljibe a cuatro cobres.
—Y ¿dónde tiene usted su aljibe?
—En Punta Gorda...
—¡En Punta Gorda! —el muchacho rió de buena gana—. ¡No friegue! Ni que me la regale.
Y lo dejó con la palabra en la boca.
—Qué clase de comerciantes —criticaba luego Kuayro, pasándole la pierna a su cabalgadura—. Por un cobre voy yo no digo a Punta Gorda...

V

POR el camino recién abierto avanza Carolino, caballero en su macho viejo, hacia el rincón salvaje que el petróleo va poniendo ahora al descubierto como una llaga escondida.

Ya su oído, familiarizado con ellos, no se resiente de los ruidos que forman el nuevo ritmo de la vida en esta tierra. Ni su piel terrosa, curtida por las inclemencias y el trabajo primitivo, se irrita bajo el huracanado sol del meridiano. Sus miradas ausentes caen desde el molido lomo de su matalón y resbalan sobre los montones de ramas mustias, cadavéricas, que reposan a la vera de la calzada esperando el fósforo nivelador.

Acaso piensa Carolino en su vida, tan mustia como aquellas ramas desgajadas; en su vida sin flores, estéril y agresiva como la comarca misma donde ha vivido desde niño. Quizá piensa en Casiano y en la afrenta que pide venganza. Quizá en el aguador holgazán que despreció su oferta de agua dulce a cuatro cobres la lata.

Algo de cardón hay en la vida de Carolino Kuayro. Algo erecto, espinoso y melancólico. Todos los hombres tienen un acento subjetivo que recuerda a un animal o una planta. Así, Casiano recordaba el búho y Ño Casildo Pérez al cordero.

Llegado de otra parte (no recuerda de dónde porque fue cuando era aún muy chico) Carolino espigó en aquel monte sin flores y sin agua dulce. Su tenacidad logró apresar el agua de los cielos y conservarla en el aljibe construido con sus propias manos. El agua le preocupaba mucho; las flores nada en absoluto. Tenía hábitos agrestes y empecinados de dominador, y como no pudo dominar a otros decidió aislarse, *enmontarse* como los cimarrones, para que otros no le dominaran. Fue adquiriendo tierras, cosa fácil en esta zona estéril de la costa lacustre antes de la epifanía del petróleo. Cuando llegaron los *musiúes* buscando campos para la explotación, les vendió los suyos a buen precio, presintiendo que sería inútil resistir a la potencia que los destacaba. Una sola condición opuso: que le dejaran allí como guardián. No quería abandonar las duras terroneras que tantas veces humedeció con su sudor.

Por ello continúa viviendo en su monte. Le pagan además, por vigilarlo. Nadie sabe cuánto tiene ni donde guarda su dinero. Y cuando alguien se permite hablarle de sus riquezas, frunce el ceño y replica:

—En cuestiones de dinero, la mitad de la mitad.

Al tardo paso de su macho llega al fin a Punta Gorda. Allí está el rancho de bahareques con su techo de eneas. Unos perros flacos vienen a recibirle con las cabezas sumisas y las colas alegres. Entra y se despoja de los zapatos y la blusa. Sus pies son grandes y nudosos

como tubérculos acabados de arrancar.

—¡Jeeey! ¡Clorinda!

Sumisa como los perros y flaca como ellos, entra una chiquilla. Silenciosa, impúber. No hay una curva que suavice el escurrido aspecto de su bata sucia. La voz de Kuayro la estremece.

Ponéme el *chao*.

Arrastra un taburete, el único en la casa, y se arrellana en él.

Clorinda vuelve con un plato de zinc desportillado y un vaso turbio mediado de ron.

—¿Qué es eso que traéis áhi?

—Chivo y cocidos.

—Uhú...

Carolino apura el ron de un trago y toma con los dedos una presa de chivo y un trozo de plátano cocido. Clorinda se ha quedado a la orilla de la mesa y lo mira comer. Mueve las quijadas con vigor, resoplando como un marrano. Sus dientes crujen como piedras de molino. De pronto nota que en las pupilas de la muchacha hay un brillo inquieto.

—¿Qué tenéis? ¿Dónde está Ramona?

Ella lo mira de reojo y le replica:

—Está allá adentro...

—Y luego de un segundo de vacilación:

—Me ha seguido buscando pleito; yo le dije que cuando usted viniera se lo iba a contar todo y entonces me contestó que usted no es su taita y que si le vuelve a pegar como antier, se va de aquí.

Gruñe Carolino:

—¿Dijo eso, de verdad?

—Pordiosito que lo dijo. Ya usted sabe que ella no le hace caso y sigue conversando con Felipe el aceitero, por la cerca.

Las pupilas de Kuayro han vuelto a llenarse de puntitos rojos. Empuja el plato bruscamente y se levanta. En la pared está colgado un látigo de cuero crudo con encabadura de vera. Lo descuelga y sale al patio. Hay al fondo un segundo ranchejo, todo desvencijado, y Carolino se dirige a él. Adentro está otra muchacha, bruna y ahilada como Clorinda. Parecen gemelas.

—¿Con que te vais, no es eso? ¿Con que te vais con el pendejo aceitero ese?

Ella le mira con espanto y sus rodillas chocan. Alza un grito agudo que perfora la paz de la canícula.

—¡No señor! ¡No señor! ¡Son cosas de ella!

Pero Carolino no la atiende. El látigo describe un rauda semicírculo y se arrolla al cuerpecito frágil. Ramona cae y se retuerce como un gusano. Chilla, chilla desesperadamente. En un espasmo se pone de rodillas; pero el látigo la tiende otra vez. Alza los brazos en un imposible gesto de defensa, pero la tira de cuero se los siega como espigas.

—¡Váyase, pues! ¡Esto es para que se vaya!

Un reguero de orina humedece el suelo negro. Desde la puerta. Clorinda mira con las pupilas redondas. Ya Ramona no grita. Un estertor oscuro la aplana contra la tierra y uno de sus pies, sacudido nerviosamente, escarba y hace un hueco. Allí tendida la deja Carolino y vuelve a su comida.

—Perra malagradecida. ¿Qué más pueden querer unas rapacejas como ustedes, que yo las tenga en mi casa?

Concluye de comer en silencio. De un manotazo se atusa los bigotes, donde han

quedado prendidos pequeños filamentos de chivo, y se alza la franela hasta los sobacos dejando la panza al aire.

—Y usted —se dirige a Clorinda—, prepáreme la hamaca. Préndame ese tabaco.

Poco después se ha metido en su hamaca y se mece con un pie. Ha cerrado los ojos, con el tabaco entre los dientes, y Clorinda se desliza hacia el patio, sigilosa como una sombra.

Aun se oyen los gemidos de Ramona. La otra se dedica a desenjaezar el macho y lo lleva luego a una enramada que hay al fondo. El calor levanta ampollas y entonetece. Con las alas esponjadas, unas gallinas acezan bajo la parva sombra de un matojo. Por la calzada pasa un tractor mecánico, gigantesco y ruidoso, arrastrando un *trolley* cargado de tubos de hierro. Cae una fina lluvia de petróleo que cubre todas las cosas con una capa de grasa negra.

—¡Clorinda!

La muchacha se sobresalta. Corre hacia la casa.

—¡Clorinda!

Es la voz de Carolino que se ha soliviantado en la hamaca y la mira llegar con desconfianza.

—¿Dónde andaba?

—Estaba desensillando la bestia.

—¿Ya acabó?

—Sí, señor.

—Bueno, véngase para acá. Cierre la puerta.

Con sus movimientos escurridizos y silenciosos, la muchacha obedece. Kuayro apaga su tabaco estrujándolo contra el piso y guarda el cabo en un hueco de la pared. Luego, con breve indiferencia, despliega el ala de la hamaca y Clorinda entra en ella, acurrucándose a su lado.

En la choceta del fondo, en tanto, Ramona se ha incorporado y mira por la puerta con cautela. Ve la casa cerrada y corre de puntillas por el patio.

—¡Me voy, me voy y me voy!

Debajo de unos haces de paja que el macho mordisquea, saca un pequeño lío de ropas. Sus gestos son rápidos y sobresaltados. Su bata azul está húmeda hacia las posaderas y una veta roja le cruza un brazo.

—Esa chismosa. ¡Ojalá se muera!

Atraviesa el patio de carrera y sale a la calzada. Allí se detiene indecisa. Luego vuelve a correr, carretera adelante. Hacia Cabimas, para donde corre el viento.

VI



ABÉS lo que hizo el negro Teófilo esta tarde?

—No, ¿qué?

—Le metió una puñalada a mister Rule, en un taladro de La Misión.

Hablaban dos obreros indolentemente recostados al mostrador de «El Hijo de la Noche», *bar y dancing*, en la calle principal. La espuma derramada de los vasos corría como un río empapando las mangas de sus camisas. Caía al suelo y formaba charcas rielantes.

También allí tenían que alzar la voz para entenderse. Ya era un hábito gritar. El pueblo todo, de un confín a otro, estremecíase en un trueno constante. Vibraban las sirenas, repercutían los martillos de aire comprimido, zumbaban los motores de los balancines. Cada

taladro tiene un balancín que succiona el negro óleo de la tierra; cada balancín tiene un motor que palpita como el corazón de un cíclope; cada motor tiene una caldera que regurgita como una monstruosa arteria rota. Además de esto, en el recinto de «El Hijo de la Noche» había mil bocas que gritaban y reían; dos mil plantas que zapateaban, una orquesta ruin que chillaba desesperadamente, destrozando un paso-doble, y mil puños que golpeaban las puertas, los tableros de las mesas y las sillas de hierro. De la calle subían los rugidos de los automóviles y el herido grito de los gramófonos.

—Una puñalada, ¿por qué?

—Porque lo puso en la lista negra.

—Bien hecho, ha debido darle dos. A lo mejor se salva, porque esos carrizos tienen vida de gato.

—Lo malo fue que el negro se dejó coger. Ahora larga el forro. No quisiera hallarme en su lugar ni por mil pesos.

—Ni el otro. Cuando uno se resuelve a tirar una parada de esas, debe disponerse a rifar el carapacho antes que dejarse agarrar.

—Eso me lo contó Julián, que anda por aquí. Vamos a llamarlo para que nos explique mejor: él vio todo, según parece, pero no quiere que lo sepan para que no lo citen a declarar.

Fueron en busca de Julián. Para ello abandonaron el salón del bar y penetraron en el *dancing*. Antes de llegar a éste, sin embargo, hubieron de cruzar la zona de los juegos de azar. Había una larga mesa cubierta de hule negro y llena de números, en cuya cabecera un hombre con visera de caucho verde daba vueltas a una ruleta, en tanto que un segundo, armado de larga raqueta de madera, arrastraba fichas y monedas.

—Bola... —decía el de la visera con voz sacerdotal.

Y hacía correr la bola con un hábil latiguillo de su índice.

—Nadie más —decía después el de la raqueta con la misma voz.

Un poco más allá, otra mesa, redonda ésta, forrada en paño verde. Y ante ella otro individuo con visera.

—Juego —reclamaba éste.

Y el círculo que le rodeaba clavaba su mirada sobre un par de dados que corrían sobre el tapete.

—¡Pinto!

—¡Topo!

Más allá todavía, una tercera mesa de altas cantoneras, detrás de la cual unos sujetos rubios, rojos, negros, amarillos, se miraban de soslayo.

—*Play...*

—*Seven.*

—*You win.*

—*Play...*

—*Eleven.*

—*I win.*

Para buscar a Julián con la mirada tenían que alzarse en las puntas de los pies. Se asomaron a un recinto contiguo, donde un jovencito, rodeado de curiosos, disparaba un rifle de bellota contra una rueda que giraba.

Uno de ellos localizó a Julián.

—Allá está.

Y para no extraviarse se agarraron de las manos.

—Allá va bailando con la *Sietecueros*.

Julián contorsionaba su cuerpo como un epiléptico sobre el no menos contorsionado de su compañera. La orquesta descerrajaba un son cubano. Hacía un calor insoportable, sostenido por la fijeza térmica de las bujías eléctricas. Un olor exasperante, mezcla de perfumes baratos, de sudores copiosos, de eructos y de humo de cigarrillos, gravitaba como un sólido en los pulmones y las pituitarias.

Ellos esperaron a que cesara la música, y tiraron del brazo a Julián.

—Ven, vamos a pegárnoslo: podéis traer a la pareja.

Muestras de su galantería, dejaban al pasar pellizcos, besos, y nalgadas. Algunas mujeres agradecíanlo sonriendo. Otras protestaban:

—Un momento, no soy piano.

—A pellizcar a su madre, el que la tenga...

Tomaron al bar y pidieron cerveza de sifón.

—Contáanos cómo fue lo del negro Aldana con el *musiú*.

Y mientras saboreaban la cerveza, refirió Julián el episodio. No había podido Teófilo conseguir trabajo en ninguna compañía. Andaba envenenado, y no era para menos: carecer de plata cuando todo el mundo la gana en abundancia... Aquella tarde se escondió en una estación de calderas, en La Misión, a donde sabía que llegaría el mister, con seguridad; lo esperó sin moverse, y sin darle tiempo a nada, le empujó el cuchillo de arriba a abajo.

—En todo el hueco del candelero. Negro fino, ese diablo.

...Pero el mister había gritado y unos peones que estaban en un taladro próximo vinieron y desarmaron a Teófilo y lo entregaron ellos mismos a la policía.

—¿Ellos mismos? ¡Muérganos!

—Eran margariteños, y vos sabéis que Teófilo es coriano.

—Hijos de puya... ¿y el *musiú*?

—En el hospital. Parece que se muere.

—La boca se te vuelva de oro. Es un gran ajo. Le gustaba tratar a los trabajadores a patadas.

Julián echó a correr hacia el salón de baile porque la orquesta atacaba ahora un fox. A poco se le veía acoplado a la *Sietecueros*. Y uno de sus amigos murmuraba:

—En mala cosa se ha metido Julián. Esa mujer es un peligro: está con un policía.

Le interrumpió una mano posada en su hombro y un plañido doloroso:

—Ayúdeme con un bolívar, compañero, que no he comido hoy...

Se volvieron asombrados. Era incongruente aquella voz allí, pero la facha del que hablaba lo era más: un hombre escuálido apoyado en un garrote, lívido, con el vientre y los pies hinchados.

—¡Un bolívar!

—Sí, para comer.

Uno de ellos agarró al mendigo vivamente.

—Yo conozco esta cara. Y vos ¿no te acordáis de mí?

Dijo el otro que sí con la cabeza.

—Trabajamos juntos: soy Anselmo Soto.

Le miraban abismados. Anselmo Soto había sido un hombre fuerte.

—¿Y qué le ha pasado? ¿De dónde sale así?

—¿De dónde?

Una sonrisa inenarrable le surcaba el rostro. Buscó una silla y dejó caer en ella toda su fatiga.

—Vengo de muy lejos. De Río de Oro, cerca de la frontera colombiana.

Hablaba con profunda desgana, con esfuerzo doloroso, anhelante.

—¡De Río de Oro! ¡Qué lejos está eso, compañero!

Le arrastraron a un rincón y se sentaron a su lado para oír la historia fascinante. Los ojos de Anselmo Soto, de esclerótica violada, sufrían ramalazos de pavor. Saboreó la cerveza y dijo:

—¿Saben dónde queda eso? Yo fui de los primeros que se reportaron para el trabajo del petróleo. Llegué de mi tierra en 1916 junto con un ejército de compañeros. Por allá pasaban todos los días vapores y más vapores, goletas y más goletas cargados de hombres y mujeres. Todo el mundo se embullaba con el oro del petróleo... Ustedes saben cómo era eso. Lo cierto fue que yo también me alebresté y me vine.

Se interrumpió para tomar aliento.

—He sufrido mucho, mucho. Gané dinero, pero ¿para qué? Ya me ven ahora: pidiendo una limosna.

Pasaron riendo él carcajadas una mujer y un hombre, y de un tropezón casi derriban a Soto. El les pagó el ultraje con una sonrisa desgarrada.

—...Tuve mala suerte. Me mandaron para El Cubo. Treinta bolívares diarios. Me embullé... Claro, nunca había ganado tanto. Nos embarcamos en un monitor en Maracaibo, luego caminamos por entre la montaña. Ibamos rompiendo monte, abriendo caminos y levantando cabrias. ¡Aquel sol! ¡Aquella plaga! Los zancudos son grandes, furiosos, con unas lanzas enormes que le meten a uno por encima de la ropa. No hay mosquitero que valga. Los jefes nos daban quinina a porrazos y *mentholatum* para untamos el cuerpo. Pero ¡qué va! Ustedes no se imaginan. Hay que ir allá.

Su pecho gruñía como un fuelle roto.

—Desde entonces agarré estas calenturas y no he podido curármelas. Vi que los *musiúes* llevaban sus mujeres y yo llevé la mía...

Le maltrató el brusco recuerdo. Estuvo silencioso unos segundos y sus párpados se apretaron sobre las pupilas.

—Jovencita... Buenamoza... Carmen.

—¿Qué le pasó? —inquirió uno de los oyentes.

Meció la cabeza y su sonrisa se tornó atroz. La respuesta fue breve como un tajo:

—Me la mató un indio de un flechazo.

—¡Un indio!

—Un motilón... Aquella es la tierra de los motilones. Son terribles. No fue Carmen la única, no. Vi más de cien personas bandeadas por las flechas de macana. La macana es una madera de los indios, negra y dura como el hierro. Todos los días un muerto, algunas veces dos o tres. Las cuadrillas salían armadas con rifles, pero de nada nos servía. De nada nos servían la malicia ni la vigilancia en aquellos montes espantosos. Los indios son ágiles como los gatos.

—Dicen que son catires —interrumpió uno—, ¿es verdad eso?

—No; son indios, pero mucho más feos que esos que se ven por aquí. Hieden a tigre y son tan cerreros que si caen presos se destrozan con los dientes y se mueren de rabia. No los veíamos, no los oíamos y de pronto nos llovía del monte una nube de flechas.

—¿Envenenadas?

—Algunas; otras no. Pero, ¿para qué? Es igual... Por la fuerza con que las disparan pueden atravesar un árbol. Yo lo he visto atravesar. A mister Muster, un jefe recién llegado y muy bueno, le metieron siete flechas de una vez y después lo hicieron pedazos. Eso fue en los primeros tiempos. Luego los extranjeros se calentaron y les hicieron una guerra brava.

—¿A tiros?

Anselmo Soto rió.

¿A tiros? Pero si no se les veía, si no se sabía nunca cuando iban a atacar. No señor; con dinamita y electricidad. Habíamos descubierto que los indios, al abandonar sus campamentos, dejaban sus fogones preparados para volverlos a prender cuando regresaran al lugar. Bueno, entonces los *musiúes* inventaron meter grandes cargas de dinamita debajo de la ceniza apagada, y cuando los indios volvían, ¡pum! volaban como palomitas. Pero eso los enfurecía más. Tuvieron el atrevimiento de asaltar los campamentos en pleno día. Cuando percatábamos, la flechamentazón atravesaba las tiendas de campaña. Así murió la esposa de un americano, jovencita. Estaba en su tienda con la luz prendida, escribiendo. Yo la miraba desde afuera por la sombra reflejada en la lona. De pronto oí un grito y vi la varilla de la flecha clavada en su espalda.

—¿La mató en seco...?

—En sequito. La pasó de banda a banda. Pero aquel indio lo vi yo cuando corría. Vi el celaje, mejor dicho, y le pegué un tiro en la cabeza. Entonces los *musiúes* rodearon sus campamentos con alambre y le daban corriente.

—Los mataba la electricidad...

—Los quemaba el corrientazo. Quedaban engurruñados en el alambre, echando chispas azules. Pero no vayan a creer que los enemigos eran los indios solamente. Hay que ver la gente que mataba la calentura, y los que dejó medio muertos, como a mí. Aquí donde me ven, estoy bueno, como quien dice. Hubo tiempo en que no me toleraba nada el estómago y los pies no me cabían en las alpargatas. ¡Aquellas fiebres con frío! Valía más haberme muerto... Si no hubiera sido por eso, estaría bien: no me faltarían mis veinte mil bolívares, porque por allá la plata no hay en qué gastarla. Vine a pie hasta Encontrados, arrastrándome. De allá hasta aquí me trajo de limosna el capitán de una piragua. Los jefes me dijeron que me presentara aquí a la compañía, pero esta mañana perdí la última esperanza: el doctor me dijo que la compañía no paga calenturas...

—¿Qué doctor? ¿Algún *musiú*?

—No, un venezolano.

Inclinada la cabeza, pareció dormir. Despertó luego, abrumado por un gran cansancio, y dijo:

—Me voy.

—¿A dónde va ahora? —preguntáronle.

—Por ahí: tengo unos paisanos en La Rosa. Voy a procurarlos.

Se fue arrastrando los pies. Los otros quedaron pensativos ante sus vasos de cerveza. Los distrajo la llegada de un nuevo sujeto que venía de la calle.

—¿Saben? Le embargaron el sueldo a Rosendo.

—¿Y eso por qué?

—Por una cuenta que tiene con un turco. Parece que no le dio la cuota la semana pasada...

—Vamos a bailar.

Nuevamente entraron en el salón de bailes. Pero apenas habían enganchado parejas se formó un barullo y la música cesó. Entraron todos en el torbellino y nadie sabía lo que ocurría. Chillaban las mujeres, rodaban las sillas y vibraban los silbatos de los policías.

Salió un hombre bañado en su sangre y se abrió carrera por la calle. Detrás de él iban dos agentes:

—¡Agárrenlo! Por aquí cogió.

Preguntaban:

—Pero, ¿qué pasa? ¿Qué hizo?

—Una mujercuela lo explicaba a gritos en la puerta:

—Pues nada, que estaba apurruñado con la *Sietecueros* y en eso llegó el Número 4, tuvieron unas palabras y salió con el casco abierto. ¡Qué susto, mi alma!

VII

S EÑORES —dijo el jefe rubio en su castellano de emergencia—, señores: ¿ven esta cajita?

Entre los obreros que le rodeaban, algunos sonreían. Otros afirmaban con movimientos de cabeza.

Era una cajita de fósforos y el jefe sosteníala limpiamente entre el pulgar y el índice, con aire de prestidigitador. También sonreían sus ojos azules, su boca enérgica, las dos chapas rojas que le encendían las mejillas. Todo en él sonreía.

—¿Saben ustedes que esta pequeña caja cuesta solamente un centavo y que contiene cuarenta fosforitos? Muy bien, señores. Ahora, ¿pueden ustedes calcular, aunque sea aproximadamente, cuánto vale esta planta donde estamos, estas instalaciones, aquellas cabrias y aquellos tanques llenos de gas-oil?

Los obreros modularon un ¡ah! de maravilla. No tenían idea del valor de tales maquinarias, ni de los filtros, ni de los edificios ni de ninguno de aquellos artilugios que les rodeaban. Apenas un sentimiento fantástico que sólo podía expresarse así: ¡ah!

Pero el jefe rubio era hombre de datos, de concreciones técnicas. Dijo:

—Millones, mis amigos. Esto vale millones. En el trabajo del petróleo todo vale mucho dinero: hay aparatitos que caben en un bolsillo y han costado fortunas. Cada cabria con su maquinaria representa un costo de más de diez mil dólares... Un tractor cuesta cuatro mil. Una bomba, en fin...

—Los obreros seguían sus palabras con máxima atención. ¡Qué bien decía las cosas el *musiú!* Aquellas conferencias semanales organizadas por las compañías para ilustrar al trabajador nativo en la técnica abstrusa del *Safety First*, alcanzaban un éxito absoluto gracias a la elocuencia de este jefe tan simpático.

—Bien, bien: aquí está la cuestión. Todos estos millones, todas estas grandes cosas pueden desaparecer en pocas horas...

Rió con gran soltura para corregirse:

—...¡Oh no, no! Pueden no: pudieran... Este... dispénsenme. Yo no hablo muy correctamente el español todavía. Pudieran desaparecer en pocas horas por causa de uno de estos fósforos. Bastará que alguno de ustedes pierda el control por un momento y deje uno allí encendido. ¿Comprenden?

Sí, comprendían. Indudablemente, un malvado fósforo es capaz de todo eso. A pesar de su inofensiva apariencia.

—Eso es así, cuñado.

—Y cómo no; las compañías tienen que cuidarse. ¿Acaso es zoquetada lo que han gastado aquí?

Mancomunadas en el interés de la particular conservación y dada la similitud de sus actividades, las distintas empresas del petróleo habíanse asociado en diferentes ramas de aquéllas, tales como en la curación de sus damnificados (para lo cual sostenían un hospital

común), en la propaganda contra accidentes y en la sanción para las faltas graves cometidas por los empleados en su perjuicio. Todas estas ramas se sintetizaron en un sólo ministerio bajo la genérica denominación de *Safety First: Seguridad ante todo*.

Se aplicaba esta divisa a todas las dependencias de la gran industria. Contra las infracciones de sus ordenanzas había severas sanciones: multas, expulsión, *lista negra*. Cada compañía sostenía un tren de médicos, *nurses* y practicantes de farmacia. Pero no bastaba. El ideal era que no hubiese accidentes. Si los médicos, las *nurses* y los farmacéuticos pudiesen ganar sus sueldos roncando en sus hamacas, mejor para las compañías.

Se inició una propaganda intensa que no escatimó los más dramáticos recursos. A las puertas de los dispensarios médicos, carteles numerosos exhibían figuras horrendas: manos tumefactas, pies torcidos, ojos vaciados. Figuras que se acompañaban de leyendas espeluznantes:

«HE AQUÍ LO QUE LLEGARÁ PARA USTED SI NO ATIENDE DEBIDAMENTE SU TRABAJO». «SI HA SUFRIDO ALGÚN PEQUEÑO GOLPE, VENGA A VER AL MÉDICO: ASÍ EVITARÁ QUE EL MÉDICO VAYA A VERLE A USTED». «BEBA AGUA CUANDO SIENTA LA TENTACIÓN DE BEBER, PERO PREFIÉRALA ESTERILIZADA». «VISITE POCO A SUS AMIGAS, O MEJOR: NO LAS VISITE».

Grandes tablas blancas con grandes letras negras, a las puertas de campamentos y talleres, a la vera de las tuberías y en las plantas de maquinarias, advertían:

«NO PARKING HERE». «DRIVE SLOWLY». «IT'S STRICTLY PROHIBITED TO SMOCK HERE». «CUIDADO CON LOS TUBOS, QUE QUEMAN». «CUIDADO CON EL TREN». «SEGURIDAD ANTE TODO».

Y, sobre todo, en lo que se refiere a los trabajos en el lago, la vigilancia y la selección del trabajador eran extremas. Vino la experiencia a demostrar que para tales labores el obrero adecuado es el levantino, el hombre tostado y fornido de las costas orientales de Venezuela, y especialmente el margariteño. Hombres robustos, de vísceras curadas por la irradiación yódica del mar. Almas familiarizadas con todos los acentos de la tempestad. Fanfarrones y duros, los margariteños solucionaron el problema de la explotación minera dentro del agua. Inteligentes, además, superaron pronto el promedio de estimación que el director rubio da al nativo. Primero porque en la pigmentación del neoespartano hay un grado más próximo a la suya. Segundo, porque es el único que ha penetrado con inteligencia la técnica de la explotación, el único venezolano a quien el *driller* (perforador) extranjero confía la parte intelectual de su trabajo.

El occidental, en cambio, predomina en tierra. El falconiano, reconcentrado y oscuro, de ojos febriles y pómulos ardientes, marcha contra la barrera del monte con la silenciosa obstinación con que cargaría en la guerra.

Son estas las dos castas venezolanas más interesadas en la industria petrolera, las que más profundamente conmovió el negro señuelo. Oriundos de los extremos opuestos del país, sus almas y sus cuerpos, sus hábitos y sus emociones, son casi antípodas.

Separados en dos bandos, escuchaban la palabra del jefe que les hablaba de cuidarse y cuidar los intereses de las compañías. Proseguía aquél:

—«Seguridad antes que todo, amigos. Las compañías no están interesadas solamente en que ustedes se cuiden durante el trabajo, sino también fuera de él. No podemos acabar con

todos esos focos de corrupción que se colocan intencionadamente delante de ustedes para sacarles la plata que ganan con tanto esfuerzo. No podemos, porque esas cosas representan intereses comerciales y nosotros no hemos venido a chocar con nadie. Pero sí podemos instruirlos a ustedes sobre el peligro que les rodea, más grande quizá fuera del trabajo que en él. Todos sabemos cuán funestas son las consecuencias de las amiguitas desaseadas, del alcohol, del trasnochar en la juerga. Yo que siempre voy por allí, observando, he visto a muchos de mis hombres, borrachos sin sentido, echados en el suelo. Luego, estos mismos hombres van al trabajo enfermos, debilitados, torpes, y lo hacen mal o no miran donde ponen los pies y se matan».

Subían murmullos de aprobación del grupo de los orientales y algunas voces distintas murmuraban:

—Tiene razón, cuñao, eso es así.

Los occidentales permanecían mudos, indiferentes, como si aquello no tuviera nada que ver con ellos. Para éstos la vida era muy simple. No valía la pena rodearla de precauciones. Bastábales el *gato* forrado de zinc, donde hasta moverse resulta problemático, y ello para poder decir como todo el mundo: «vivo bajo techo». Bastábales el trozo de arepa y el trozo de chivo. Lo demás, lujo. El aguardiente, bueno para insensibilizar el cuerpo y olvidarse aún de los pequeños deberes. Lo mismo da, por lo tanto, dormir la borrachera en una hamaca o en el suelo. Igual ocurre con el amor: hechos en un catre o en un mogote de cujies, los niños nacerán siempre tristes, barrigudos, con el ombligo piramidal. ¿A qué cuidarse tanto de semejante vida? Una puñalada o un tiro suelen ser una liberación. Radicalmente distinto era el tono con que unos y otros decían todos los lunes:

—Esta noche hay que ir a la conferencia del míster.

Acaso lo que más molestara a los unos fuera la presencia de los otros. El discurso, al fin y al cabo, era algo inevitable y externo, como un aguacero. Pero, aquellas sonrisas socarrones, aquellas frases dichas con entonación cadenciosa y urgente a la vez, aquella confianza para tutear a todo el mundo, y, sobre todo, aquel constante invocar a la Virgen del Valle, «como si fuera la única virgen del mundo», exasperaban a los hijos de la duna. Mucho más ahora que «a cuenta de guapos» comenzaban a invadir El Cardonal, como si no hubiese más tierra en Cabimas para cantarle a esa Virgen.

El Cardonal está al sur, entre La Salina y el monte. Un grupo de falconianos, los primeros inmigrantes que llegaron de las estepas ardientes, prefirieron aquel punto por aislado, por silencioso, por la tupida cortina de cardones que cerraba los horizontes. Lo poblaron con sus ranchos y sus hatos de cabras, y le dieron un nombre. Era, pues, de ellos. Allí amaban como los pastores bíblicos bajo las estrellas de Manré. Allí entonaban sus cántigas, ebrios de soledad y de concentrados ímpetus batalladores:

*Nació un coriano atrevido
de la raíz de un cardón.*

Allí nacían sus hijos y se tostaban el alma sus mujeres. Pero un mal día llegaron aquellos «hablachines», gentes de mar engañadas, sin duda, por los espejismos de las salinetas y por su falso olor a yodo. E invadieron el poblacho. Construyeron casitas con rejas de madera que pintaban de azul y rojo, como navíos. Y el odio explotó en sangre más de una vez. Ahora mismo, al terminar la conferencia, se irán en grupos hostiles y entrarán al caserío por extremos opuestos.

VIII

NO había cesado aun de hablar el míster cuando el viento del sur trajo una garúa de petróleo. Extrañó el caso a todos, porque aquello implicaba alguna novedad. A poco pasó un hombre tinto en aceite de la cabeza a los pies, manejando un automóvil, y sin detenerse gritó en inglés algo que agitó al conferencista.

Muchachos, acaba de saltar un chorro enorme en el taladro *Erre Equis*. Los míos que me sigan. Hay que fabricar un muro. *Let us go!*

Echó a correr seguido del grupo de corianos. Y poco después partían en un camión que saltaba por encima de todos los obstáculos.

—Vamos a ver, cuñao —propuso uno de los orientales.

Precipitadamente siguieron la huella del camión. A medida que avanzaban, arreciaba el aguacero negro y encontraban hombres que corrían en todas direcciones.

Oyeron exclamar:

—No se ha visto nada semejante.

Más adelante, en la linde del monte, se sintieron anegados, invadidos por una avalancha negra, espesa.

—¡Cuñao! Por la Virgen del Valle: éste es petróleo derramado.

Y se descalzaron, arrollándose los pantalones.

—Tenemos que quitamos los zapatos.

A la luz de reflectores eléctricos destacábase la torre del taladro, envuelta en el impetuoso plumaje de aceite. Saltaba el chorro del seno de la tierra, silbando y gruñendo, disparado hacia los cielos, se elevaba a una altura de cuarenta metros y caía sin control pulverizado por la brisa nocturna, bañándolo todo en un centenar de metros a la redonda.

Dominaba el ajetreo la voz imperiosa y áspera de los jefes rubios. Un cordón de vigilantes, los famosos *guachimanes*, montaban guardia armada.

—¡Duro contra el que encienda fuego!

Ahora veíanse avanzar de todos los vientos hombres bruñidos, hombres de diorita portando toda guisa de herramientas. Un ejército de obreros se afanaban en la construcción de un muro de contención, con tierra y cascajos de las inmediaciones. Roncaban los motores y bramaban las sirenas de los automóviles.

La anegazón crecía, glugluteante, como una marea infernal. Y pronto les cubrió hasta los tobillos.

Los vecinos de las casuchas inmediatas, tuvieron que desalojarlas precipitadamente. El aceite llovía sobre las techumbres de palmas y se colaba al interior. La zona afectada por el petróleo derramado cubría ya más de un kilómetro. Se habían perdido de este modo más de dos millones de barriles, calculados entonces a dos dólares por cada barril.

—¡Duro contra el que encienda fuego!

Tuvo fama aquel *taladro*. Su fotografía apareció en la primera plana de numerosos periódicos de ambos continentes. Pero el R. X. se enfadó de tanta publicidad y clausuró de pronto su producción. Dijeron los técnicos que alguna piedra disparada desde el fondo del yacimiento por la tremenda presión de los gases, había obturado el caño del taladro. La verdad es que el líquido cesó de fluir tan bruscamente como comenzara.

De todos los ángulos del Distrito y aun de Maracaibo, venía la gente a conocer *de visu* aquella maravilla. En trance de turistas, hombres y mujeres se calaban sus gorras y se

aproximaban todo lo posible para enfocar sus kodaks. Los choferes habían añadido a sus pregones: «¡Voy al Equis de La Rosa!»

Ya no se lanzaba la palmera negra hacia las nubes, pero sus estragos permanecían visibles. Una laguna de betún anegaba las casas y las plantas, ennegreciéndolo todo.

Y, de pronto, una explosión. Una lengua roja apuntada hacia el cielo. Una lengua que se agitaba y retorció con furia inexpresable. Que bramaba y se alargaba, poseída de una vida loca, amenazando los ranchos cercanos.

Había menguado, por fortuna, la pública curiosidad. Sólo una cuadrilla de hombrecitos negros trabajaba allí desde hacía días, procurando desembarazar el hondo esófago de aquella piedra intrusa. No se sabe a cuales causas se debió el inesperado incendio, pero los expertos opinaron que fue a la fricción de la misma piedra que, expelida por el gas, produjo una chispa en el corazón de la mina.

La cuadrilla que trabajaba en el lugar, compuesta de diez hombres, estaba distribuida equitativamente en los distintos puntos esenciales de la máquina. La mitad de ellos, por lo menos, escalonábanse en los tramos de la torre, en cuyo tope maniobraban dos.

La sorpresa les paralizó, y casi todos, pávidos, recibieron el primer azote de la llama. Luego se produjo la reacción del pánico, de acuerdo con la sensibilidad y la agudeza mental de cada uno. De los que estaban en el tope, a veinte metros de altura por lo menos, uno dio un salto formidable hacia un cocotero próximo, logró asir la punta de una palma que se desgajó gimiendo, y cayó al suelo sano y salvo. El otro se aferró a uno de los cables de acero que sostenían la cabria y deslizóse a pulso a todo lo largo de aquél. También escapó con vida pero lleno de horribles quemaduras, especialmente en las manos, a causa de la fricción con el acero ardiente. Al *encuellador* se le alcanzó a ver con los brazos levantados en el alma bermeja de la llama. Luego desapareció absorbido por ella. Los otros huían despavoridos, perseguidos por las lenguas voraces. Por último se pudo columbrar a uno de los escalonados en los medios de la torre y que por precaución habíase atado al travesaño con una correa de cuero. A éste se le vio agitar los brazos y quedar plegado por el cinto, penduleando, lamido con morosidad por la flama que gruñía.

A todo lo largo de la zona petrolera vibraban las sirenas de alarma, urgentes y doloridas. Las campanas del templo, agitadas por manos desconocidas, desgajaban sus racimos de notas, conmoviendo el corazón de la noche. Las cornetas de los vehículos cortaban el viento a lo largo de las calzadas. Y era una interminable romería de gentes locas, heridas por el dardo de la tragedia.

Alaridos de mujeres histéricas estremecían la vasta oquedad de la sabana. Llamaban a sus hombres y a sus hijos con desgarrada fiebre. En tanto, el espectáculo de aquel cuerpo doblado y péndulo, revestido alternativamente por la llama y por las sombras, polarizaba la morbosa atención de todos, provocando conjeturas:

—Debe ser Pancho Colina.

—No, no es Pancho Colina.

Sobre el mutilado cuerpo de uno de los hombres lloraban dos mujeres mientras se preparaba una camilla para transportarlo. La llama estuvo a punto de volverle a alcanzar en una de las contorsiones que la aplastaban contra el suelo. El calor era horrible en los alrededores y el bramido del fuego, asordador.

De pronto, rompiendo locamente las barreras humanas, penetró una vieja desgredada en el círculo que el fuego barría.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Pretendieron detenerla, pero se sacudió con ira y avanzó. Su silueta colérica estaba

envuelta en una roja túnica de reflejos.

—¡Francisco! ¡Francisco!

—Levantaba los brazos escuálidos hacia aquel cuerpo obsesionante y clamaba:

—¡Pancho! ¡Pancho!

Alguien comentó, fríamente:

—Era Pancho Colina: ya lo decía yo.

Entonces oyóse un crujido y la cabria inclinóse. La muchedumbre corría atropelladamente, pero la anciana avanzaba aún. Se alzó un clamor:

—¡Sáquenla! ¡Sáquenla que se quema!

Una moza oscura con un chiquillo en brazos se abalanzó gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá! Te vais a quemar.

Y como no le hiciera caso, se volvió soberbia, hacia los otros:

—¿No hay un hombre que la saque?

Lo hubo. Un *guachimán*, robusto y joven, arrojó su machete, se dobló hacia adelante, con el ancho sombrero sobre el rostro, y corrió contra la roja vorágine.

—¡Párese! —gritaba—. ¡Párese!

Pero en vano. La vieja no se detenía. Él tampoco.

Cuando la alcanzó, ya la piel le palpitaba. La tomó con decisión en brazos y regresó con ella en carrera desesperada. Y cuando el aire fresco oreó sus rostros, cayeron desmayados.

Brigadas acuciosas manipulaban las bombas traídas en camiones. Pero el agua era impotente. La evaporaba el fuego con gruñidos feroces. Y la llama, como una sierpe, se tendía hacia aquellos que procuraban matarla. Luego se alzaba, vigorosa, hacia las alturas y su resplandor ensangrentaba la noche.

Fue aquella la iniciación de una serie de catástrofes que rodeó con aureola de terror la fama del petróleo. Cada semana registrábase un nuevo evento de la muerte. A lo largo de los itinerarios de la explotación, el fuego iba trazando una roja cadena.

Pero ni el fuego, ni el veneno de las sierpes y del zancudo anofelino, eran bastantes para desalentar a los ilusionados. Nuevos contingentes de carne moza y sana llegaban sin cesar a las playas petroleras: hombres que acababan de arrojar el lazo y la azada, que acababan de abandonar la pampa, la huerta y la paneta de la canoa pesquera... Hombres enardecidos por la gula áurea.

La leyenda de la riqueza del petróleo, de los salarios fabulosos, de las transacciones fantásticas, se irradiaba por toda la nación y atravesaba sus fronteras. Venía un ejército delirante de todos los vientos del globo. Sem, Cam y Jafet trasplantaban sus odios seculares a este trozo escondido y febricitante de la tierra. Y el nativo de mirar melancólico y de limitados horizontes intelectuales contemplaba con estupor el tropel que hollaba sus tierras y arrasaba sus sementeras y consumía la carne de sus rebaños arrojando el oro con loco desprendimiento.

Una inédita modalidad del alma indígena se abultó entonces en dramática evidencia: el platonismo. La técnica del extranjero fue una brujería, inexplicable e inimitable. Un tabú. Y tabú también la belleza de sus mujeres. Esta actitud refrendaba el concepto peyorativo del blanco sobre el nacional. Con una mirada tan irresponsable como la que tuvo para las grandes máquinas, miró luego la belleza de las hembras exóticas y sus costumbres extraordinarias. Una gula sorda inflamó sus pupilas ante el espectáculo de las piernas desnudas, del atrevimiento de los tocados deportivos y del desenfado de los movimientos.

El platonismo, empero, derivó en breve hacia el plagio. Se vio al indígena alterar sus costumbres, proscribir su viejo saco, su rústica blusa de lienzo, para exhibirse en mangas de

camisa. Y dedicarse al aprendizaje de las lenguas invasoras o simplemente a su remedo.

Todo esto constituía, en realidad, un capitoso encanto para la vida en las aldeas petroletarias. El robusto extranjero rubio que miraba con indiferencia al raquítico mestizo y que en el trabajo le acicateaba con sus interjecciones, no se excusaba sin embargo de frecuentar sus centros de diversión. Botiquines, casinos, tugurios indígenas eran invadidos a menudo por las ruidosas pandillas. Su oro corría a raudales y sus gatzates ávidos trasegaban el ron y la cerveza criollos en alegre desquite de las lejanas leyes prohibitivas.

—Son muy populares —se decía.

—Y muy abiertos. No le tienen asco a gastar la plata.

A la madre de Pancho Colina alguien le aconsejó que reclamara el precio legal de su hijo: unos seis mil bolívares. Debía pensar en el futuro: días sin pan, noches sin lecho. Pero sólo alcanzaba a lamentarse transida de dolor:

—Mi hijo, mi único hijo...

El consejero la azuzaba:

—Pues por eso mismo. Cóbrela.

Un rábula rural que vivía de las carroñas del petróleo, vino a verla.

—Mire, doña: usted no tiene nada de qué preocuparse. Usted me da un poder, yo hago los gastos y partimos.

Pero la anciana, simple y testaruda, no hacía sino repetir:

—Mi muchacho, mi pobre muchachito.

Irritaba a los demás con aquella expresión vaga y ausente.

Nadie se explicaba su obstinación.

—Pero mire, vieja, que se pasa el tiempo y va a perder sus cobres.

—Mi muchacho...

—Su muchacho no va a resucitar porque usted lo llore tanto.

Fue inútil. La anciana carecía de la noción jurídica de su maternidad y de la económica noción de aquel dinero que le correspondía como compensación de su pérdida. Lo que quería era su muchacho, muerta de hambre o como fuese. Su muchacho y nada más.

IX



ESTA mujer está muerta —dijo el médico, inclinado todavía sobre el cadáver tibio. Una boca roja abríase sobre el seno izquierdo. Fluía por ella un hilo de sangre, residuo de la que hubo dentro del cuerpo moreno. El excedente llenaba la cama, el piso, la pared, y comenzaba a coagularse.

Entre dos agentes de policía estaba otra mujer, flébil y pálida. Tan pálida como el cadáver. Sus pupilas oscuras se fijaban en la muerta con frialdad extraordinaria. El jefe civil del municipio, con su blusa blanca y su foete de piel-de-rusia, estaba frente a ella, ceñudo.

—¿Qué hiciste el cuchillo?

—Lo boté en el monte.

—Esa muchacha, ¿era tu amiga?

—No, señor, era la amiga de un *musiú*, pero venía aquí a encerrarse con mi hombre.

—¿Por eso la mataste?

—Sí, señor. Ya se lo había advertido, pero no me hizo caso.

—¿Cómo te llamas?

—Ramona Parra.

—¿De dónde eres?

—De aquí, de Punta Gorda.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

El funcionario permaneció reflexivo un instante. Luego:

—Cuéntamelo todo —dijo—, desde el principio.

Un nutrido grupo de curiosos llenaba el lugar. Otros llegaban aún, procedentes en su mayoría del cercano casino. Comentaban:

—¡Caray! Aquí no andan con chiquitas para matar a la gente.

—Hasta las mujeres.

Ramona Parra refirió la historia de su crimen. Era casi toda la de su vida. Un hombre «malo», Carolino Kuayro, la había sacado de su casa, impúber aun, con el consentimiento de su madre. Avaluaron su virginidad en cien bolívares. Pero Kuayro prefería a Clorinda, su otra concubina, y a ella la trataba mal. La pegaba con un rejo de cuero crudo. Un día se fugó de la casa donde las tenía a las dos. Estuvo en Cabimas dando tumbos. Rodó de casa en casa, sirviendo. Quiso a un hombre, luego a otro y a otros. La enfermó uno de ellos y una vieja de La Rosa, bondadosa, se la llevó para curarla. Aquella vieja era la dueña de la casa donde estaban, se llamaba Juana y era muy conocida en el lugar. Su casa tenía muchas habitaciones y en cada habitación había una cama ancha, exactamente como ésta donde yacía la muerta. Había también un botiquín en la parte delantera a donde iban todas las inquilinas, veinte o treinta, a sonreír a los hombres para que se detuvieran. Ella curó de su dolencia. Una noche se detuvo un automóvil cuyo chofer era joven, guapo y decididor como casi todos los choferes.

—Si me brindáis te brindo— la propuso.

Y, en efecto, se brindaron mutuamente. Se tomaron confianza. Ella le puso cariño y comenzó a pensar si tendría bastante coraje para perderlo.

Después de haberse visto entre los brazos sudorosos de Carolino Kuayro, olorosos a bosta de vaca y a monte, era un delirio el apretón de Carlos, sus besos, sus mordiscos.

Era jugador, holgazán, parrandero. La hacía sufrir con las otras en el casino, pero ella le daba casi todo cuanto ganaba, para retenerle. Un día se presentó aquella mujer. No era cosa extraña: iban muchas como ella, acicaladas, criollas y extranjeras. Muchas. Pero dio la casualidad de que ésta iba por él, por Carlos. Y eso sí que no ¡caray!

Primeramente averiguó quién era. Supo que se llamaba María, que era criolla y que vivía con un *musiú*. Luego la vio pasar con su querido en una *cucaracha*, ataviada y tranquila como si no rompiese un plato. El *musiú* era grande y rojo, pero tenía cara de tonto. Comprendió que sería inútil decirle nada. Por eso ella abordó a María una noche:

—Déjame tranquilo a mi hombre, pedazo de mañosa.

—¿Tu hombre?

Había reído, con sarcasmo, despreciándola. Hasta entonces no le cruzó por la mente la idea de matarla. Pero aquella noche la odió con todo su corazón.

—¡Sí! ¡Mi hombre! Usted, ¿por qué no se conforma con el suyo? ¡Ociosa muérgana! Que mientras mejor mantenidas son más zorras.

—¡Qué va, chica! —se burló María.

—Bueno, ve bien lo que hacéis. Ten presente que si te vuelvo a ver con él, te clavo un cuchillo.

No la había creído, y volvió.

—Entonces me escondí aquí adentro. Cuando se estaban desnudando les salté con el

cuchillo.

—Preguntó el jefe:

—Y ese Carlos ¿qué se hizo?

—No sé.

Alguien comentó entre los presentes:

—Un cabroncito... Lo conozco.

Otro corroboró:

—Esto está lleno de sinvergüenzas de esa clase. Viven sin trabajar, a costa de las mujeres. Debieran organizarles una buena callapa.

Sobre la cama permanecía el cadáver en la misma bochornosa posición. Una pierna desnuda caía a un lado y la negra melena ponía una nota aguda sobre la blancura de la almohada. En las pupilas vidriosas dilatábase un acento de supremo terror. Sin embargo los hombres, llenos de morbosa curiosidad, se agolpaban a la puerta. Sobre una silla estaban las ropas de la muerta.

El olor de la sangre cargaba la atmósfera y producía un prurito atosigante.

—Debieran dejar que la vistamos —decían unas mujeres—. ¡La pobre! ¿Hasta cuándo la van a tener desnuda?

En aquel momento llegaron dos agentes trayendo a Carlos esposado. Al entrar en la pieza prorrumpió, lleno de espanto:

—¡Ella fue! ¡Ella fue! Yo la vi.

Pero Ramona ni pestañeó siquiera.

¡Llévense a ese cipote! —ordenó el jefe.

Los comentarios hervían afuera.

—El petróleo —pontificaba un hombrecito oscuro—, el petróleo envenena a la gente. El más sano se vuelve una fiera. Debe ser el olor. Ya ven esa muchacha...

Rememoraban casos. Hacía un mes apenas, unos corianos habían acribillado a un margariteño, un tal Marín, sin saberse bien por qué. Le dieron diez y siete puñaladas. Poco antes, otro había asesinado a su querida.

—Un hombre bueno, vea —aseveró un testigo—. La herida se la dio en el mismo punto donde la tiene ésta. Además, le cortó un dedo.

Y, puestos en el cauce de las anécdotas, cada quien dijo la suya.

—¿Conocen el caso de Los Puertos? Eso sí fue grande. Y no es nada... Un *maifrén*... Esto prueba lo que dice el amigo: que el petróleo envenena. Ya sabemos lo cobardes que son esos negros para la sangre. Sin embargo...

...El negro aquel era casado y tenía dos hijos. Su suegra vivía con ellos. Él trabajaba en el petróleo. Descubrió de pronto que su esposa se entendía con un paisano, negro pintoresco, cantador de canciones. No dijo una palabra de todo ello. Salió como de costumbre a su trabajo nocturno, pero en realidad no fue más allá de la esquina próxima a su casa. Dentro de un albañal metió la mano y extrajo una pequeña hacha de abordaje, de filo reluciente. Y esperó, esperó hasta que el negro refistolero se presentó en la calle y se puso a silbar discretamente al pie de la ventana. En la penumbra de la callejuela brillaban los dientes y las escleróticas de los adúlteros. Después se abrió la puerta y el galán entró. Eran las doce, hora en que el marido traicionado debía entrar en su turno de labor. Pero aquella noche su trabajo iba a ser otro. Se acercó de puntillas, hacha en mano, y abrió con su llavín. La casa estaba a oscuras, pero él se había descalzado y el hábito le fue llevando sin tropiezo hasta la alcoba del pecado...

El resuello de los cómplices y el cascabel con sordina de sus risas le taladró las entrañas. Entonces rayó un fósforo y los encontró desnudos, mudos de terror. No les dio

tiempo a reaccionar. Como un huracán, el hacha se abatió sobre sus cabezas, sobre sus cuerpos temblorosos...

A sus feroces aullidos acudió la suegra. Un tajo formidable le hendió el cráneo. Aterrados, gimientes, habían llegado hasta la puerta los negritos:

—*Mother! Mother!*

Fue lo último que dijeron en su vida. El hacha los alcanzó también. Cuando llegó la policía, la sangre hacía olas. Encontraron al asesino encorvado en una silla con el hacha en la mano. Ya su cuerpo estaba laxo, relajado después del violento disparo de los nervios. Miraba a los recién llegados con pupilas idiotas, y su belfo colgante sostenía un hilillo de baba.

Todo el mundo convenía en que fue un caso terrible. Pero había otro más fresco en el recuerdo de los comentaristas.

—¿Conocen el de Alastre, en Corito de Cabimas?

José Alastre, coriano, trabajador, vivía en amancebamiento con una mujer casada. La dejara el esposo con tres hijos, la mayor, María, de catorce años ahora. Se pusieron a vivir y procrearon dos varones. Pero María se desarrollaba pulposa, prieta de ancas, turbadora. Alastre se prendó de ella y nada puso de su parte para ahogar la mala pasión. Entonces su concubina, ardida de celo maternal, lo abandonó. Fuese a vivir en Corito con sus hijos. Una noche llegó Alastre a su ventana y le pidió que le dejara entrar. Ella se opuso y a poco volvió él con un machete. Le cayó a machetazos a la balaustrada, se introdujo por el hueco y atacó a la mujer...

¡La pobre! Corría aterrorizada con su hijo más pequeño en brazos, y el asesino, como un perro rabioso, la seguía dándole machetazos. Cuando la vio tendida oyó gritar a otro de los niños, un varón de doce años, y se le abalanzó. De un mandoble enérgico le seccionó el cuello. Y no acabó con los demás por no haber podido dar con ellos...

La mujer murió al siguiente día y el parvulito (hijo del criminal) quedó manco de un brazo. Alastre se entregó sin resistencia a un vecino que le intimó la rendición. Estaba entontecido.

Después se comprobó que no había ingerido licor aquella noche.

—He pensado —dijo otro aún—, he pensado mucho en eso. El petróleo debe tener algo misterioso que vuelve a los hombres recelosos. Parece que irrita el cerebro. Pero hay algo más... Creo que todo el mundo habrá notado la influencia que ejerce en las mujeres. ¿Quién ha dejado de fijarse en la simpatía de que gozan los choferes entre las mujeres? Yo he visto a muchas dejar como unos tontos a hombres ricos, por irse con choferes. Es como si las hipnotizaran, como si las embrujaran. ¿Se acuerdan de *La Granja*, en Maracaibo? Allí los choferes eran reyes. No había quien les pisara el petate. Y ¿por qué? ¿Por guapos? ¡Qué va! Porque se sentían *pesados* con las mujeres. Después que éstas se comían y se bebían a uno, lo dejaban con los ojos claros. Y Dios libre que fuera alguno a reclamarles. Enseguida se alzaban: ¡manilla! ¡manilla! Le caían cincuenta, cien, los que hubieran, apoyados por ellas.

Oían con gusto al evocador. La atmósfera de reserva y taciturnidad creada por la tragedia reciente fue descongestionándose, aereándose, por virtud de aquella anécdota ligera y humorística. No tardarían los chistes de color subido.

Proseguía el narrador:

—Por fin, una vez se me ocurre preguntarle a una mujer: «Chica, ¿qué es lo que les pasa a ustedes con los choferes? ¿Es que los demás no son tan hombres como ellos?» Era inteligente. Me contestó así: «No seas sonso, no son los choferes. Es la gasolina. La gasolina tiene algo que se le filtra a una y que la arrastra. Algo como una brujería. No es lo mismo que el aguardiente, no. El aguardiente emborracha, tumba. La gasolina, por el contrario, aclara,

aliviana, trastorna pero *de otro modo*. Y no es a nosotras, las de la calle, a las únicas que nos pasa esto, sino a las más serias. Por supuesto, una tiene que admirar y preferir al chofer que es el brujo de esa brujería».

La noche era grata, buena para noctabular. De los cercanos regazos silvestres venía un olor áspero de monte que hinchaba las narices y los pulmones. Este olor flotaba en el viento del norte que bañaba las cosas con el polvo amarillento recogido en los caminos. También en el viento venían ruidos heterogéneos, deshilvanados: un jirón de música del casino, un breve pero vehemente palpar de motores, el agudo ulular de un *claxon*: Se-te-ca-yó-el-te-te-ro...

—Debieran velarla aquí mismo.

Amortiguado el choque de la tragedia, volvía la muerte a ser un motivo común, a propósito para un traspase ameno.

Los curiosos se apartaron para dar paso al gigante. Era rubio y estaba sucio de grasa hasta el cabello. Decían:

—Ése es. Ése es el querido de la muerta.

La contempló en silencio, con horror. Hablaba mal el castellano y estaba profundamente conmovido, pero pudo responder al interrogatorio de la autoridad.

—Se llamaba María Pérez —informó.

—¿De dónde era?

—De Cabimas.

—¿Tiene familia?

—*Sure...* Su padre. No le conozco, pero ella me decía llamarse Casildo.

El extranjero miraba a Ramona con asombro. Ésta a él con frialdad. Cada vez le parecía más tonto, de seguro.

El jefe interrogó al grupo de la puerta.

—¿Alguno de ustedes conoce a un tal Casildo, padre de la difunta?

—Yo —dijo una vieja—. Vive por Curazaíto, en un conuco.

Hizo entonces su tercera aparición el viejo. Fue a enterrar a la hija pródiga.

Tres labriegos del contorno, que en el monte habían permanecido como él, sordos y ciegos ante la fantástica metamorfosis del paisaje, vinieron a acompañarle.

Encontraron allí al extranjero. Cabizbajo y mudo como un poste, el gigante rubio contemplaba la inhumación. Vio a los labriegos palear los rojos terrones y oyó el bronco ruido que hacían al caer sobre la negra caja. Y se estremeció.

Ño Casildo, en cambio, estaba impávido. Era éste, para él, un rito complementario, porque María, su hija segunda, había muerto en su conciencia años atrás. Ni siquiera volvió a ver su rostro, porque se la entregaron sellada dentro de la urna. No se movió a mirar al extranjero ni pensó en preguntarle por el hijo de que oyera hablar alguna vez.

Consumado el enterramiento, el hombre rubio arrancó de un arbusto próximo una rama con hojas, y la clavó a la cabecera de la tumba. Luego, tan mudo como había venido, se alejó de allí; embarcó en su *roadster* y puso el pie en el acelerador.

El cementerio había crecido mucho. No era ya el antiguo matorral donde las cruces humildes naufragaban. El sol de la tarde rompía sus lanzas naranjadas sobre espejos marmóreos. Ángeles blancos, de estilizadas vestes, invitaban a morir.

Casildo salió poco después con sus tres compañeros. Y los cuatro desandaron a pie, sin apresuramiento, el largo camino hasta Curazaíto. Por el trayecto chupaban sus tabacos y miraban las volutas de humo adelgazándose hasta disgregarse en el viento fresco. Era para

ellos como si no existieran todas aquellas novedades que invadían el paisaje: torres, edificaciones, automóviles que pedían paso con sus sirenas estridentes.

Cuando tornó a su choza, halló a Marta sentada en un cajón vacío, con el rostro entre los puños.

—No sigáis llorando, pues.

Había anochecido ya, y el silencio del monte se sobresaltaba en sus peculiares susurros.

—Prendé la lámpara. ¿Dónde está José?

—Por áhi anda.

Después brilló la vieja lámpara de gas. Su luz rojiza dio aspecto de heridas sin cicatrizar a los surcos de su rostro. Había envejecido. Había zonas plateadas en su cabellera.

—¡José! —resonó la voz cansina de Casildo—. ¡Joséeeee!

Y el eco dio saltitos por sobre las crestas agobiadas de los matorrales.

—¿Qué fue? ¡Ya voy, carrizo!

Media hora más tarde presentábase. Desnudo hasta el cinto, sucio de tierra roja, moreno y oloroso a sol.

—¿Qué queréis?

—Cortáme dos varas derechitas.

—¿Ahora mismo? No friegue.

—Andá, hombre.

José trajo las varas. Ño Casildo las desnudó en seguida, y formó con ellas una cruz que ató con un bejuco.

Cachazudo y callado se alejó un poco de la choza. Y en la linde del calvero que la rodeaba, plantó la cruz. Cuando volvió, sin que nadie se lo preguntara, quiso informar:

—Ahí está María.

PARTE TERCERA

NEGRO

I

NGUERRAND Narcisus Philibert y Phoebe Silphides Philibert parecían mellizos. Sin embargo, fueron perfectamente extraños el uno a la otra hasta la mayor edad, cuando se conocieron bajo el romántico encanto de la *Marcha Real*, en un parque de Trinidad: *God save the King*.

Entonces se casaron.

Él era electricista. Costurera ella. Reunieron sus ahorros y se vinieron a Cabimas en un pasaje de tercera.

—Cuando regresemos a nuestra tierra, iremos en nuestro propio yate —decíale Enguerrand a Phoebe, reflejándola en el espejo de su dentadura.

—*Yes, darling* —admitía la negra, acariciando la áspera pelambre de su negro.

Llegaron a Cabimas y en breve se relacionaron con toda la colonia de sus compatriotas, tan abundante por sí sola como el conjunto de todos los demás extranjeros radicados en el lugar. Les divertía sobre manera oírse llamar por los nativos con el dulce calificativo de *maifrén*.

—¡Mi amigo!... ¡Oh, mi amigo!

No esperaban bondad tanta. Pero andando el tiempo vinieron en la cuenta de que quizá no fuera cosa de alegrarse. En la manera como el nativo suele decir *maifrén*, creyeron descubrir una posible confusión semántica. Siendo el sentido lo que da valor a la palabra, *maifrén* puede, llegado el caso, significar gorila o algo semejante.

Poco después trabajaba Philibert en un taller con un salario halagador. Fueron a vivir en un alegre barrio, habitado casi exclusivamente por gentes de su raza. Era él un negro puntual e inteligente. Amaba lo confortable y lo pintoresco. Sus primeros ingresos se invirtieron en paños azules que un paisano sastre convertía en flamantes ternos. En sedas tornasoladas, de flamígeros colores para Phoebe. En zapatos de bizarros tonos, en lociones y cigarrillos perfumados. Su primer cumpleaños en la tierra del petróleo constituyó un acontecimiento extraordinario en su medio social. Mil negros de ambos sexos, saturados de extractos heterogéneos, llenaron la casita e invadieron el amplio patio engraminado. Farolillos de papel ponían una nota feérica en la noche semi campestre del campamento, y la orquesta de los *Happy Boys*, todos compatriotas de Narcisus, hizo vibrar de júbilo los ecos con el ritmo del saxofón y el ukelele. Saltó con explosiva alegría el corcho del champán y las parejas se entregaron al desenfreno de la danza.

Al filo de la media noche un metodista, que por el día era zapatero en la calle del Rosario, pronunció un discurso, y la congregación entonó un himno melancólico, impregnado de ingenuas fragancias infantiles. Bajo la luz multicolor de los faroles, brillaban las pupilas y lágrimas solemnes resbalaban por la reluciente piel de ébano.

Rememoraban la lejana tierra insular donde dormían los muertos queridos y donde ardía el votivo fuego del recuerdo, en espera del retorno feliz.

Alleluia! Alleluia!
Heart to Heav'n and voices raise!
Sing to God a hymn of gladness.
Sing to God a hymn of praise.

El vino enredaba las lenguas y provocaba explosiones insólitas de ternura, de júbilo y de melancolía. Besaban los negros a sus negras y las hacían extrañas reverencias.

El pastor se había subido en una mesa, y cuando bajó de ella, otro negro, viejo de cabello blanquecino, ocupó su lugar. Era un masón ilustre, de la Orden de los *Old Fellows*, y antes de comenzar a hablar calóse un pesado collar simbólico. Dijo otro discurso que todos escucharon con respeto. Y luego continuó la fiesta.

Aquello había durado hasta la alta madrugada. Pero muy temprano salió Narcisus para su trabajo. Sus párpados parecían dos trozos de hígado y su cabeza ardía. Pero iba a su trabajo.

Poco después, lima en mano, contemplaba las cosas y las veía danzar una danza desarticulada, entre azulados efluvios. Gemían sus tripas y se retorcían obligándole a apretarse el vientre con las piernas muy juntas.

—*Oh, God! Oh, Lord!*

Realizaba heroicos esfuerzos para seguir adelante en su faena. Pero de súbito no pudo más. Tiró la lima y salió disparado hacia el retrete.

—*God! God!*

La puerta estaba cerrada. Tocó con timidez y una voz airada gruñó en el interior:

—¡Qué hubo! ¿No ve que está ocupado?

Imposible resistir un minuto más. Allá, junto a las oficinas del *Department of Labor*

había otro excusado. Lo había visto alguna vez pero recordaba que sobre el tablero de la puerta un letrero negro ponía: *PRIVATE*.

PRIVADO. Es decir, exclusivo para determinadas personas entre las cuales no se contaba seguramente Enguerrand Narcisus Philibert.

Empujó, sin embargo, la puerta blanca y reluciente, y entró. A poco se le oía gemir adentro.

Pasaron dos minutos, luego cinco, diez. Enguerrand seguía gimiendo como un cachorro con frío.

—*I die...*

Entonces vino un hombre alto, rojo, en mangas de camisa, y empujó la puerta suavemente. Viendo que no se abría, encendió un pitillo rubio y se puso a dar cortos paseos, con la precisión de un centinela. Dos minutos después empujó de nuevo y tocó con los nudillos. La voz de Philibert tembló del otro lado:

—*Oh! Excuse me, sir.*

El rojo arqueó las cejas lleno de extrañeza. Debió chocarle la cadencia sumisa y cantarina de aquella voz.

—*Who are you?* —exclamó.

—*Oh, sir... I am very much ashamed, but, you know, I feel sick... And the other W.C., you know..., is closed.*

—*Open the door!* —rugió el hombre rubio. Y sacudió el tablero con violencia.

El rostro ceniciento y desencajado de Enguerrand Narcisus apareció ante la mirada atónita del otro.

—*Excuse me, please.*

—*Never mind!*

El blanco dio la espalda al negro y se dirigió a las oficinas. Poco después era llamado Philibert. El superintendente le miró con fría severidad:

—Vaya a recoger su orden de pago.

Quiso protestar el infeliz. Dos lágrimas enormes corrían por sus mejillas para juntarse, temblorosas, en la punta de su nariz.

—*Oh, sir!*

—*Get out! Negro!*

Se retiró de espaldas, encorvado. Poco después lloraba a gritos, como un niño desamparado, en el seno de Phoebe. Venían a consolarlo sus más próximos vecinos y al informarse del suceso reprochaban la ligereza de Enguerrand:

—¿Por qué se metió usted en ese retrete?

—Porque el otro estaba ocupado...

—Calla, es verdad. Hay cosas fatales...

Pero ¿por qué entregarse a la desesperación? Era prematuro afligirse de tal modo. Si cuando una puerta se cierra, otras se abren. Allí estaban otras compañías necesitando sus servicios.

—Un electricista es siempre necesario, querido Enguerrand Narcisus.

Una negra gorda, elocuente y maternal, hizo algunos chistes con lujo de ademanes, y consiguió verle sonreír. El rostro de Narcisus despejóse como un cielo vernal después del chaparrón. ¡Qué diantre! Era verdad: ¿por qué afligirse?

Seguidamente se puso a hacer proyectos optimistas. Ingirió una pastilla analgésica y un vaso de refresco preparado por las amorosas manos de Phoebe. Y era tal la euforia que le llenaba ahora, que dio cuerda a la victrola y arrastró a bailar a la risueña negra gorda.

—Sácame mi flux azul, Phoebe *darling*. Si me dan trabajo en La Salina compraré una motocicleta para llegar temprano.

En lo más hondo de su conciencia quedaba, sin embargo, algo mortificante. Era el recuerdo vivo de las palabras del superintendente: ¡NEGRO!

Negro. Cierto. Pero ¿por qué enrostrárselo con aquella humillante entonación? Cosas de los blancos. Bien mirado, pudiera ser que tuviese razón el superintendente. Negro o no, el *private* del retrete debió privarle, por sí solo, el acceso a él. Empero, ¿quién va a andar parándose en tales consideraciones cuando la necesidad apremia? También en inglés existe el proverbio: «el traste no es de su amo sino de quien lo necesita».

Desde chico le enseñaron a mirar como tabú las cosas de los blancos. Él las respetaba. Pero aquí surgía un conflicto que su mente no hubiese podido conciliar, porque: ¿no era también de los blancos el pavimento de la planta? ¿Y si en vez de haberse metido en el *private* hubiese hecho aquello afuera, en el patio?

¡Negro! ¡Negro! ¡Qué cosa! También Phoebe le llamaba Negro. Y sus camaradas. Y su madre misma. Pero ¡cuán distinto dicho por sus labios queridos, de negros! Lo mortificante, lo doloroso era la entonación del blanco. Había dicho negro con toda la boca, con toda la hiel: NEGRO.

—Unc, unc, Philibert. Déjate de darle vueltas. No tiene remedio. Ya lo sabes bien, y no lo olvides. Blanco, dicho de cierto modo, puede también querer decir... En fin, basta ya, Enguerrand Narcisus.

Almorzó con apetito y salió a la calle. Empolvado. Perfumado. Fue a La Salina y pidió trabajo. Un negrillo emperejilado como él mismo, un hermano de raza, vino a atenderle. Oyó su petición y le hizo pasar al despacho del jefe.

—¡Ah! ¿Es usted electricista? Bien, bien. Quizá le ocuparemos. ¿Su nombre?

Dio su nombre. Entonces el negrito oficinista arqueó las cejas. Aproximóse al jefe, muy confidencial, y le sopló algunas palabras al oído.

—¡Oh! —hizo el superior.

Y lo repitió con una extraña matización de voces.

—¡Oh! ¡Ohhh! ¡OHHH!

El negrito volvió hacia Philibert con aire ofendido.

Lo sentimos mucho. No necesitamos sus servicios.

—*But, you...*

—*I am sorry.*

Tuvo tentación de aplastar sus narizotas. Pero reflexionó que sería empeorar su situación. Sentía nuevamente encogido el corazón. En la actitud de estas personas había algo intrigante.

Arrastrando los pies fue a las oficinas de la tercera compañía. Tampoco le admitieron. Entonces, ahogado en sorda desesperación, tomó un automóvil que pasaba y se dejó llevar. Un torbellino de emociones agitaba su espíritu. Era la catástrofe, el violento, inesperado *stop* de su vida. Jamás había cruzado por su mente la idea de hallarse en semejante contingencia. Sin trabajo donde a todos les sobraba. Sin dinero donde hasta los lustra-botas jugaban a las chapas con monedas de oro. Y esto, ¿por qué?

De súbito brilló una palabra que no había tenido tiempo de evocar, no obstante haber estado girando a su derredor como el caminante que en medio del camino busca el camino: «*Black List*».

¡Espantoso! ¡Catastrófico! Le habían puesto en la lista negra: «Enguerrand Narcisus Philibert, negro antillano, por haber osado ocupar el retrete de los blancos».

El automóvil viajaba dando tumbos por el camino polvoriento. Enguerrand se inclinó hacia el chofer.

—¿A dónde vamos?

—El chofer rió y rieron los otros pasajeros.

—¿No lo sabes? Qué gracia. Si lo vengo gritando por todo el camino. ¡Voy Lagunillas! ¡Lagunillas voooooy!

Y Enguerrand se dejó caer de nuevo en el asiento. Bien estaba así, después de todo. ¡Pobre Phoebe! ¡Era mejor que no le viera más! No tendría valor para decírselo.

A lo largo de la carretera se notaba gran animación. Multitud de vehículos cruzaban en todas direcciones y cuadrillas de hombres grasientos construían torres y tanques. Sus compañeros de viaje conversaban a gritos y tomaban tragos de una botella que llevaban.

Ofrecieronle:

—¿Quiere, *maifrén*?

Y él bebió. Bebió, automático y ávido. El ron le confortaba un poco. Quizá no estuviese todo perdido. Quizá en Lagunillas no le conocieran.

¿Cómo hacer para borrar aquella mancha negra de su hoja de servicios y levantar la sanción terrible? Si se atreviese a cambiar de nombre... Hubo casos. Pero las consecuencias pudieran ser peores. No faltaría quien le reconociera.

Cuando el automóvil llegó al pueblo le cobraron dos duros por el pasaje. Era, casualmente, cuanto le quedaba. Ni él ni Phoebe tenían un céntimo más. El pueblo de Lagunillas era un cencerro. Una colmena enloquecida. Casas, casitas fabricadas a la diablo. Casitas de tablas, esquemáticas, sucias, grasientas, hacinadas a ambos lados de un callejón que de pronto se trocaba en puente de tablones negros suspendidos sobre columnas de mapora, por encima del lago. Era la *planchada*.

Esta plataforma que se prolongaba sobre las aguas como un dedo estirado para apreciar la temperatura lacustre, estremecía bajo el peso de una muchedumbre histérica y transpirada, compuesta de mujerzuelas y quidames.

A ambos lados de la planchada, apretadas como en una almáciga de ostras, las casas iban hacia el lago, atestadas de aquella gentuza escandalosa. Muestras comerciales exhibían su vanidad en las fachadas: *Restaurant, Barber Shop, Laundry, Cine*. Y botiquines, innumerables botiquines. Debajo del hacinamiento humano, el agua se cuajaba inmóvil, cubierta por espesa capa oleaginosa y negra. Y la atmósfera vibraba azotada por desenfrenado entrevero de músicas. Música de pianolas, de gramolas... Música infernal.

Partían de la planchada principal otras laterales, callejuelas aéreas igualmente bordeadas de casitas. Como un sarcasmo, las había con escalinatas fronteras y alguna lucía un tiesto con una mortecina macolla de lirios. Pero Enguerrand Narcisus no penetró en la aldea fantástica hasta después de haber visitado una por una todas las oficinas y todos los talleres petroleros. Fue al atardecer, cuando las luces eléctricas brillaban en una niebla oscura que subía del lago, y Lagunillas de Agua era una visión de pesadilla, cuando pisó la planchada.

Avanzó por ella y marchó, como quien no tiene quien le espere, de puerta en puerta. Curioso sin curiosidad. Fatigado, bruñido por la tinta de su transpiración. Había abundantes compatriotas suyos que charlaban en grupos, entre ademanes desbordados. Salían las mujerzuelas, solas o de bracetete con hombres de todas cataduras. El ruido de la música comenzaba a asumir en sus tímpanos y en su alma una vertiginosa velocidad de girándula, de ruleta acústica. Y así mismo la luz. No había comido, pero no sentía hambre sino vacío, fatiga, agotamiento mental y espiritual. Audición y visión se le iban confundiendo en una sola

sensación de fuga y desequilibrio. Su cuerpo entorpecido fue como un corcho flotante, golpeado por la marejada humana. Un chino horrible se quedó mirándole desde la puerta de un restaurant y le pareció que su rostro congelado, de ojillos inmóviles, crecía, crecía. Sintió pánico y apretó el paso. Luego oyó que una refrigerante voz familiar decía:

—*He is drunk.*

¿Borracho? No, no lo estaba. La última vez que bebió hasta emborracharse fue en el patio de su casa, entre la jubilosa muchedumbre de sus amigos. Phoebe le abrazaba, amorosa, y le cantaba cantos de la patria:

Alleluia! Alleluia!
Hearts to Heav'n and voices raise!
Sing to God a hymn of gladness.
Sing to God a hymn of praise.

Pero ya nadie le amaba. Phoebe misma, la pobre, se desesperaría de verse por él abandonada, ignorante de los motivos que le inducían a dejarla. Lloraría con la cabeza hundida en el agua de sus proyectos de felicidad, y al fin se casaría de nuevo con otro negro menos desdichado.

En los oídos de Enguerrand seguían atropellándose los ruidos del pueblo. Le fusilaban desde los flancos de la planchada. Cruzó por una callejuela oscura a cuyo extremo recortábase un lienzo rectangular de lago rutilante, festonado por las luciérnagas rojas y verdes de los taladros, y su figura negra se borró en la tiniebla del callejón. Pero por algunos minutos aún se oyeron sus pisadas resonar en los tablones. Y luego, un chapuzón discreto. Un opaco glú-glú en el agua cubierta de petróleo.

II

UNA capa negra, espesa y rugosa como piel de paquidermo. A trechos se abre en temblorosas soluciones y aparecen sobre el tul del agua llagas tornasoladas en sugestiva irisación donde predomina un tono lapislázuli. Cuando cae un objeto la piel lo recibe, abierta como boca de hipopótamo. Un breve glú-glú y un rápido estremecimiento. Luego, calma tumbal.

Quieta como bajo una pesada digestión, el agua mira pasar sobre ella el caño de la vida, el precipitado riego de las pasiones. Sobre las planchadas de madera rezumante se funde el impaciente taconeo de las mujeres y el traquear de los *trolleys* de hierro. Y el agua finge dormir bajo su piel de óleo, recogiendo el eco de la despreocupación y el egoísmo.

Refiérese que cierto sacerdote visitó una vez a Lagunillas y su sermón se redujo a estas palabras, temblorosas de horror: «¡Pueblo sin Dios! ¡Arrepentíos!» Pero la gente rió de sus palabras. No sabía de otro culto que el del placer. Pueblo provisorio, aluvional y fermentado, no pensaba en Dios. Cada una de aquellas almas había dejado su sentido religioso en el pueblo originario, allá donde contaban regresar, más pronto o más tarde, según lo que tardaran en acumular la ilusoria fortuna que al partir habían soñado.

Posteriormente, un geólogo extranjero constató el fenómeno del hundimiento de la población acuática. El cieno lacustre, dijo, es en este lugar inestable y fofo como carne corrompida. Calculado a razón de tres pulgadas por año, el descendimiento puede llegar a hacerse más acelerado en razón del peso que se acumulase sobre las estacas de mapora. Y día

por día este peso aumenta. Nuevos seres ávidos vienen de todas partes a reforzar el volumen de los apetitos desbridados. Nuevos tentáculos le nacen al pulpo que simula la topografía. Nuevas planchadas, nuevas casitas temblorosas. Ya la piel de grasa comienza a acariciar el dorso de los tablones y las plantas de los pies presienten el húmedo contacto. Hay algo en esta vida que recuerda las narraciones de Shangai, en donde los chinos numerosos hallan conmovedoras memoranzas patrias.

Chop Suey, Chinese Store, Laundry...

Parte importante de la arteria principal está llena de estas muestras, aturdida por la cantarina e infatigable parla. Y junto a los chinos de aire de brucolacos, están los sirios-libaneses de inflamados ojos negros, de tez morena, de ademán untuoso y tornasol como el petróleo:

—Barchanta: basa adelanta. Yo venda toda buena, bor guota.

Luego los botiquines. Pianolas y gramolas. Risas agresivas. Ebriedad. Fulgurante cinematismo. Pero es la noche, la noche, nodriza del vicio y del dolor, la que ama Lagunillas. De noche todos los gatos son pardos, todos los rincones buenos para macularlos, todas las mujeres hermosas. De noche vibra el frenesí del populacho. Sube en espirales y se expande en ondas centrífugas. Las calderas y los mechurrios roncan como seres degollados y salpican de sangre palpitante la periferia nocturnal, los bordes de la gran copa invertida de los cielos.

Aquella agua quieta, impávida y acorazada, devolvió, dos noches después, la carroña de Philibert. La proa de una lancha tropezó con ella:

—¡Un ahogado! —gritó un marinero.

Flotaba quieto, preso en la garra de la costra negra. En el fondo prieto de la noche se destacaba el brillo vítreo de los ojos y de los dientes.

—¿Quién será?

Le ataron una soga a un pie y le arrastraron así hasta la planchada. Allí le dejaron, sujeto a una columna de mapora.

—Que lo recoja quien le interese.

Quedó flotando allí, difumado en la negrura de las sombras y del agua. Reflejos cárdenos tallaban la esponjada silueta que se balanceaba. Y los ojos redondos, fijos y duros, sin párpados, se volvían hacia el cielo. Una mujerzuela al verlo lanzó un chillido histérico:

—¡Un ahogado!

Y corrió por las planchadas disparando la noticia:

—¡Un ahogado!

La miraban con extrañeza. Un ahogado, bueno, ¿y qué? ¿Era acaso el primero? Las demás mujeres reían. En la puerta de un botiquín, alguna tiró de su brazo:

—¡Qué escándalo! ¿No habéis visto nunca un ahogado?

Y unos hombres:

—Está borracha.

Y otros aún:

—Es nueva. Después se acostumbrará.

Pero ella, en realidad, estaba aterrada.

—¡Horrible! ¡Horrible! Va a reventar.

Penetró en un salón donde una muchedumbre ahíta de alcohol flotaba en una densa niebla de humo. Bailaban mujeres con mujeres.

—¡Un ahogado!

—¿De veras? ¿Por qué no lo sacáis?

—Va a reventar. Está feísimo.

Una muchacha tambaleante y babosa la detuvo con brutalidad. Alzó sus propias faldas y golpeóse el sexo con la palma:

—¿Más feo que esto?

La casa se estremeció en una carcajada unánime. Reían todos a boca ancha, separándose por un momento. Luego volvían a abrazarse y a pegar cuerpo con cuerpo, labio con labio, en estrujones violentos.

Iban saliendo, sin embargo, los menos insensatos. Alumbraban el camino de las plataformas con sus linternas eléctricas. Charlatanes y despreocupados, se acumulaban en el extremo de la planchada y se inclinaban para contemplar el cuerpo aventado y negro.

Visto desde la abierta perspectiva del lago, el compacto grupo de curiosos parecía suspendido por obra de milagro en el fondo negro de la noche. Sobre las inquietas cabezas perfilábanse los reflejos impacientes de los focos de los taladros, rojos y verdes. Y más lejos, en una curiosa burla de la profundidad espacial, la llama de los mechurrios alargaba sus lengüetazos rojos, exprimiendo zumo de sangre al corazón de la noche. Estaba feo, feo como ninguno aquel ahogado.

—Tenía razón la mañosa; va a reventar.

—En cuanto lo muevan revienta.

—Y nos baña a todos.

El morboso espíritu de la multitud se negaba a abandonar por un momento su predisposición fiestera. Flores de un humorismo triste, saltaban de los labios la alusión soez y la macabra burla. Las meretrices borrachas, arremangadas las faldas, subían a las espaldas de los hombres.

—Ya hiede. ¡Foo!

Vino la policía. El juez. Los curiosos se apretaban como racimos para ver mejor. Y la planchada se mecía, crujiendo.

—¡No arrempujen!

Hubo ruido de chapuzones en el agua y las flemas negras pintaron placas en las ropas de los de arriba. ¡Plaf! ¡Plaf! Dos cuerpos cayeron. Cuatro manos crispadas agarraban sombras.

—¡Auxilio que me ahogo!

—¡No arrempujen!

Feo. Espantable. La tela del traje, que fue azul y ahora negra, prensaba la carne pútrida, dilatada por los gases comprimidos. Los cordones del calzado habían saltado. Los ojos seguían extáticos, en su inalterable dureza obsesionante. Blancos, redondos, coronados por la pupila violada. El diente de los pececillos había roído los párpados arrasándolos, aislando aquellos globos que parecían a punto de saltar como proyectiles. También las orejas desaparecieron cercenadas casi hasta la base. Sólo quedaba de ellas un lívido cogollo, dentellado y húmedo de un nauseabundo humor. Y los labios... La ausencia de los labios dejaba a pleno aire la dentadura poderosa, rútila como los ojos. Menudos, fuertes, sanos, los dientes se apretaban en una mueca insólita, con algo de sonrisa y de grito pasmado.

—Era un negro.

—Está hediondo. ¡Foo!

El juez pretendía en vano la identificación por testigos. Una voz de hombre gritó desde la sombra:

—Que lo desnuden, a ver si alguna de las mujeres le encuentra algo conocido.

Se mandó prender al gracioso, pero no se pudo matar el germen de la irreverencia. Todos reían, reían agitadamente glosando el macabro humorismo.

—Así, de seguro no faltará alguna que lo conozca.

Tampoco lo reconocían los negros traídos ex profeso. Entonces se dispuso su registro. Costó trabajo hallar quien se acercara lo bastante para ello. Lo hizo al cabo un pobre diablo. Con un cortaplumas rasgó la tela azul y desfondó los bolsillos. Y en uno de éstos, dentro de una cartera de piel, hallaron unos pliegos duros como pergaminos, numerados, presentando estas extrañas inscripciones:

AGAINST ALL
PESTILIENCE I ENGUERRAND NARCISUS PHILIBERT

JEHOVAH FATHER	DEIUS S—CHADDAY
-------------------	--------------------

DEUS ADONAY ELOHE I CITE THEE THROUGH JEHOVAH	ECAD I CONJURE THEE THROUGH ADONAY
--	--

Vean, Alm, Ak! Iba, Wich, Ika.
Mi Tmol, Bick, Ktas, Ylm, Mehok,
Ym. Retak, Weal, Li7, Uma, Ima,
Aki, Lakad, Betu, Ybak, Rul, Lela,
Aab, Sckin, Mili, Etcchu, Kuck, Vetat

,Anan, ,Ymi, ,Miz, ,Afcham, ,Raasch,	†	Beni, Becha, Mehi, Resh, Jaub,
--	---	--

El juez se incautó estos papeles, profundamente intrigado.

No obstante el atropello que produjo el levantamiento del cadáver la muchedumbre desfiló tras él, agotando su curiosidad morbosa. Luego, saciada, volvía al fragor de la fiesta, a los botiquines, a los casinos donde la musiquita ruin destrozaba rumbas y fox-trotes. Ebrios, ansiosos de apurar la posesión de la vida, empeñados en acallar sus voces interiores, acudían al primario estupefaciente del alcohol. Hombres y mujeres, arrastrados por la ferocidad del instinto, acoplaban sus cuerpos, estrujaban, por encima del aislador de los trajes, las mucosas sexuales aletargadas en su mayoría por el derroche de energías.

Sólo vivía el instinto, el instinto primitivo buscando cauce en la pantomima y la caricatura. La danza era un exasperado remedo de coito. Las criaturas se agitaban en un ritmo contorsionado y vertiginoso que daba, en vez de recibirla, la pauta musical. Mujeres que no hallaron un varón que las invitase, bailaban solas. Sus faldas subían en las puntas de los dedos y dejaban al descubierto la sudorosa desnudez en absoluta impudicia. Olores venenosos de transpiración gravitaban sobre las cabezas epileptoides. Gritos agudos, breves y cortantes

como los de la indiada en la guasábara:

—¡Jipa! ¡Juuuy!

Pero quedaron extáticos de pronto, paralizados como el cuadro del cinema cuando se rompe el film.

—¡Fuego! ¡Fuego!

El grito surgió de la calle, de la planchada. Luego repercutió, se expandió, tembló en mil, en diez mil voces aterradas.

—¡Fuego!

Los cuerpos se desacoplaron. Las masas locas embistieron hacia las puertas rompiendo marcos y batientes. Hacia el escape de la tierra, por la única válvula de la pasarela de tablonos.

—¡Incendio!

Por sobre los caballetes de zinc apareció, vibrante, la roja espiral del fuego. ¿Dónde había surgido?

Todos embestían hacia la misma meta en estampida loca, en inconsciente desgarrada. ¡Fuego! ¡Fuego! Pavor en las pupilas, pavor en las bocas abiertas, pavor en las piernas aceleradas. ¡Incendio! ¡Incendio!

La lengua, las mil lenguas viboreantes, gruñidoras, venían detrás, ganando la retaguardia. Se detenían con voluptuosidad, poseídas de una conciencia diabólica, para arropar los deleznable obstáculos, las casitas ruines, una por una. Y el obstáculo caía gimiendo, primero mancornado sobre sus patas de mapora, asentado luego sobre la negra costra del agua, y acabando por hundirse en la ancha boca abierta. Una melena de llamas quedaba arriba, fragorosa. Estas llamas destacábanse como seres vivos, saltaban a la angosta plataforma y se deslizaban en pos del tropel pavorecido.

—¡Incendio!

Luna. Una aurora precoz teñía el cielo de la madrugada, donde los luceros palidecían. En el refugio de la tierra firme, deteníanse los escapados acezando, y se ponían a contemplar los rápidos estragos. Era una selva roja, maravillosa. Una inversa tempestad, de la tierra al cielo, que avanzaba obstinadamente, provocando estallidos vehementes, música de ayes, música de maldiciones.

Ya en salvo, los que no fueron alcanzados por el fuego dividíanse en dos bandos: la mitad espectadora de la otra mitad. La primera podía permitirse el lujo de reír. La última se componía de los que tenían algo que perder: los propietarios, los comerciantes, los chinos y los sirios. Héroe desconocidos de la noche hacían frente a la llama invasora, penetraban en su vorágine y se perdían en los recintos incendiados para regresar después cargados de cosas recogidas a la loca, en desesperada búsqueda, esclavos de la avaricia. Hubo uno que pudo apenas recuperar, a costa de numerosas quemaduras, un zapato, Y con él en la mano se sentó a llorar a la vera del camino.

Era inútil todo este heroísmo. El fuego cobraba sin regateos. Dos horas después había terminado su labor. Dejaba un panorama plano de cenizas, tizones encendidos, planchas de hierro retorcidas. Centinelas de retaguardia, quedaban algunas espirales aisladas sobre los escombros. Y balsas flotantes en el lago. El viento de la madrugada las doblaba sin matarlas; las hacía navegar a la deriva, las hacía gruñir. Una aurora pálida fue descubriendo los más íntimos detalles del siniestro. Frente a estos, los derrotados se agrupaban. Y de vez en cuando, como una rezagada nota, caía un gemido. Lloraba el hombre del zapato, encorvado sobre una piedra, y le rodeaba un grupo de curiosos. Era raro ver llorar así. En aquel pueblo no se conocían las lágrimas.

—Todo, todo lo he perdido —gemía el hombre—. Siete años de trabajo. Cincuenta mil

bolívares.

—No llore por eso.

Se volvió a mirar. Era un obrero quien le consolaba, vestido ya con su ropa sucia de trabajo.

—¿Usted qué sabe de esto? Usted no tiene qué perder.

El obrero rió con crueldad y los otros le imitaron. Ahora el rumor circulante e irresponsable balanceaba las pérdidas barajando cifras: dos millones. Veinte millones. Quizá cuarenta millones de bolívares.

—Y ¿cómo no? Si cualquier gatucho inmundo tenía adentro una fortuna.

—Imagínense: aguardiente y telas... Telas y aguardiente.

—Y petróleo, casi nada.

Un viejo indígena, venido de Bachaquero o de Machango para ver el incendio, censuraba:

—Esto tenía que suceder. Un pueblo perdido. La iglesia cerrada. ¿Cómo se puede vivir así?

III



NGUERRAND, *darling!*

Lloraba a gritos y se retorció, histérica. Se mesaba la alambrada masa de los cabellos, pegados con gomina.

¡Enguerrand Narcisus!

Phoebe no era negra tinta. Había en ella una chispa, un soplo leve de blancura remota, reminiscencia de quién sabe cuál pecado ancestral. Su nariz tendía a adelgazarse hacia el extremo inferior, aun cuando expandiera su compás en la bifurcación del arquitrabe ciliar. Sus ojos se alargaban hacia las sienes, rasgados casi, adormecidos bajo el abanico de las pestañas. La boca grande, pulposa. La dentadura perfecta. El talle de avispa. Los senos apretados y pequeños como nísperos verdes. La pierna elusiva, un tanto ahilada, y el pie grande pero delgado.

—¡Enguerrand, *dear!*

Supo que le habían visto en Lagunillas. Porque al fin todo se sabe. La misma lista negra le servía ahora para sus pesquisas. La información no era precisa, pero las señas coincidían. No podía ser otro aquel negro que buscaba trabajo y halló la muerte en el lago. Su traje azul, sus zapatos rojos...

Fue al cementerio, acompañada de la compatriota gorda y compungida. Era el cementerio de los pocos lugares que no ardieron. Y allí estaba el montículo reciente, húmedo. Phoebe abrió su librito de salmos y leyó el himno de la muerte, marcado con el número 608: «*All live unto Him*».

*GOD of the living, in Whose eyes
Unveil'd Thy whole creation lies;
All souls are Thine; we must not say
That those are dead who pass away;
From this our world of flesh set free,
We know them living unto Thee.*

*In our day of thanksgiving one psalm let us offer
For the Saint who before us have found their reward:
When the shadows of death fell upon them, we sorrow'd,
But now we rejoice that they rest in the Lord.*

Después paseó su desolación sobre la desolación del paisaje. Salvo algunas compatriotas muy graves, muy solemnes, que salían a darla el pésame, nadie la hacía caso. Iba de luto riguroso, con su sombrero, su tul y sus guantes negros. ¡Quién lo creyera! Enguerrand Narcisus Philibert muerto de aquel modo absurdo. ¡Tan joven!

—*He is dead, darling. It is terrible.*

¡Muerto amado! Rara, rarísima en un negro, semejante resolución. El negro no suele buscar la muerte así. ¿Cuál tremenda fascinación ejerció en el alma atormentada de Enguerrand el tornasol del lago?

El lugar estaba quieto ahora porque la población se había irradiado hacia los caseríos vecinos. Unos personajes parleros, hombres y mujeres, barrían los escombros. Cerca de ellos merodeaban algunos chinos impasibles y algunos sirio-libaneses enternecidos.

—¡Barchanta!...

Los demás se habían ido a Maracaibo en busca de recursos para recomenzar. A Las Morochas, Tasajeras y Cabimas. Opinaban algunos que más valía mudarse a otros lugares porque Lagunillas tendría siempre para ellos una sorpresa igual. Allí estaba el lago mostrando su irritable meninge negra. Ese aceite verdoso que se conglomeraba ahora sobre el agua era combustible en grado sumo. Y, como por razones especiales (la del anofeles entre otras), la población no podía dejar el agua, la contingencia seguiría latente. Los demasiado prudentes y los pesimistas eran pocos, sin embargo. La abrumadora mayoría lo que deseaba era ver surgir de nuevo, lo más pronto, el acuático nido de su riqueza.

—Algo hay que exponer —decían.

Bien valía el riesgo aquella oca bruna de los huevos de oro.

Phoebe fue exhibiendo su dolor por el dolorido escenario donde Enguerrand Narcisus dejara el último rastro de su vida. No conocía ella a Lagunillas sino de oídas, por su fabulosa fama. Arbitrariamente asociaba la misteriosa causa de la catástrofe colectiva a su particular catástrofe de viudedad. Sólo en este *melting-pot* pudo exaltarse hasta el suicidio la red nerviosa de su negro. El castigo llegó pronto para la Sodoma: la misma noche en que se rescató el cadáver de las aguas.

Ya no tenía hogar. Su dulce, su pintoresco *home* era apenas un montón de cachivaches, un guardarropa de cartón con pijamas de seda; una gramola portátil, dos ceniceros de latón dorado. Se hospedó en una casita de Campo Rojo por bondad de unos paisanos condolidos. Pero Phoebe fue quedando en este que también era su mundo, poblado de negros. Su pena no podía durar eternamente. La juventud se le resolvía —acaso a su pesar— en risas y cánticos. La silueta de Enguerrand Narcisus comenzó a marchar en su imaginación, a marchar alejándose, esfumándose.

Negros alegres y generosos, como todos, eran estos que formaban su nueva sociedad. Había sus gradaciones, sus escalas. Pero ella, Phoebe Silphides, estaba en el tramo más alto. Por su juventud limpia y elástica, por su acicalamiento y su nación, estaba arriba. Descendían así, por orden étnico: los de Trinidad —y ella era nada menos que de Puerto España—; los de Jamaica, los de Granada, Barbados y Tobago... Los últimos son negros de alma y de cuerpo. Zamarros y desaseados.

Érale placentero asomarse a la puerta de la casa envuelta en su pijama verde. Un

mestizo joven con cara de chino, le traía paquetes de pitillos rubios. Se llamaba, el mestizo, César Egbert Conrad y a Phoebe le causó mucha risa cuando le refirió que sus paisanos la llamaban *Merry Widow*. La viuda alegre alegraba el campamento. El mismo Conrad le preguntó más adelante:

—¿Quieres dejar de ser viuda?

—Y ella lo bañó en su risa de perlas:

—*Oh, no, dear. Never!*

—¡Nunca! ¿Renunciar a tan bonito apodo? He aquí que ya era una heroína romántica. Estaba bien así. Encantada en su mundo. Aquí también se reunían los domingos para entonar sus salmos.

Alleluia! Alleluia!

Hearts to Heav'n and voices raise!

Y ponían fiestas con baile, porque todos los negros saben tocar un instrumento: el violín o el saxofón. César Egbert, sin ser negro puro, tocaba el ukelele y el serrucho mágico. Ella admiraba a César, como a todos los de su casta híbrida, por su inteligencia y su simpatía. Porque reproduciendo los peculiares rasgos fisonómicos mongólicos, espiritualmente tiran hacia el ancestro negro.

En tanto, a medida que la Lagunillas de Agua iba surgiendo nuevamente, como si el agua misma la vomitara sobre sus patas de mapora, la silueta azul de Enguerrand se borraba en las perspectivas mentales de la viuda alegre. Phoebe trabajaba. Había sido contratada como *nurse* de unos niños rubios y tenía que pasarse el día en un *cottage* del campo de los blancos. Pero se resarcía por la noche, después que los niños, agotados por las travesuras, se rendían en sus cunas. Linda la negra, con su toquilla de encajes y su delantalito rizado. Ganaba para vivir, para enviar un giro a Trinidad todos los meses y aun para poner la fiesta. Había montado casa, un museo de baratijas. Los bibelots no dejaban espacio suficiente para moverse de un lado a otro. Sin embargo allí bailaban. Allí se reunía su corte: César Egbert; el radiotelegrafista Astrolabius; un tal George Anthony que era esbelto, pelirrojo y con los ojos verdes; Déborah, esposa de George, negra y menuda como un amuleto infantil; Josephin, gorda y sandunguera, plena de bondades para toda la colonia, y Calixtus, Grand-Master de la Logia de *Old Fellows*.

Phoebe recibía grandes paquetes de *The Port of Spain Gazette* y libros de cocina. Nunca regresaba a casa con las manos vacías. Su bolso de piel era como el sombrero de un prestidigitador, de cuyo fondo milagroso hacía surgir todas las noches paquetes de chocolate, pequeños cubos de mantequilla congelada, cucuruchos de leche en polvo, harina, mermelada, queso. Sus amigos agrupábanse alrededor de su estilizado talle, estiraban los pescuezos y explayaban las bocazas atragantadas de risa:

—*Very funny... Ho! Ho! Ho!*

Ladina la viuda. Allí venía la alacena del amo para delicia de ellos, sus admiradores. Dichoso quien pudiera conquistar su corazón, más rojo que un pimiento. Con mujer tan lista podría sentirse bien un negro. Sólo un idiota como Enguerrand Narcisus Philibert, tocador de violín, pudo dejarla de una manera tan triste en este mundo hecho para la risa.

—*Very, very funny.*

La llamaban a veces con urgencia de la casa del patrón. Madame estaba ausente y los niños lloraban. Al principio iba maldiciendo su negra suerte, con los ojos abotargados y la pelambre en desorden. Después fue habituándose. Antes de salir se acicalaba.

Había de atravesar la callejuela de su casa para subir a la calzada y tomar el taxi. Y apresuraba el paso, incomodada por el presentimiento de las avizoras pupilas que la espiaban

detrás de las cortinillas de cretona. Negros curiosos, malignos, maldicientes, hundidos en la negrura de sus cubiles, macerados en su esencia de zábila y en los detritus de sus hijos.

Y una mañana, inopinadamente, la viuda alegre regresó llorando. La madama, la blanca, había amanecido como una energúmena. La había tirado cosas a la cabeza. La había llamado mala.

—*It is terrible!*

La había echado como un bicho inmundo. De igual manera debieron arrojar a Enguerrand Narcisus. Así, con aquel violento arranque de odio y con aquellas restallantes palabras: ¡Negra! ¡Negra!

—*But, why?*

Pero ¿por qué? Abismados, sus amigos inquirían: ¿por qué? Echarla así, a ella, *the merry widow!* y ¿qué más? ¿Qué más le había dicho? Pues, la acusaba de una cosa infame con el blanco...

—¿De veras? Pero eso es calumnioso ¿no?

¡Oh Dios! ¡Ultraje tal! ¡Con el blanco! ¿Y eso iba a quedar así? Alborotando el vecindario, despertaba el instinto litigioso de la raza. Alzaban las negras sus brazos al cielo invocando a Dios, al honor. Los negros daban puñetazos sobre las mesas. César Egbert Conrad rompió ruidosamente las cuerdas de su ukelele.

—¡Una demanda! ¡Una demanda!

Llevar a la blanca calumniadora al Tribunal. Cobrarle cien dólares, mil dólares. Estrujarle el insulto en la boca roja. ¡Mil dólares para reparar el honor de la viuda alegre! ¿Que no tenía dinero para los gastos del proceso? Allí estaban ellos, sus amigos, sus admiradores, sus hermanos. Luego todos cobrarían. ¡Mil dólares o más, con los gastos!

Hidalgo y teatral, César Egbert la tendió su mano:

—Héla aquí, Phoebe. Una vez más, solemnemente, ofrézcode mi nombre. El nombre de un *gentleman* que quiere salvaguardar tu honor en esta hora de prueba.

Los otros, conmovidos, se estrujaban los ojos con los dedos.

—*Oh man! What a gentleman!*

Era demasiado dramática la escena. ¿Cómo rehusar? ¡Tan noble César! Y no sólo eso: ¿cómo no lo advirtió antes? Era rubio al lado de ella. Con su cabello negrísimo y chorreado, cayéndole sobre los ojos cuando se agitaba.

—*Yes, darling.*

César tenía amigos en el pueblo, iban de bracete a pasear a Lagunillas de Agua, por la noche. ¡Felices! Él deseaba que todos contemplaran su dicha. Hizo imprimir tarjetitas con orla dorada, en libretines desglosables:

Mr. and Mrs.

CESAR EGBERT CONRAD

Paseaban por las nuevas planchadas. Se detenían a contemplar las nuevas edificaciones, reproducción exacta de las que el fuego consumiera.

—No hace falta que conocieras la otra Lagunillas. Dentro de poco todo estará como si nada hubiese ocurrido.

Lo único que faltaba era la capilla católica. No había quizá quien se acordara de ella. Mucho menos quien gastara su dinero en reconstruirla.

—Mira, Phoebe, aquí recogieron su cadáver.

Entornó los ojos.

—*Poor boy*

Pobre muchacho... Allá estaría, en el Cielo, en las verdes praderas, con su traje azul y su violín. Con dos grandes alas de casimir para volar de nube en nube. Lejos de la Lista Negra.

A los cuatro meses de casada con César, Phoebe dio a luz un niño blanco. ¡Blanco!

—*Terrible!*

PARTE CUARTA

AZUL

I



OMPLACIENTE, el técnico informaba:

—He aquí un aparato que reduce en un notable porcentaje el coste de la producción. Puede suponerse: con los métodos antiguos, cada taladro necesitaba un hombre, por lo menos. Ahora esta *catalina* pone en función, simultáneamente, diez, veinte o más taladros.

Consiste la *catalina* en una gran rueda horizontal accionada por un motor. Esta rueda mueve un dispositivo excéntrico del cual parten, en irradiación perfecta, varias cabillas que van a mover, a su vez, los balancines de los pozos en explotación. Algunas abarcan un radio de una milla. Y esta máquina, para su cuidado, sólo necesita un mecánico. Las compañías lacustres, que por razones técnicas no pueden emplear el mismo método, empiezan a electrificar sus pozos. Estas seguirán empleando a los orientales, hombres de mar, para el trabajo acuático. Pero de todos modos, la innovación rebajará notablemente el contingente humano.

La economía que se obtiene de este modo, sin embargo, queda compensada por otros gastos que impone la necesidad de penetrar a mayores profundidades en la perforación. Los yacimientos se agotan. Los pozos existentes tienen que ser reperforados. Los geólogos anuncian que el buen petróleo está cada vez más abajo y que para llegar a él es preciso atravesar grandes capas geológicas, rocas durísimas, venas de agua a temperaturas diversas y aparentemente caprichosas. Últimamente, alguna de las empresas que operan en el lago ha sobrepasado los tres mil pies. Y ¿sabe lo que ha hallado en su complicada y laboriosa búsqueda? Una hoja de árbol. Una hoja supermilénaria, fosilizada, a mil metros de profundidad en el seno de la tierra y debajo de los cinco metros de agua que tiene el lago en ese sitio. ¡Una hoja espléndida, nítida, encerrada en el corazón de un trozo de roca calcárea! Cosa admirable que sólo ha podido llegar a nuestra vista, gracias a la formidable capacidad de penetración de los modernos berbiquies con punta imantada, capaces de taladrar la pizarra y el granito como si fuesen pedazos de cera.

—Estas cosas —agregó sonriendo el geólogo— harán pensar a quienes le niegan poesía a la industria. Estos ignoran que hay hombres de ciencia, que ganan fortunas, ocupados en cazar mariposas, escarabajos y serpientes, flores y resinas para estudiar en ellos las posibilidades mineralógicas del terreno. Ya no son los días iniciales de la explotación, cuando bastaba dar un golpe sobre el piso para que brotase el chorro de aceite de primera.

Sé que es cruel, hasta cierto punto, lo que estoy diciendo, para los sentimientos humanitarios de la gente de la calle. Pero la verdad no es cuento: el hombre, cuando carece de

conocimientos técnicos, es más bien un enemigo de esta industria y su concurso es suplido ventajosamente por la máquina que reduce al mínimo el riesgo de las equivocaciones y de los descuidos. Una buena máquina bien alimentada, bien ajustada y aceitada, no sabe lo que es el error ni conoce el cansancio ni el sueño.

Acabó de hablar y se alejó encendiendo su pipa. Las noticias eran alarmantes. Una palabra presagiosa florecía en todos los labios: *Crisis*.

Un día corrió la nueva de que algunas compañías eliminaban hasta a sus empleados rubios traídos de Europa y Norteamérica bajo contratos especiales. Reinó por un momento el desconcierto, casi el terror de los naufragios. Las gentes iban por las calles realizando sus bienes para no perderlos todos en la total depreciación que presentían. Casas, tierras, muebles. Zarpaban los buques hacia las rutas del mar, cargados de emigrantes que ya se fatigaban de azotar las calles. El hambre asomó su ceño en los cielos teñidos por el rubor de los mechurrios.

¡La crisis!

Ahora se veían vacías, abandonadas, aquellas casas relucientes de La Rosa, y la maleza invadía los simétricos jardines.

La gente comentaba:

—Es que hay mucho petróleo depositado en Norteamérica. Y no hay mercados.

—Los ingleses están en competencia con los americanos, y los precios han bajado.

—No son los ingleses sino los rusos. ¡Malditos bolcheviques!

—Nada de eso. Es el Japón que está fabricando petróleo sintético con agua de mar.

—Si hubiese otra guerra, todo volvería a su antiguo estado. Volvería a correr el oro.

¡Si hubiese otra guerra! Era el comentario predilecto en los corrillos de las esquinas.

Los hombres en mangas de camisa, con las manos en los bolsillos, hablaban con desencanto.

¡La crisis!

En los escaños del parque: ¡La crisis! En las puertas de los botiquines: ¡La crisis! En el fondo de los vasos de cerveza: ¡La crisis!

Como un tul mojado que arrojara los corazones: La crisis.

Casuchas extramuranas, cuyos cánones rentísticos llegaron a alcanzar sumas fantásticas, iban quedando abandonadas. El abandono las arruinaba en breve. Filas de guaridas, en La Rosa y Ambrosio, donde se hacinara una humanidad sudorosa y estragada, dejaban batir sus puertas y se llenaban de sabandijas. Las orquestas de los casinos ponían notas melancólicas en el fervor de las noches cálidas. ¡La crisis!

Fue descendiendo el diapasón.

—¿Pero, usted cree en la crisis?

La emotividad humana iba buscando el equilibrio perdido. La música de nuevas esperanzas reguló el ritmo de los corazones. Del estruendo discordante de aquellas muchedumbres atolondradas, se pasaba por el tamiz del dolor al reposado compás de una ciudadanía que de pronto descubriase en posesión de cariños y deberes inexplorados. Cariño y deber al pueblo donde corrieron sus ansias, donde quedó un poco de su sangre trasfundida en otras venas. Descongestionados como ahora, tras la revelación de la crisis, era como podían los sentidos descubrir el verdadero valor de la nueva ciudad fundada en horas de ceguera y desenfreno.

Un claro día amanecieron los obreros poniendo piedras sobre piedras. La calma acompasada de sus movimientos, el ritmo de sus espíritus iba dando vida a aquellos cantos. Surgió la forma nítida y preconcebida: una escuela.

—Pero ¿es que hay crisis de veras?

Nunca se pensara en atacar obra semejante en las épocas de derroche y ruido. Todos venían, admirados, a contemplar aquellas paredes sólidas, hechas para durar siglos, aquella elevada techumbre de tejas; aquellos claros recintos, donde el sol penetraba con alegría. ¡Una escuela! En sus salones amplios y ventilados se reunirían los hijos a redimir el pecado de los padres, a echar raíces de verdadera vida.

El día de la inauguración aparecieron los trajes negros. La música sonó distinta. Himnos, discursos, cantos escolares.

—Nada de esto se hizo cuando el chorro.

Las prostitutas que antes invadían todos los barrios, fueron relegadas a zonas especiales de concentración. Una sociedad incipiente, aluvional pero tomada de ciertos prejuicios aristocráticos, fue desalojando las malas costumbres de las arterias centrales. El pueblo, la antigua aldea minera, iba adquiriendo cierta fisonomía citadina y convencionalista, jerarquizándose en sus elementos de pro. Y estos elementos eran en su mayoría gentes de actividades ajenas a la explotación del hidrocarburo.

Volvió la parroquia a tener cura y éste almas que curar. Hastiadas de las caricias fáciles, del amor mercenario, las almas varoniles buscaban equilibrio en la válvula del matrimonio. Fue frecuente entonces el ingenuo espectáculo de los cortejos nupciales bajo las estrellas. Vino una compañía de ópera que representó *Rigoletto* y hubo quien se vistiera de frac para oír a los cantantes.

Pero quedaba el platonismo reverencial, la admiración por el *musiú*. En este sentido las recepciones de los extranjeros fueron el *tour de force* para la aristocracia criolla. Allí el bodeguero adinerado, el doctorcito mestizo, el agente de gramolas y el antiguo peón que supo conservar su oro, recibieron el espaldarazo soslayado del blanqueamiento ultramarino. Las morenas matronas de ojazos negros se encogieron regocijadamente bajo la luz terrible de las bujías eléctricas, disfrutando la ácida sensación de su paralelo con las deslumbradoras madamas rubias. Y los nativos endomingados se hartaron de *whiskey and ginger-ale*, celebrando hasta desternillarse los chistes en inglés.

—Ese míster ¡qué gracioso! No le comprendo bien, pero la manera de decirlo...

Y las mujeres:

—¡Qué bien aquella madama sin medias!

—¡Admirable! ¡Admirable! ¡Qué amables! ¿No?

Hubo un mitin.

—Tenemos que hacer algo para retribuir tanta amabilidad. Pero ¿cómo? Si en el pueblo las únicas casas presentables son las de ellos.

—Fundemos un club.

—Cierto, un club; pero hay que fabricar la casa.

—Fabriquémosla.

Para comenzar se suprimieron las medias del tocado femenino. Las carnes morenas se doraron bajo el crudo sol. Los finos dedos de uñas esmaltadas oprimieron el cigarrillo rubio. El clásico recato —o la clásica gazmoñería— de la criolla para el placer del humo desapareció. Con entusiasmo extraordinario se dio comienzo a la construcción del edificio para el club.

—¡Un baile, un baile para inaugurarlo!

«*Míster and mistress*; tenemos el honor»...

La imprevista accesibilidad del elemento nórdico prendió en el espíritu nativo un nuevo estímulo: el deporte. Sin embargo, la criolla no tuvo bastante fuerza de voluntad para

seguir a la extranjera a la cancha de *tennis* después de los ayunos a que se sometió para guardar la línea. Conformóse con batir palmas en el estadio.

Con doloroso entusiasmo devoraban las soñadoras pupilas negras la traza elástica de los cuerpos rubios, tensos de músculos y de voluntad. Los seguían al cruzar las calles asfaltadas. Aquel dolor de las pupilas elevaba retorcidas resonancias espirituales.

—Allí van las madamas que nos presentaron anoche. Parece que no nos han reconocido.

Pero ni la función del club, ni el melifluo saludo de los maridos en la calle, ni las tarjeticas adulatoras, ni los dulces de hicacos pudieron romper el hielo y franquear el paraíso de la intimidad. Pudieron regocijarse hablando de los clubs exclusivistas y de algunas otras conquistas protocolares. Pero nunca de una invitación privada, de hogareño calor.

—¿Cómo serán por dentro las casas de los *musiúes*?

Alguno que otro *driller* rudo llegó a matrimonear con una pollita indígena, pero luego quedaba relegado al colofón *native*. Uno de ellos, que después de largo período de amores desposó a una linda montañesa, confesaba brutalmente:

—Me gustó. El matrimonio es un recurso cómodo para conseguir la mujer que a uno le gusta y el divorcio es el aspecto más práctico del matrimonio. Con este matrimonio, además, he molestado un poco a los idiotas que nunca han podido perdonarme por completo el que sea hijo de una mexicana.

Este hombre iba al matrimonio a los cuarenta años, después de una juventud borrascosa, de tabernas y prostíbulos. La niña se mostraba encantada y su familia comenzó a darse humos de importante. Después de la boda, el marido la llevó a un *bungalow* de pino, en el campo de los extranjeros. Allí encontró la esposa una cocina eléctrica, un refrigerador, un radio y cuatro butacas de resortes. A los lados había otros *bungalows* idénticos. Ángela formaba proyectos de conquista apuntados a la amistad de sus vecinas.

—Tienes que presentarme a tus paisanos —le decía colgándose de su cuello.

—*All right* —respondía él, descolgándose.

Pero no lo hacía. Pronto se dio cuenta ella de que él mismo no los visitaba. Cuando fue a ver a su madre, ésta no pudo excusar su alarma:

—¡Niña! ¡Qué demacrada estás!

Ángela hizo esfuerzos para sonreír.

—¿Qué te pasa? Cuéntame —insistió la madre.

—Nada, mamá, estoy bien.

E hizo unos pucheros muy monos.

—¡Mentira, mentira! Tienes algo. Hasta tu visita, a esta hora, me lo prueba.

Cayó en sus brazos, sofocada por el llanto. La madre se sintió oprimida.

—Ya te decía que lo pensaras mucho. Cuéntame, ¿qué te pasa?

—Nada en concreto, mamá, pero sufro. Jorge nada me niega, pero todo me falta. Ustedes, sobre todo.

La madre guardó silencio. Luego, resignada:

—Pues, hija: eso no tiene remedio. Ahora es tarde para verlo. El matrimonio es cosa seria; para toda la vida. Tienes que acostumbrarte.

Reprochó Ángela.

—Y ustedes ¿por qué no van a verme? Tú, siquiera...

—No quería decirte nada, pero ya que me preguntas... Había hecho el propósito de no volver a visitarte, por lo menos mientras estés viviendo allí.

—¿Cómo! Pero ¿por qué?

—Por nada, hija. Yo qué sé... No me gusta. Entra una como una ladrona. Los porteros...

—¿Los *guachimanes*?

—Esos hombres que están en las puertas del campo. No sé cómo les dicen. Miran a una de cierto modo, le preguntan tales cosas que, francamente... Hasta las negras sirvientas, se ponen a cuchichearse en su lengua y a sonreír. Eso sí que no; de mí no se ha reído nadie hasta hoy, y ya estoy vieja para eso.

Ángela humillaba la mirada. Replicó sin convicción.

—¡Jesús, mamá! Ideas tuyas.

Pero la madre, vehemente:

—Y si son ideas mías, ¿de qué te quejas tú?

Como guardaba silencio la apremió:

—Contéstame: ¿de qué te quejas?

No pudo menos de admitir:

—Es cierto, mamá, es cierto. Estoy muy sola. Me parece que estoy en otro mundo. A veces siento calor y quiero salir al patio, pero no me atrevo porque siempre están ellas allí. Jorge, además, ha cambiado de carácter. Lo noto... no sé: cambiado.

—¿Te maltrata?

—No, no es eso. ¿Cómo diré? Parece agriado de algo, incomodado. Me contesta en un tono áspero y ya no es tan cariñoso como cuando me enamoraba.

—Cuando te enamoraba —suspiró la madre—. Francamente, nunca supe cómo eran esos amores. Esos abrazos, esos apretujones, esos besos delante de todo el mundo.

—¡Mamá!

—Sí, sí; ya sé que eso es lo moderno. Así me decían tú y tus hermanos. Lo demás hipocresía. En cambio, recuerda como te pretendió Emilio, en nuestro pueblo. Y no porque fuera menos hombre: ¿recuerdas que una vez me llegaste toda encendida a decirme que Emilio te había dado un beso?

—¡Por Dios, mamá! ¡Recordar eso ahora!

—Recordarlo, sí. ¿Sabes tú acaso cuáles viejos amores estará recordando tu marido? Casada con Emilio, tus hermanos no podrían, es cierto, llenarse la boca hablando de su cuñado *musiú*, pero tú no tendrías que estar pagando esa vanidad.

—Ay —deploraba Ángela—. Yo que venía a buscar consuelo aquí.

Pero su madre se había transfigurado.

—Y haces bien: ¿dónde más irías a buscarlo? Pero, hija, aunque te arda, permíteme que me desahogue un poco. Yo también necesito este consuelo.

Días después la escena era más álgida. Ángela llegaba deshecha, lívida:

—Nos vamos para Lagunillas.

—¿Para Lagunillas?

La madre quedó pávida. El hermano, presente, terció con displicencia.

—¿De veras? ¿Cómo así?

—Han trasladado a Jorge.

La madre se mostraba abatida.

—¡Dios mío! ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué voy a hacer yo sino seguirle?

—Ya lo creo —dijo el hermano—. Y no me explico por qué lo toman así. Las casas de los extranjeros son allá tan confortables como aquí. El mismo clima, el mismo vecindario chico.

—Sí —retrucó Ángela—, y la misma soledad.

—¿Soledad?

—El mismo abandono. Ni el recurso siquiera de venirme para acá a pasar el día. Jorge trabajando y yo solita, sin una amiga a quien hablarle.

El hermano se marchó irritado. En la frente de la madre, una arruga profunda. Una saeta de dolor.

II



OLVÍA el Padre Nectario. Después de veinte años, volvía. En el malecón, un grupo de nativos le esperaba. Casiano presidía la recepción. Ya no estaba allí su asistente con el burro del diestro. Ni se disparaban cohetes. Ni tocaba la orquesta. En lugar de todo esto, un palpitar de motores y la vocinglería estridente de los automóviles. No llegó la *Linda*, cuya silueta balanceara en otro tiempo su gentileza de ave sobre las ondas grises, sino un vaporcito negro, abigarrado, pleno de gentes brutales. La figura negra del cura destacábase en la barahúnda de los pasajeros que se defendían del asalto de los faquines del muelle. Joaquín, el yerno de Casiano, sostuvo su corpulencia para que no cayera.

—Estoy mareado —confesó el levita.

Casiano lo observaba:

—¡Qué viejo estáis, Nectario!

Y después le presentaba a las muchachas:

—Mirá: éstas son las hijas de Carlina.

—¡Tus nietas! ¿Aquellas que todavía mamaban la última vez que las vi?

—Las mismas: ésta es Sila. Esta otra, Electa.

Las muchachas besaron su mano con sonrisa irónica. Era recomendación expresa del abuelo.

—Vean cómo se portan con el cura, si quieren estar de buenas conmigo.

El Padre Nectario limpiaba sus cristales con un trocito de gamuza.

—Y vos, Casiano, también estáis gastado. No tanto como yo, pero lo estáis.

—Los trabajos. Hemos sufrido mucho. No te imagináis.

—¿Que no me lo imagino? ¿Qué creéis que he hecho yo en estos veinte años? Esas andanzas por Santa Bárbara del Zulia, por Encontrados, por San Carlos, han acabado conmigo. Gracias a la Virgen que al fin Monseñor me ha mandado para acá. Ojalá me deje enterrar estos pobres huesos aquí, junto a mi gente...

—Junto a tu gente... Quizá no tanto. El cementerio viejo está clausurado. Ahora han hecho otro.

—Será mucha la gente que ha muerto aquí en todo este tiempo.

—Imagináte.

Quedaron pensativos, uno frente al otro, humillados por un peso terrible. El peso del pasado. Pero allí estaban las muchachas riendo y charlando, y los dos viejos tuvieron que despertar. El cura se admiraba ingenuamente. Ya no era éste el desembarcadero de cañas que crujía bajo sus pies. El ajetreo actual, el tráfico de cargas y viajeros no recordaba en forma alguna la antigua quietud del lugar sembrado de cocoteros, abastillado de eneas y sobresaltado por el vuelo violento de los patos silvestres.

—¡Y esto es lo que fue La Playa...! ¿Cómo la llaman ahora, Casiano?

—¿Cómo? Pues nosotros, los hijos del pueblo, seguimos llamándola lo mismo: La

Playa; más allá, La Plaza... Pero los forasteros dicen: el muelle municipal, para diferenciarlo de los otros, del muelle del mercado y de los de las compañías.

Cuando dejaron el malecón para enfilear la avenida, los asaltaron los choferes:

—¿Vamos a hacerle la carrerita, padre?

—Venga, mayor: mi carro es mejor que ése.

Casiano le preguntó, solícito:

—¿Queréis ir en automóvil?

No lo quería. Su deseo era volver a ver todo aquello que le rodeaba, calmosamente, para revivir sus emociones en el recuerdo visual. Siguieron andando. Las cansadas pupilas del levita, contraídas con esfuerzo tras los gruesos cristales, se posaban furtivamente en los amarillentos árboles, en la residuaria verdura relegada a un secundario término pero resistida a morir. Y era como si tratara de identificar cada copa, cada rama, cada hoja.

—Dios mío, ¡qué de cosas! ¡Qué gentío! ¡Qué ruido!

Las muchachas iban junto a él, risueñas. Y comentaban:

—Ah, pues esto es nada, padre. Hubiera venido dos años antes. Todavía era Cabimas.

—¡Cómo! ¿No había estas cosas hace dos años?

Ellas soltaron el chorro de la risa. Pero la mirada severa del abuelo restañó aquel chorro.

—No, Nectario: éstas no saben a qué Cabimas te refieres tú. No lo conocieron. Hablan de la época ruidosa, de la que llaman época del oro.

—Luego, ¿esto que veo ahora es menos de lo que fue?

—¡Puh! —hizo Sila.

—¡Dígame! —corroboró Electa—. Ni su sombra. Aquí hay ahora casas de familia y hasta las hay vacías. Hace dos años esta calle metía miedo.

La regañó Joaquín, su padre:

—¡Calláte! Habláis más que una cotorrera.

Y Casiano:

—Hablan demasiado. No se parecen a las muchachas de otro tiempo.

—Ni Dios lo quiera —sopló Sila al oído de su hermana.

Pero el sacerdote, que las oía complacido, las alentaba:

—Dejálas estar, hombre. Sigue, mijita, sigue.

—Pues eso, eso que dice Electa. Esta calle no se entendía. Eran garajes, botiquines, fondas y negocios de todas clases. ¿Y la calle principal? ¿Y la plaza? Por la plaza, padre, había momentos en que no se podía pasar.

—Es verdad —admitió Joaquín—, a mí mismo me daba miedo.

—Pero, ¿por qué?

Volvían las niñas a reír de la candidez del cura.

—¿Por qué? Explicále vos, Sila.

—Sí, yo se lo explico, padre. En esa época había cuatro o cinco veces más gente que ahora. ¿Comprende? Esta calle y la plaza estaban siempre repletas y oía usted hablar en chino, en inglés, en alemán. ¿Se cree que hace dos años podíamos ir tan tranquilos por aquí? ¡Qué va! Cada empujón, cada palabrota paraban el pelo. Además...

—¿Qué más?

—Que todas estas casas estaban llenas de mujeres malas.

—¡Niña!

Para disimular su confusión el Padre Nectario se detuvo a mirar un edificio de tablas y zinc.

—Aquí, en esta esquina, estaba la comadre Chinca. ¿No?

—¿La comadre qué? —inquirió Electa.

—Chinca Ríos —explicó Casiano—. Ustedes no la alcanzaron. Sí, Nectario: aquí era. Atravesaron la plaza para llegar al templo. Nuevos asombros.

—Ah, pero la plaza tiene enlozados.

—¿No lo sabía?

—¡Qué iba a saber yo! Metido en esa costa matando plaga.

—Pues no sólo enlozados, vea: tiene su estatua y su luz eléctrica.

Apuntó Joaquín:

—Fíjese en la jefatura: ahora tiene tejas. Ya no es la casita de enea de cuando mandábamos nosotros.

—Es verdad. ¿Y la iglesia?

Casiano bamboleaba la cabeza gravemente.

—Es lo único que sigue como antes. Parece mentira... Pero vamos a dejarlo así. No se debe hablar mal de los curas; sin embargo ese español que tuvimos hace dos años...

—Psss —cortó Nectario con un dedo en los labios.

Limpió de nuevo sus cristales, agregando:

—El obispo sabe lo que hace. No estamos autorizados para criticarlo. ¿Qué somos nosotros para eso?

Habían llegado a la capilla. Tanto en el atrio como dentro de la casa cural había gentes esperándoles. Eran viejos nativos que venían a dar la bienvenida al ilustre hijo de la tierra.

—¡Nectario! ¡Qué cambiado estáis, muchacho!

Algunos de ellos le habían cargado en sus rodillas, le habían seguido paso a paso en su sagrada vocación desde el remoto domingo en que por primera vez vistió la desvaída sotanuela de acólito.

—¡Nectario! ¡Qué cambiado estáis!

Iba abrazando los rugosos cuerpos, duros, en su mayoría, como troncos. Y les gastaba chanzas.

—¡Ricardo! Todavía dais guerra, cristiano. Vos tenéis más de ochenta años.

Espuma de vino clásico, fluían las bromas predilectas de la aldea, donde los años vividos son trofeos inestimables.

—No embroméis la paciencia: viejo vos, Nectario. ¿No te acordáis que cuando venías a decir misa yo era todavía un muchacho de *catrecismo*?

Un júbilo ingenuo caldeaba el frío y penumbroso ambiente de la sacristía, en cuyos anaqueles luchaba la polilla con el ancestro aldeano. Allí, en los cuatro libracos carcomidos, repetíanse generación tras generación los mismos nombres, extravagantes pero peculiarísimos: Alcibíades, Rudecindo, Lúcido, Cromático. Hasta un momento dado en que todo, cualitativa y cuantitativamente, cambiaba: el color del papel protocolar, el volumen de los libros, los nombres de los parroquianos.

Para calar toda la hondura del drama de su tierra, hubiérale bastado al Padre Nectario hojear aquellos libros. En ellos hallaría la pauta de la desgarradora sinfonía que iban ejecutando afuera, en ese mismo instante, los choferes de los automóviles, los constructores de edificios, los perforadores de pozos de petróleo, los cómicos, los boxeadores, los mil y un charlatanes de todas pintas que colmaban el pueblo.

—¡Virgen Santa! ¡Cómo ha cambiado esto!

—Como del cielo a la tierra —afirmó Ricardo, el octogenario.

En homenaje a la emoción del cura guardaron un instante de silencio. Alguien dijo

luego:

—Parece, sin embargo, que esto vuelve a su ser.

Pasaron al recinto del templo. El Padre Nectario limpiaba con frecuencia sus quevedos. Los necesitaba diáfanos para contemplar los sagrados ornamentos, los cuadros, los escaños, las imágenes que ya conocía pero que su corazón soñaba ir reconstruyendo. Avanzaba en silencio y en pos suyo iba el grupo de feligreses. Se detuvo delante de una hornacina donde reposaba, de pie y llorosa, la imagen de la Virgen.

—La patrona...

Quedó en éxtasis. Sus labios se estremecían en silencio y a su espalda los corazones palpitaban. Cuando se alejó de allí, después de persignarse, Casiano murmuró a su lado:

—Todo está lo mismo. ¿Ves? No le han hecho una gracia...

El cuerpo del levita sufrió un sacudimiento. Regresaba de un sueño hipnótico.

—Y ¿qué queréis? ¿Para qué más? Todo, todo está igual. ¡Gracias a Dios!

Hubo otra pausa tensa. Y luego:

—Es lo que necesitamos, Casiano. Que todo aquí esté igual.

Fueron después a algunas casas íntimas. Tenía buena memoria el cura. Pedía noticias de los viejos conocidos, de Celesta, la que fabricaba aquel pan tan blanco. Y Casiano le informaba con prolijidad.

—Todavía dura la vieja. Una de las hijas, Albertina, se casó con un ritero y se quedaron viviendo en la casa... Fue una historia que dio mucho que hablar. Imagínate que después va y sale la otra embarazada y todo el mundo dice que el muchacho es del cuñado.

—¿Y el tocayo Nectario Nava, aquel de las esteras?

—¡Jesús! Ese murió qué de años.

—¿Y tus otros hijos, Casiano? ¿Qué hacen?

Juvencio había muerto. Yayito casó y fabricó hijos.

—¡Cuántas cosas, cuántas cosas y nosotros vivos todavía!

—Y sufriendo nuevas mortificaciones diariamente. Ahora son las nietas, estas muchachas. Muy buenecitas, muy trabajadoras, las pobres, pero la han cogido por andar en el cinematógrafo y en ese fulano estadio de pelota con un grupo de compinchitas, todas forasteras. Y lo peor no es eso, lo peor es que se han enamorado de dos forasteros también...

El Padre miró a Casiano y, sonriendo, le puso una mano en el hombro:

—Y ¿vos qué queréis? ¿Que no se te enamoren?

—No —resolló—, no es eso; pero que se casen con gente de aquí. Hoy las engatusan esos hombres y mañana se van y me las dejan desacreditadas. No tenéis idea de lo que es esto, ahora, aquí en Cabimas. Hombres y mujeres están perdidos: se besan y apurruñan en todas partes, delante de todo el mundo. Yo no he sorprendido todavía a mis nietas, y quiera Dios que nunca las sorprenda en eso...

—Pero, bien; si esos sujetos traen buenas intenciones...

—Y ¿quién puede adivinarlo?

—Adivinarlo no, comprenderlo. Peor sería otra cosa. Que se las lleven, pero honradas.

El levita quedó meditabundo y agregó:

—A nosotros, Casiano, lo que nos embroma es el egoísmo. No queremos que lo nuestro vaya a otras manos. Juzgamos ciertas cosas de índole moral —como el corazón de nuestros hijos, por ejemplo, y el derecho de ciudadanía— como algo estrictamente personal, como propiedad privada que podemos negociar a nuestro arbitrio y negarlo o concederlo a quien nos haga sangre. Gran fracaso pensar así. Aquí tienes el resultado: los forasteros hechos

dueños de todo y los hijos del pueblo arrinconados, apartados de la vida.

—Y ¿qué queréis? Es nuestro modo.

—Nuestro modo... Ojalá nuestros hijos sean de otro modo.

Habían llegado a la casa de Casiano. Carlina, la hija de éste y madre de las muchachas, besó la mano al cura, excusándose:

—Perdóneme, padre, que no fuera a recibirlo al muelle. Pero yo soy aquí la del todo. Mamá está tan achacosa que ya casi no ve.

Adentro oyóse la cascada voz de la esposa de Casiano:

—¿Ya están ahí, Carlina?

—Sí, mamá.

—Decíles que ya voy para allá.

Arrastrando los pies y sostenida por Joaquín y Sila, entró después. El Padre Nectario fue a abrazarla.

—Gracias a Dios, hijo —gemía la anciana enjugándose los ojos—. Siempre tenemos alguna alegría entre tantas amarguras. ¿Te quedáis aquí, Nectario?

—Sí, Zulema. Me han nombrado párroco de ustedes.

—Gracias a Dios, mijito. Hace años que no voy a la iglesia, ni siquiera me asomo a la puerta de la calle. Pero alegra saber que tenemos un hijo del pueblo en el altar. Gracias al Señor.

Sentáronse en la sala a reposar. Todos habían rodeado al sacerdote y le miraban, pendientes de sus palabras. Habló de sus andanzas de doctor de almas y de su pobreza. No poseía más que la sotana, pero no se arrepentía de su vida. Había hecho mucho bien.

—Sin embargo —le observó Casiano—, pensar en las necesidades propias no es pecado. Ahora que estáis aquí, en tu tierra, es bueno que procuréis economizar algo para el caso de un apuro. No se debe vivir tan al día.

Las niñas, en tanto, se mostraban inquietas y el cura lo notó:

—Y a ustedes, muchachitas, ¿qué les pasa? ¿Quieren irse?

Por compromiso se excusaban ellas:

—No, no es eso...

Pero él había aprendido mucho.

—Sí, hombre, ¡cómo no! ¿Para dónde van ahora?

—Casa de unas amigas, en La Punta.

—¿La Punta de Icotea?

Salieron sin advertir su repentina gravedad. El recuerdo le golpeaba súbito. ¡La Punta de Icotea, origen de todas sus vicisitudes y amarguras! A raíz de aquel asunto de las tierras que tan cándidamente pusieran en manos de Joseíto Ubert, hacía veinte años, comenzó el periplo de su vida, de aldea en aldea, como cura rural. Cura rural, él que estuvo abocado a una prebenda, quizá a una protonotaría. ¡Veinte años de castigo! El fracaso de sus ambiciones, de sus ilusiones. Joseíto Ubert le había deshecho la carrera pero le había proporcionado la seráfica gloria de los bienaventurados.

Casiano dijo:

—Si vieras cómo está La Punta, Nectario: no es ni su sombra.

—¿Verla? ¿Para qué? Limpió una vez más el cristal de los quevedos y se quejó con un gesto del rigor del sol que le ponía los ojos húmedos. Por política inquirió:

—¿Tumbaron las matas?

—Casi todas, menos los cocales. Pero a los cocos les han pintado el tronco con carburo, no sé para qué. Hay edificios y máquinas por donde quiera y para visitarla hay que

pedir permiso.

El padre había quedado con los lentes en la mano. Veinte años llorando su Jerusalem, noche tras noche, a través de los pueblitos palúdicos de la costa lacustre. Veinte años edificando almas de negros, oleando cuerpos revolcados en petróleo, sufriendo cotidianamente en sus oídos el impacto de aquella palabra odiosa, Mene, que parecía haber enloquecido al universo. Mientras tanto, el charlatán embaucador que se decía socio de la Virgen para extraerle al aldeano sus ahorros, y nieto de Ursula Castro para sorprender la ingenuidad del pueblo, vivía en Europa vida de millonario. Un gran suspiro le hinchó el pecho y su mano gordezuela descansó en el hombro de Casiano:

—Sí, me imagino como estará eso. Todo cambiado. Pero lo que no debe cambiar es la iglesia. ¿Me comprendes? Siempre igual y siempre nosotros en ella.

III



HACER el trayecto de Lagunillas a Cabimas en una hora, con la carretera empantanada, constituye una hazaña. Ángela realizó esa hazaña.

Cuando abrió la portezuela del *roadster* y descendió de él, estaba deshecha. Sucia de barro hasta el sombrero. Sin embargo, tuvo fuerzas para correr hasta la cocina dando gritos:

—¡Mamá! ¡Mamá!

En la cocina encontró a su madre con el recetario en la mano, instruyendo a la criada. Se colgó de su cuello.

—¡Mamá!

—Ángela, ¿viniste sola?

Y al mirar su estado:

—¿Qué te pasa, niña?

Pero Ángela buscaba resuello con gesto ansioso y oprimido. No podía hablar.

—Ven, ven a mi cuarto.

La arrastró la madre. Y ya en la alcoba, con el sombrero puesto aún, se arrojó en la cama hundiendo el rostro en las almohadas, sacudida de espasmos.

Hubo que alzarla por fuerza.

—¡Niña! ¡Niña! ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

Gemía:

—¡Horrible, mamá, horrible!

—Pero ¿qué? Dime, sosiégate.

Se enderezó violentamente y clavó en el rostro de su madre la mirada de sus pupilas locas.

—Jorge... me ha echado.

La anciana vibró con ella:

—¿Qué dices?

—Que me ha echado. Que se va para su tierra. Terminó su contrato y se va para su tierra. Me ha dicho que después me mandará buscar, pero tú comprenderás que eso no es cierto, que no son más que evasivas. ¡Y en mi estado!

El común espanto les anudaba de silencio las gargantas. La madre hinchó su viejo pecho y suspiró:

—Pero, Ángela, ¿no habrás procedido con ligereza? ¿Por qué te viniste sola?

—¿Por qué? ¿Y qué seguía haciendo allá? Dime tú: ¿no ha sido bastante sufrimiento

vivir como he vivido? ¡Sola! ¡Sola! ¡Dios mío!

Se puso frenética.

—¡Aquellas noches! ¡Aquellas noches con un hombre que no me quiere ni me ha querido nunca! No puedes imaginarte. ¡Sí, me vine sola! Antes debí venirme, mamá.

Calló. La madre, con su mano enharinada, contenía los latidos de su corazón. Ángela sacóse el sombrero con desaliento y quedó mirando sus zapatillas empolvadas. Se oía el chisporroteo de la sartén en la cocina y en la calle un pregón: «¡Heladero! ¡Heladero»!

Después de un rato inquirió:

—¿Puedo quedarme entonces?

—Claro —respondió su madre— pero veamos qué dirá tu hermano. Ya sabes como es Alberto.

Esta reserva la encrespó de nuevo:

—Sí, ya sé como es Alberto. Pero te advierto que no volveré con Jorge, por nada de este mundo. ¡Alberto...! Alberto es el culpable de lo que me pasa. No puede oponerse a que me quede.

Su madre no replicaba. Era cierto cuanto Ángela decía. Alberto, su hijo mayor, lo sacrificaría todo a su vanidad y a su interés. Su idolatría por el extranjero rubio influyó decisivamente en el desgraciado matrimonio de la hermana. Ahora quedaba la infeliz en la más triste situación de una mujer: separada del marido y encinta. Una catástrofe.

Joven, bella, inteligente, hela aquí fracasada en plena hora de vivir. En la hora de las ilusiones de amor, hundida en vergüenza y desencanto. De ahora en lo adelante sería una sombra esquiva condenada a deslizarse en los entretelones. Ella que llenó el estrecho círculo de su sociedad con el fragante encanto de su juventud y su alegría, tendría que buscar la sombra y la soledad.

El hermano llegó después, ajetreadísimo. Era hombre de negocios. Cuando oyó la novedad se puso pálido de indignación.

—¿Y has tenido valor? ¿No te ha dado vergüenza? Y esa cabeza, esa cabeza ¿para qué te sirve?

Gritaba, golpeando casi la cabeza de su hermana. Fue y vino por la casa tirando las cosas en tanto que las dos mujeres guardaban silencio. Luego se detuvo, brutal.

—¡Estúpida! Tendrás que volver con tu marido. ¡Vamos, lárgate!

Entonces Ángela se irguió.

—Eso sí que no. Nunca volveré con él.

—¿Qué no? Pues aquí no te quedas. Bella película ¿no? Y antojársete ahora, dos días antes del baile del club.

Pálida, su hermana le miró con fijeza extraordinaria. Sus pupilas rutilaban en las cuencas labradas. Esperó a que callara para decir:

—¿De modo que no puedo quedarme?

—¡No!

—Me iré entonces.

—¡Te irás! ¡Te irás! No sé para dónde diablos vas a irte. Necia, arréglate ya, que iré contigo a Lagunillas y convenceré a Jorge para que te lleve.

—¡Que no! —gritó Ángela—. ¿No oyes que te digo que no?

Entonces intervino la madre:

—Ella no volverá con ese hombre. Alberto. Es inútil.

—¡Ah! De modo que eres tú quien la aconseja. Ya se me ponía. Desde un principio te has estado atravesando en este asunto. Bueno, que haga lo que quiera, pero aquí no se queda.

—Ni yo tampoco —afirmó la madre.

—Te vas con ella, ¿no?

—Me voy con ella, sí. Quédate con tu club y tus *musiúes*.

Y en un tono incisivo, preñado de amargura:

—Lo que me extraña es que no hayas podido tú mismo casarte con una extranjera, en vez de empeñarte en casar a los demás.

Alberto quedó inmóvil, con los ojos cuajados de asombro. Sorprendido en su más recóndito secreto. La madre había adivinado cuanto ocurría en su corazón, y puesta en la alternativa de defender a su hija arrostraba la reacción del hijo.

—¿Vas a decir que no has pensado en eso? —insistía desafiadora—. ¿Por qué no lo has hecho?

Quedó desarmado y humillado. Soslayó el apremio:

—No se trata de mí ahora, sino de ella. Y es ella quien ha dado motivos...

—¡Mentira! ¡Mentira! Tú sabes que es mentira. Ese hombre se casó con ella porque tú se la metiste por los ojos. Bien sabes que no se querían. Sin embargo, Ángela se hubiera resignado a todo si hubiera hallado estimación en él, si hubiera visto una probabilidad de hacerse querer más adelante. Pero esa probabilidad no existe porque ese Jorge está arrepentido, avergonzado de ella.

Alberto se engalló de nuevo:

—No lo creo. Aquí tenemos muchos ejemplos de extranjeros que viven con mujeres criollas, que tienen hijos y los llevan a todas partes.

—Sí —replicó la madre con sarcasmo—, a todas partes, menos a las casas de sus compatriotas, y muchos menos a su país. Podrías decir también que muchos de ellos andan borrachos por esas calles con vagabundas de las más sucias, y que ese mismo Jorge, antes de visitar nuestra casa, pasó muchas veces por encima de nosotros con sus concubinas.

El mozo dio un portazo y salió. Decididamente, la familia es un trastorno. El ideal del hombre —pensaba— es no tener familia. En el fondo de su conciencia se clavaba aquella certera saeta de su madre: ¿Había, en efecto, llegado a acariciar la idea de casarse con una rubia *musiúa*? Sí, lo había rumiado en secreto, en el sellado secreto donde toman cuerpo las quimeras ridículas. A esto lo llamaba él «su ambición». Al verificarse el matrimonio de su hermana con Jorge Klass, ingeniero constructor, pensó que había dado un paso decisivo en su propio camino hacia los *bungalows* herméticos. Ahora constataba que aquel había sido un paso en falso.

Muchas otras ideas se aglomeraban en su mente y allí roían como ratones. Ese Klass, en efecto, había sido un libertino. No mentía su madre. El mismo llegó a verle pasear las calles, a plena luz del sol, borracho como un marinero con una prostituta del casino. Algo —mucho— del pigmento tropical había en su hibridismo. Era, pues, un trepador dentro de su propio círculo social. No tuvo amor, no tuvo carácter para imponerse a la fuerza centrífuga de aquel ambiente exclusivista, ni para abandonarlo con la mujer elegida como tantos otros lo hicieran con sus concubinas.

Alberto no tuvo más remedio que admitir los hechos consumados. Ángela quedó en su casa y él hizo esfuerzos por olvidar el enojoso asunto. Gozó mucho en el baile del club aunque se vio turbado a ratos por algunas tendenciosas preguntas de sus amigos: «¿Cómo va el asunto de Ángela?» «Bueno, ¿se va o se queda?» Llegó a notar la ironía de aquellas palabras. Cosa embarazosa que él trataba de barajar fingiendo aplomo y despreocupación: «¿Era acaso la primera vez que un marido va de viaje sin la compañía de su mujer?»

—El estado de ella no le permite viajar... Ustedes no dejarán de comprender... Es peligroso.

—Sí, sí.

Todos comprendían. Pero todos sonreían con reticencia. El whisky había soltado la lengua a un perforador bastante bruto que montaba sus grandes zapatos sobre las mesas del club, y balbucía:

—Yo saber... yo saber que Jorge Klass dejando su esposa y un *baby* en Kansas City. *Oh! That George is a nice boy.*

La noticia de esta revelación no llegó a oídos de Alberto hasta el siguiente día, ya bastante deformada. Cuando la supo tronó la casa:

—¡Eso sería el acabóse!

Después de los decisivos acontecimientos ocurridos en su vida, Ángela había sufrido una metamorfosis física y espiritual. Adelgazó notablemente. Su figura jugosa y carnal se notaba alargada y estilizada. Su alegre voz de cascabeles cálidos, adquiría una grave, profunda entonación. Su tez se tornaba blanca, mate, con sugestivas matizaciones hacia la cuenca de los ojos, alrededor de los labios y en el cuello. Sus manos vivaces se afilaban y languidecían.

Ocurría que cerca de su casa habitaba una pareja irregular, formada por un alemán y una nativa, fea ella, treintona. Tenían cuatro niños rubios, traviesos, y todas las tardes salían a pasear en su gran Buick destartado. De pronto sintió Ángela una gran curiosidad por la vida de aquella familia cuya existencia miró antes con desdén. Por las tardes, de cuatro a cinco, iba a la ventana y alzaba una punta del visillo para verles pasar. Su seno, que comenzaba a redondear una efusiva turgencia, hinchábase al escuchar las risas de los chicos y los coscorriones primitivos de la madre y las guturales interjecciones del alemán. Y reflexionaba:

«¿Tendría yo valor bastante para salir con mi niño, como ellos? ¿Cuál será la condición social de mi hijo? ¿Legítimo? ¿Bastardo? Si Jorge se ha casado antes en su país, ¿soy yo algo más que su concubina?»

No pensara antes en ninguna de las tonterías que ahora la asaltaban con frecuencia: el crepúsculo, la vida humilde, el dolor ajeno... El misterioso palpitar de sus entrañas acuciaba su imaginación. Y la llevaba a plantearse problemas enloquecedores...

Otra tarde su hermano la acorraló en su habitación, en presencia de la madre.

—He recibido carta de Jorge. Está fechada en Nueva York.

Ángela pestañeó, estremecida. Preguntó su madre:

—¿Qué dice?

—Lo que se esperaba. Léela... Ni una palabra sobre los rumores de su doble matrimonio. Ni afirma ni niega. Pero informa que está dispuesto a divorciarse y que acepta nuestras condiciones.

—¡Jesús!

Las manos de la madre temblaron como hojas. Ángela estaba pálida hasta la transparencia.

—¡Divorciarse!

—No hay otra solución —afirmó Alberto—. Y me parece lo mejor que podría ocurrir. El divorcio dará que hablar pero la anulación por bigamia... figúrense.

—Ángela, ruborosa:

—¿Y el niño? ¿Y el nombre del niño?

—El de su padre.

La madre, dudando y con ansiedad:

—Pero, siendo su padre... casado por allá, ¿puede el niño llevar su apellido?

Alberto reflexionó. Luego, violento:
—No sé, no sé de esas cosas. Consultare a un abogado.
Le atajó la madre:
—¡Dios mío! ¿Más consultas, Alberto? ¿Más gente que se imponga de estas cosas?
—Bueno, pues, que busque otro con quien casarse antes de dar a luz... Pero tampoco sé si la ley lo permite. De todos modos hay que consultarlo.
Ángela:
—¡Casarme con otro!... ¿Estás loco?
La madre:
—Ni pensarlo...
Y Alberto aullando:
—Entonces, ¡que se mate!
Dos días después la hallaron desangrada en el baño.
—No imaginaba que pudiera hacerlo —balbucía el hermano—. Ni por un momento llegué a sospechar tal cosa.
Sus labios temblaban de terror. La madre le fulminó con una mirada atroz.

IV

 LORECIO sobre la tumba de Ángela un jazminero que emborrachaba la caliginosa atmósfera del cementerio. Pero había ya un precedente en este insólito fenómeno floral. En otra tumba, humilde, había prendido antes un rosal que daba rosas. En esta tumba humilde había una cruz de madera negra con una tarjeta que ponía:

†
MARTA PEREZ
Q.E.P.D.

Ante estos dos montículos, uno de mármol, de roja tierra el otro, deteníanse los visitantes y arrancaban flores para llevarlas a sus respectivos muertos. Y decían:
—Cómo cambia todo. Hasta flores hay ya en el cementerio.
El jazminero de Ángela lo sembró la temblorosa mano de su madre. No se sabe quién plantó el rosal de Marta.

V

 LENO monte.
Ni una gota de agua en el jagüey. Acezaban las gallinas en las ardientes cuencas de sombra. Dos perros bayos, raquíuticos y garrapatudos, aplastaban las cabezas agudas y cerraban los ojos.

También la choza aletargábase bajo su techumbre de palmas. Casildo estaba adentro y zurcía con una aguja negra un trozo de tela desflecada. De vez en cuando se alzaban sus pupilas y miraban al cielo. En el cielo tejían dos zamuros una parábola remota.

Los labios de Casildo se movían un ratito y volvían a quedar quietos. Estaba blanca su cabeza de cordero. Blancos sus bigotes, sus pestañas, sus cejas y su barba. También reía a

ratos. Reía puerilmente y la voz se le iba engrosando en el monólogo:

zamuro que vas volando

Y ello le hacía reír: ji, ji, ji.

Cortó el hilo con los dientes y se caló el pingajo. Era su saco. Luego salió a asolear su cabeza a la orilla del camino. Hizo bocina con las manos y gritó hacia el viento:

—¡José! ¡Joseíto!

El camino era largo y pelado, reverberante bajo el sol del mediodía. Por el camino venía un hombre. Casildo se puso la mano de pantalla.

—Caracha, allá viene un hombre. Y no es José. ¡José! ¡Joseítoooo!

Esto también le hizo reír. Los perros alzaron las cabezas y las volvieron a aplastar. El se volvió a meter bajo las palmas. La vibración de una sirena lejana rasgó el silencio de la canícula.

—Las once y media en el pito de La Rosa. José no habrá cazado nada. ¡Qué bicho va a caer por áhi, sin agua!

Ahora eran tres zamuros en el cielo. Se desplazaban, raudos, solemnes, deslizándose por el resbaladizo aluminio del cielo.

—Él y que fue a cazar. Le veo mosca.

Gruñeron los perros y se dispararon hacia el tranquero, fatigando el silencio con sus ladridos. El hombre del camino estaba frente al rancho.

—Buenas tardes, hermano.

—Buenas...

Seguían los perros ladrando y Casildo los mandó callar:

—¡Perro! ¡Perro!

Y se fueron gruñendo, alevosos. El caminante avanzaba hacia Casildo. Era delgado y fibroso. Estaba amarillo de polvo.

—¿Tiene agua, compañero?

—¿Agua?

Casildo rió:

—¿Agua dice?

—Una poquita, sí, que vengo asado.

—Y ¿de dónde viene por áhi?

Los surcos se alargaron en el curtido rostro del peregrino.

—De por áhi.

Y enseñó vagamente al Este.

—Caray —dijo Casildo— yo como que conozco esa cara.

—No es extraño: soy del pueblo.

—Vois sois Narciso Reinoso, si no me equivoco.

—El mismo. Y vos Casildo Pérez, ¿no es eso?

—Ujú, y ¿qué andáis haciendo por estos peladeros?

—Caminando.

—Pues pasá y sentáte: ese sol está como una brasa. Ya no te conocía; tengo tanto tiempo que no voy a La Plaza...

—Lo mismo que yo. Dame razón de tus hijas.

Le miró extrañado.

—¿Mis hijas?

Enmudeció. Sus pupilas vagaron como si buscara a sus hijas en el aire diáfano del mediodía, y de pronto se enderezó, vivaz.

—Vení para que las veáis.

Le arrastró casi. En la linde del calvero había dos cruces de madera virgen. Una de ellas tostada ya, la otra aun jugosa.

—Mirálas... Ahí están.

Esto le produjo risa. Las mismas tres notas agudas: ji, ji, ji.

—La más seca —explicó después—, la más seca es María; la otra es Marta.

Narciso se le quedó mirando con curiosidad...

—¿Se murieron tus hijas entonces?

—Ya lo creo, ¿no las veis ahí?

En aquel momento llegó José. Era un muchacho encanijado y negro, con los calzones arrollados y los pies cuajados de tierra roja. Traía un conejo gris colgando de las orejotas. Entró sin saludar y Narciso se puso a mirarlo. Casildo se le aproximó:

—Mirá: éste conoció a tu madre.

Pero el mozo ni se volvió siquiera.

—Ujú...

Y se puso en cuclillas a encender fuego de chamizas en un triángulo de piedras... Casildo había tomado en sus manos el conejo.

—¿Esto es lo que habéis cazado?

—¿Queréis más? —replicó José con brusquedad—. Andá vos mismo, andá para que veáis como está ese monte.

—Y luego en voz baja y concentrada:

—Las maticas echan humo.

Estuvo un rato con los carrillos abombados soplando el fuego. Para ello se había puesto de rodillas y metía el hocico entre las piedras. De pronto enderezóse.

—Dáme una poca de agua.

De una vieja lata de gas, Casildo extrajo el agua. Con grandes precauciones para no perder ni gota. Narciso aguzaba la mirada, fija en el chorrillo cristalino. Y no pudo resistir.

—Bueno, Casildo: ¿te habéis olvidado?

—¿De qué?

—De la agüita que te pedí.

Ya José había bebido. Casildo arrugó el ceño pero le llenó el pocillo hasta la mitad. El nieto protestó:

—¡Ah! ¿Vais a dar la poquita que nos queda?

Reinoso saboreaba el agua con lentitud. Con cachaza dejó el pote en manos del anciano y se volvió a José.

—Muchacho —dijo— una poca de agua no se la niega a nadie.

—Narciso es amigo —justificó Casildo.

—Y aunque no lo fuera —insistió Narciso—. Recuerda el verso aquel que dice:

*Siendo el agua un elemento
que Dios da sin regatear,
¿quién se atreverá a negar
un trago de agua a un sediento?*

Vos que sois un rapacejo

*Y no tenéis experiencia,
recíbeme este consejo
que te va a dar mucha ciencia:*

*El jardín del corazón
también con agua se riega.
No te pongáis mal con Dios
negando lo que Él no niega.*

El viejo se entusiasmó:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Eso es verdad. Fíjate, José, fíjate. Éste es Narciso Reinoso, el mejor cantador de estos contornos. Ya te lo he dicho yo: el agua no se le niega ni a los perros. Vos veis cómo es de seca esta tierra, y sin embargo, ¿cuándo nos ha faltado una poca de agua para beber?

José había enderezado el busto, permaneciendo arrodillado, y miraba a Narciso con admiración. Virgen como San Juan, alzaba su rusticidad maravillada ante la rítmica revelación de este evangelio del agua.

—Dispense —murmuró después—. Tiene razón. Beba.

Su abuelo le miraba con ternura. Y de repente soltó su risilla raída: ji, ji, ji. Se encaró con Narciso:

—¿Sabéis quién es este rapacejo, como vos decís? Nieto mío. Lo único que me queda ya. No porque lo veáis así creáis que es malo. El monte lo ha puesto así como lo veis.

Reinoso contemplaba el panorama con melancolía.

—Este monte es el que nos pone así a todos. Yo conozco otros lugares donde el montuno es abierto. Da lo que tiene y se queda riendo. Donde los árboles son altos y copudos y dan una sombra fresca. Donde el agua que corre por donde quiera le pone a uno de buen humor. Y ¿sabéis lo que he oído decir por ahí? Que el petróleo, el petróleo que llena todo esto por debajo, es lo que no deja brotar el agua dulce y crecer las matas.

Casildo y José le escuchaban extáticos.

—Y yo lo creo —prosiguió—. Lo creo porque esas venitas de agua que se tropiezan cavando en algunos lugares, son corrientes que han podido huirle al petróleo. ¿Comprendéis lo que te quiero decir? Bueno, yo pienso que cuando acaben de sacar todo ese petróleo, el agua dulce reventará en todas partes, y tendremos ríos, ríos...

Quedó meditabundo, y luego:

—Hay que esperar... Pero yo prefiero esperar donde haya ríos...

—Donde haya ríos —replicó Casildo como un eco—. Yo que no conozco ninguno...

Y se puso soñador.

Había vuelto José a agacharse sobre el fuego y lo atizaba parsimoniosamente con ramitas secas. Este hombre traía algo nuevo, algo desconocido en su actitud y su palabra, que le ponía a reflexionar. Así como ardía la candela entre las topias negras y levantaba su lengua roja cada vez que le agregaba una chamiza, así comenzaba a arder su corazón después de oír aquellas palabras extrañas. Ríos... Caminos... Árboles... ¡Cuántas cosas sabía este Narciso Reinoso!

Ño Casildo, acuclillado en el suelo y recostado a un horcón, había entornado los ojos, con la sonrisa en los labios. Narciso le miraba, grave, y bruscamente se aproximó al muchacho:

—Mirá, José —susurró mostrándole el calvero donde se asaban las cruces—, decíme

una cosa, que tengo curiosidad: ¿hay gente enterrada ahí?

La inicial extrañeza se le volvió sonrisa al joven.

—¿Adónde? ¿Allá? No hombre: son cosas de mi agüelo.

—¿Entonces?

—Nada, cosas dél. Cuando yo estaba chiquito y mataron a mi tía María, la enterró en el cementerio de Cabimas, pero vino aquí después y plantó aquella cruz. Ahora, el año pasado, amaneció muerta mi madre y el viejo hizo lo mismo. Está medio trastornado, digo yo...

—Pobre viejo. Yo lo conocí cuando vos no habías nacido. Tenía su posesión allá en La Plaza.

No replicó José y volvieron a arroparse de silencio. Casildo dormía con el labio desmayado. Uno de los perros, dormido también, gemía estremeciéndose cual si soñara con puntapiés. Iba el sol describiendo su larga trayectoria, buscando el denso refrigerio del lago, y sus lanzadas hacían palpar la tierra. De las entrañas de ésta subían sordos latidos que la sensibilidad captaba por la invertida antena de los pies. Era como si un remoto Vulcano estuviese enderezando su eje a mandarriazos.

Hecho ya a la confianza de aquel desconocido que tenía el prestigio de haber conocido a su madre y se expresaba en versos, le rozó sonriendo, con el codo.

—Vea —y señaló a su abuelo—, así se la pasa.

Y poco después:

—Ha debido caminar bastante ¿no? Está todo lleno de arena.

—Bastante. Llevo cuatro días caminando.

—¿Cuatro días! ¿Y de dónde viene?

—Vos no conocéis eso. ¿Para qué voy a decirte?

La evasiva le hizo fruncir el ceño. Agachando la mirada; púsose con ahínco a preparar el cadáver del conejo. Narciso le espiaba a hurtadillas, con plena simpatía.

—¿Te interesa saberlo?

—No —desdeñó lacónico.

—Sí te interesa. Decílo con franqueza.

Su sonrisa ingenua le deshizo el ceño.

—Bueno, es verdad: quisiera saber...

Antes de responderle, Narciso escudriñó una vez más el panorama. Después, transido de emoción:

—¿Habéis pensado alguna vez en las tierras que debe haber más allá de esos montes?

—Muchas veces —declaró con transporte.

—Y ¿no quisieras ir allá?

—Seguro.

—Bueno... Lo mismo que yo.

—Le golpeó en el hombro con dulzura:

—José, el hombre debe andar, conocer tierras. No es preciso que lo boten a uno de una parte para mudarse a otra. Cuando yo era de tu edad había caminado muchas leguas. La gente de mi pueblo cree que aquí nada más se vive. ¡Qué equivocados están! Donde quiera hay gente buena.

José se sintió de pronto invadido de dudas:

—Entonces ¿usted por qué ha vuelto?

Reinoso sonrió.

—¿Por qué? Porque hace mucho no venía.

En aquel momento una ráfaga caliente trajo envuelto en polvo rojo el delgado eco de la